

COSAS DE ANTAÑO



COSAS

DE

ANTAÑO

BOCETOS, PERFILES

Y

TRADICIONES INTERESANTES Y POPULARES

DE

MONTEVIDEO

POR

ANTONIO N. PEREIRA

«Cada tradición es un elemento
poderoso de la historia.»



MONTEVIDEO
IMPRENTA «EL SIGLO ILUSTRADO», DE TURENNE, VARZI Y C.ª
CALLE URUGUAY, NÚMERO 324
1893

DEDICADO POR EL AUTOR

COMO TRIBUTO DE HUMILDE RESPETO Y DE JUSTA ADMIRACIÓN

Á LA MEMORIA

DEL PRIMER POETA SATÍRICO Y EPIGRAMÁTICO

DE LA AMÉRICA DEL SUD

DON FRANCISCO A. DE FIGUEROA

EL ANTIGUO CAFÉ DE "SAN JUAN"

En la muy noble, muy fiel, muy leal y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago, existía fundado desde el tiempo de la dominación de la madre España, un Café muy nombrado, y por consiguiente popular en extremo; que era el punto de reunión de todos los que querían tomar una buena jícara de chocolate, que trascendía desde muy lejos por su exquisito olor y aroma de vainilla.

Pero lo que llamaban jícara, era nada menos que una enorme taza que podría servir para caldo más bien y mejor, y que con sus correspondientes tostadas con manteca, canela y azúcar, podría reemplazar un almuerzo perfectamente, pero que no se consideraba más que como un desayuno ó un tente en pie, como se decía entonces, pues parece que nuestros antepasados y nuestros mayores, eran y fueron muy buenos gastrónomos, y que en los felices tiempos en que vivieron, patriarcales sobre manera; el asunto primordial era pensar en comer bien, y lo hacían

cuatro veces por día. El desayuno, que consistía casi en un almuerzo, á las siete de la mañana; el almuerzo, á las doce, que era una comida; la comida, que era á la oración, que era como las bodas de Camacho, y la cena á las diez. Esto, sin contar el tente en pie de ordenanza á las tres, y así, no es de extrañar que estuvieran tan confortados, tuviesen tan buen humor, con tan buenos estómagos como tenían; pues prueba de buena salud y de alegría, es tener buen apetito. Y hay que agregar á esto, las siestas estupendas que hacían, pues se tendían á pierna suelta, después de las doce del día, y dormían tres ó cuatro horas, entregados al dulce Morfeo.

« Sin inquietud, sin odio, sin celo,
Libres de toda pena y de recelo. »

Verdaderamente que fueron muy felices nuestros padres!

Sobre todo, no había toma ni daca, y cada cual vivía á su manera, nadie estiraba la pierna sino hasta donde le alcanzaba la sábana, como dicen por ahí, y no echaban las puertas por las ventanas como lo hacen hoy casi todos, y después son las consecuencias y los aprietos, ¡y qué aprietos! El que no se pega un tiro, se tira por el balcón, ó en el aljibe

de su casa, ó quema las naves como Cortés, es decir, le prende fuego á la casa, y más si está asegurada, ó desaparece dejando algún buen clavo, y de remache hay que agregar, á sus infinitos acreedores, que vienen á ser sus víctimas.

Pero nos alejamos con estas consideraciones del objeto primordial de lo que vamos á tratar.

Nos ha gustado siempre revolver papeles viejos, y se puede decir que ha sido nuestra ocupación constante, y oír de labios de los hombres ancianos todo lo que nos podía interesar más ó menos. Así es que mucho de los detalles de lo que van á leer, se los debo al espíritu investigador que he tenido, vulgo curiosidad, y á una buena memoria que sin duda Dios me dió.

Siendo esto así, y conforme á lo que ha conservado ésta, fielmente referiré lo que sé del famoso y nunca bien ponderado *Café de San Juan,* que es de lo que nos estamos ocupando, y que debíamos haberlo hecho ya, sin tantas digresiones que no vienen al caso.

Aquel Café, no piensen que era algún suntuoso salón á lo que se estila hoy, con muchos espejos, muchas luminarias, como dijera alguien que es mi amigo, y cuyo nombre no lo recuerdo ahora, ni él tampoco se acordará del mío; era sólo un modesto y sencillo lugar donde si había aseo no había bien

ciertamente lujo, y que hoy todos desdeñaríamos de poner los pies ni entrar en él.

La casa, que hasta hace muy poco existió, era de teja; con la construcción que se usaba entonces, muy baja y con unas paredes enormes de vara y media de espesor, que podrían servir muy bien de muros en cualquier ciudadela ó fuerte, y que resistirían las mejores ametralladoras del mundo, sin dudarlo.

El interior hacía consonancia con su exterior y con las exigencias, que no eran muy exigentes, de los tiempos; cuatro ó cinco mesas de pino, que no se habían tomado el trabajo de pintar; dos lámparas de aceite, que alumbraban poco menos que dejando á obscuras; algunos bancos groseros y las paredes que fueron alguna vez blanqueadas, y algunos cuadros de batallas, eran los adornos de aquel famoso Café, que tanta fama adquirió y que no se cansaban de alabar nuestros padres y abuelos.

El dueño, era el tuerto Adrián, que se hizo célebre sólo por su chocolate, lo que hace ver que por algo se puede llegar á la inmortalidad, sin tomarse la pena de ser un Eróstrato, y poner fuego á un Templo como el de Diana, para ocupar un lugar en la historia. Y por algo menos que hacer chocolate hemos visto y vemos á cada momento, hacerse célebres á muchos projimos y alcanzar á una notoriedad

completa en muchas cosas aún insignificantes, y pasar á la posteridad y tener que recordarlos aún sin quererlo.

La flor y nata de la sociedad de entonces, iba á saborear aquel exquisito manjar y á entretenerse con Adrián, que era un andaluz de aquellos que hablan hasta con los muertos. Popularísimo se había hecho, y de tal manera, que además de su chocolate, que era ya bastante para captarse todas las opiniones favorables, era, porque también le faltaba un ojo, y por ser un conversador sempiterno, un hombre expectable, como diríamos ahora, y tan expectable fué, que entonces, y después, muchos, y aún ahora mismo, de nosotros, querríamos haber alcanzado su gloria, porque gloria y honor hay en hacer chocolate como en alcanzar nombradía en algo, algo que sobresalga de la rutina y que llegue á ocupar la atención pública.

El día del patrono había gran fiesta en aquel celebérrimo Café. Adrián echaba el resto, como decían entonces, y ponía su casa en estado de gala, es decir, adornaba el frente con farolillos que iluminaban hasta la mitad de la acera lo más; algunos gajos de plantas que formaban ondas alrededor de las ventanas y puertas, y una ó dos barricas que se quemaban en la calle, y que con los combustibles que le echaban á dentro, levantaban unas llamas in-

mensas, que servían para que los muchachos haciendo rueda, corriesen alrededor, acompañado esto de una algarabía infernal, de gritos y cohetes, y después, cuando las llamas se iban extinguiendo, para saltar por encima de aquellas verdaderas hogueras.

Todo esto era del tiempo.

Esto era lo que hacía Adrián, en honor del popular San Juan y del Café que él había bautizado con su nombre, y que tanto crédito le había dado, no sabemos si el Santo ó el chocolate, ó bien los dos.

No fué todo allí alegría, pues en un Café se supone que no dejen de existir penas como en todas partes, á pesar de que las congojas y los sinsabores no estuviesen tan á la orden del día como ahora, y una escena por demás patética tuvo lugar en él.

El suicidio de Noble, que es á lo que nos referimos, fué el acontecimiento que vino á convertir un día aquel centro de buen chocolate y de mejor humor, en algo terrorífico; pues la persona que había puesto fin allí á su existencia, era un hombre muy considerado y respetado del comercio y de sus amigos de aquellos tiempos.

Noble, puso en obra su fatal idea con una sangre fría completa. Pidió el chocolate que le servían de costumbre, y cuando el mozo fué á buscárselo, se disparó los dos tiros de una escopeta que llevaba

de costumbre para cazar, que le hicieron volar el cráneo y murió instantáneamente.

Este suceso consternó mucho á Montevideo. Noble, puso fin á su existencia, por el mal estado de sus negocios, y buscó aquel lugar para efectuarlo, lo que bien ciertamente no le haría mucha gracia á Adrián, pues aunque no disminuyó la clientela por esto, sin embargo, aquel espectáculo no era menos que para preocuparse de otra cosa por mucho tiempo que de ese lamentable suceso, y no faltaría quien se retrayera de asistir más á él en aquellos tiempos de credulidades, y sobre todo había desconcertado el buen humor de sus parroquianos constantes.

Como todo pasa en este mísero mundo, y todo concluye, así también concluyó Adrián; y en el apogeo de su gran popularidad, la despiadada parca cortó el hilo de su existencia, pasando por el hecho el Café celebérrimo á ser propiedad de un hijo, que aunque no se llamaba Adrián, ni era tuerto, lo llamaban como á su difunto padre, y por muchos años después, no se hablaba, al referirse á aquel lugar, sino del Café del tuerto Adrián, como si no hubiera pasado á otras manos.

El chocolate siguió sirviéndose mucho después con igual prolijidad por el hijo como por el padre; pero ¡cosas del mundo! no era la misma cosa, según el paladar de los entendidos en la materia, y no podían

existir dos Adrianes, como no han existido dos primer espadas como Domínguez en el redondel de nuestra plaza de toros, ni dos Casaballes como picadores, y en otros géneros, sin ser chocolate ni toros, sucede y sucederá siempre lo mismo, y la concurrencia, aunque no disminuyó en lo de Adrián hijo, iba más bien por consecuencia y por sólo ir á sentarse en los bancos del *Café de San Juan*, pero recordando siempre al padre Adrián con afán y exclamando: «¡Oh! si viviera Adrián; qué chocolate tomaríamos, de chuparse los dedos. Mientras que ahora. . . . » Así es el mundo; criar fama y echarse á dormir.

UNA BROMA DE MANZAGANO

La celebridad de los chascos y bromas de Manzagano, que no dejaron de contribuir á causar la hilaridad de nuestros padres, dieron motivo para que muchos pobres diablos, y sin serlo, pagasen su tributo á las chanzas, algunas, si no las más de las veces, muy pesadas, de aquel famoso *fumador* de gentes.

Manzagano y su familia tenían particular gusto en dar algún chasco soberano á los que se hospedaban en su estancia, que estaba situada en el Arroyo de San José, y donde, por lo poco poblado que era el país entonces, no había más remedio que ir á pedir asilo, ya contando con que se exponían á caer en alguna de esas bromazas de aquella gente, que les dieron tanto renombre.

Cuéntanse tantas cosas de aquella gente, que verdaderamente parece increíble que pudieran soportar con paciencia las chanzas que sufrieron muchos, sin que les costasen caro, y es que Manzagano y

toda su familia, intervenía en ellas con la más picaresca intención de tener motivo de reírse de los que les caían á mano.

Pero como ya iban preparados á recibir alguna broma, y dado el carácter bondadoso de aquella gente, y de lo bien que eran atendidos, no les daban importancia, y aun mismo se reían con ellos de la broma de que habían sido víctimas.

Nadie se escapaba de que en las sábanas le pusiesen pica-pica, que era lo bastante para no dejar dormir en toda la noche; ó en el plato que se iba á servir le pusieran alguna araña oculta, ó bien alguna víbora, que era como para sorprender á cualquiera, bastante para saltar de la silla en que se sentaba, y no comer ya muy tranquilo; en fin, vivían inventando diabluras de todo género con qué entretenerse á costa de los huéspedes que pedían hospitalidad en su casa; era esta una diversión constante que tenían y que los hacía felices.

En aquellos tiempos estaba la gente también tan contenta y era tanta su disposición para dar chascos y bromas á sus amigos que se puede decir, que se vivía en una broma continua, y todos contribuían á darse chascos más ó menos pesados sin que se ofendiesen, pues era una costumbre como cualquier otra. El carácter jovial de nuestros mayores ha desaparecido, y sea efecto de que encaremos la vida

por un lado más serio ahora, ó bien que debido á todas las divisiones que nos han desunido, se nos haya aguado la fiesta y nuestro temperamento no sea el mismo, y con mucha razón, pues la madera no está para hacer cucharas, como dice el refrán, con tantos sinsabores y desgracias como hemos sufrido los que hemos nacido en este bendito país, digno, bien ciertamente, de mejor suerte; y así toda la calma, y tranquilidad de espíritu y aquella vida patriarcal que gozaron nuestros padres, ha dado paso á la lucha continua y á la intranquilidad, que es uno de los lotes que hemos heredado con nuestro modo de ser turbulento y desuniones fratricidas, de que hemos sido víctimas por tanto tiempo. Aquella amenidad, aquella jovialidad en el trato de nuestros mayores, aquella bonomía con que se trataban los amigos, y la cordialidad y sinceridad, todo eso ha desaparecido. No existe tampoco esa natural predisposición á la alegría que había entonces, á entregarse en cuerpo y alma á los placeres íntimos y sencillos que continuamente rodeaban la vida de nuestros mayores, hacían encantador el hogar y más amada la familia.

Es verdad que la razón se explica, que no habiendo sufrido como nosotros tantos reveses de la veleidosa fortuna, y tantos trastornos de nuestra política, no tenían motivo sino para considerarse muy contentos y vivir muy gorditos, como que no les era indife-

rente gustar suculentas comidas hechas á la española, que había como para repetir y chuparse los dedos, y pasaban inventando platos que ponían en obra, y se disputaban los amigos á quien los hacía mejor, resultando el estímulo y amor propio en ellos, de lo que se aprovechaban unos y otros, y unas veces había platos disparatados, que no habrían hecho favor ni al más pobre galopín ó marmitón de cocina, y otros que no hubiera desdeñado el mejor cocinero del mundo y el más famoso *cordon bleu*.

Pero con estas reflexiones nos hemos apartado del objeto de nuestro artículo, que es el relato de la broma que vamos á referir de Manzagano.

Habiendo llegado hacía poco tiempo al país don Samuel Laffone, muy joven aun, tuvo deseos de conocer la campaña, y al efecto buscó una buena cabalgadura, y acompañado de un buen baqueano, hombre de toda su confianza, se puso á recorrer parte de ella.

Para mal de sus pecados, cayó en la mencionada estancia del célebre celebérrimo Manzagano, donde lo recibieron como de costumbre recibían á todos los huéspedes, en palmitas, y no estando aun muy versado en el español, don Samuel, empezaron por dirigirle ya algunos chascarrillos desde que se apercibieron que era *extrangis*, como entonces decían á los extranjeros, y en la mesa, donde siempre reinaba

el buen humor y la alegría, fué el pobre el pavo de la boda, como quien dice, donde como había muchachas, que eran las hijas del dueño de casa y algunas de la vecindad que se allegaban á lo de Manzagano, por lo mismo que siempre había forasteros; no se podían escapar de alguna fumada y mucho menos don Samuel que no estaba hasta entonces muy versado en el idioma, ni menos de las costumbres del país, como va á verse.

Después de la comida se entabló juego de prendas entre los mozos y las jóvenes, y á don Samuel le tocó estar en berlina cuantas veces le hacían una pregunta, y contestaba, como era natural, mal á todas, lo que producía la hilaridad general.

Así se entretenían hasta las diez, hora en que todos tocaban retirada á sus aposentos; á don Samuel le significaron que *así podía hacerlo, y aun lo* acompañó Manzagano al cuarto que le destinaban, y dándole las buenas noches lo dejó solo; y cerró la puerta por fuera.

Don Samuel se apercibió entonces de que no había cama, notando después que no había más que su montura y una silla coja en todo el aposento. Hacer ruido y llamar, no le pareció prudente, pues no quería incomodar, y arrimando entonces con verdadera flema inglesa, la silla á la pared, se sentó en ella, y vencido por el cansancio y fatiga de la jor-

nada, sus ojos se cerraban, pero cuando iba á dormirse, cualquier inclinación mala del cuerpo, hacía que la silla bambolease y se viniese al suelo. En esta situación amaneció sin poder descansar, y cuando recién despuntaba el alba, apareció Manzagano con un mate en la mano á ofrecérselo y á preguntarle cómo había pasado la noche. Al ver que no había más que la silla de montar y la silla de sentarse, se hizo el sorprendido y le preguntó:

—¿Cómo ha dormido?

—Ya lo ve, le contestó, no muy bien.

—Pero hombre, nosotros creíamos que venía usted montado en apero, que es como se acostumbra en este país y que sirve de cama á todos los viajeros, en cualquier parte, en poblado como en despoblado, y tal vez las muchachas hayan creído que como todos los días vienen de las Europas tantas invenciones nuevas, creerían que la silla de usted servía también de cama.

Le pidió con mucha urbanidad disculpa y aun fingió reprender á sus hijas y criados porque no habían prevenido que no tenía en dónde dormir aquel huésped, y don Samuel se dió por muy satisfecho, aunque otra cosa le quedaba por dentro, como dicen, pues la broma de pasar tan mala noche no era poca cosa.

En esto le avisaron que estaba pronto su caballo,

y que lo esperaba su acompañante, que de seguro, aunque en el potrero ó bajo alguna enramada, habría dormido mejor que su patrón, y despidiéndose con mucha urbanidad de todos los miembros de la familia Manzagano, montó en su corcel, y seguido del baqueano y hombre de confianza, se alejó de aquel lugar al galope.

Ver montar á caballo á un extranjero, es una diversión para nuestros hombres de campo, y si los ven maturranguear como es de cajón, siendo para ellos sinónimo, extranjero y maturrango, entonces están en el colmo de sus delicias. Y cuando pueden les ponen algún hueso debajo de la silla. y al tiempo de sentarse sobre el animal, corcobea y saca al maturrango por la cabeza; ese es ya el colmo de la broma que más agrada al paisano y motivo de gran jarana y risa.

Lo que es á don Samuel, creemos que por atención no le pusieron hueso ni cuerpo extraño debajo de la silla de montar, ya debían figurarse, que recién llegado al país, no debía ser muy jinete, y que á la gente aquella tan propensa y dispuesta á las bromas, les era bastante con haberse burlado bien de su modo de cabalgar.

La broma no paró en sólo lo que hemos narrado, y don Samuel, que creyó verse libre de aquella gente endemoniada, no contaba bien ciertamente con la huéspeda.

Después de haberse alejado como una legua, ve venir á gran galope á dos ó tres gauchos, que desde que se iban acercando empezaron á llamarlos para que se detuviesen. Lo hacen así, y entonces conocen que son algunos de los peones de Manzagano, y el más ladino se dirije á Laffone y le dice que necesita urgentemente su patrón hablar con él.

Don Samuel quiso eludir el volver allí; pero tanto le instó y tanto le hizo comprender que era necesario que volviera á la estancia, pues era algo muy formal y serio lo que tenía que hablar con él Manzagano, que determinó volver donde no hubiera querido presentarse más, porque ya se figurarían que se había hecho cargo de que la noche toledana que había pasado, no era más que una broma bien pesada.

Llegó á la casa, y vió á toda la familia reunida al frente, y acercándose á Manzagano le preguntó para qué era que lo había hecho volver. Entonces Manzagano, con mucha calma y con más flema que don Samuel, que era inglés, como sabemos, empieza por apostrofarlo, que no debía conducirse tan mal con gente que lo había hospedado y tratado tan bien, y que no hubiera creído que un caballero y un Mister fuese capaz de haber hecho una acción tan fea. Don Samuel se confundía cada vez más al oir á Manzagano, y no sabía qué motivos habia dado para tales reproches.

Le pide Manzagano que abriera la balija de viaje y que viese lo que se llevaba de la casa.

Lo hace así don Samuel, y revolviendo la ropa, se encuentra con algunas cucharas de plata y cuchillos que debían haberle puesto allí aquellos diablos fingiendo que se los llevaba.

Comprendió entonces la broma pesada don Samuel, y ya no quiso saber más de tener trato ni contacto con aquella endiablada gente, y picando su caballo, se aleja para no volver más por allí.

Creemos que recordaría siempre aquella fumada, y que si alguna vez tuvo después que pasar por aquel lugar, no le quedarían ganas de volver á hospedarse en la estancia del celebérrimo Mangazano, que le había jugado bromas tan pesadas.

EL TÍO COLETA

Muchos años ha, existía en la invicta ciudad de Montevideo, un buen vecino, á quien llamaban y conocían por el *tío Coleta*. Era un ente original en grado extremo, que se hizo célebre por sus singularidades y rarezas. A pesar de haber pasado la costumbre de llevar como los toreros una trenza en forma de coleta en la parte posterior de la cabeza, y que le sobresalía del cuello, no había abandonado esa costumbre y murió con ella. Los muchachos le gritaban por la calle: *tío Coleta*, y lo mismo cuando pasaban por su casa, y él se enfurecía de tal manera, que no dejaba de llenarlos de los más tremendos improperios, con que la lengua española tanto se distingue para semejantes casos, y aún para arrojarles lo primero que se ofrecía á la mano.

Tenía un almacén en la calle de San Luis, donde despachaba, y á donde sólo iban muchos por hacerlo enojar, pues era de un carácter irascible, pues por cualquier cosa se alteraba, y era esto motivo de di-

versión para este pueblo que entonces no pensaba en otra cosa sino en divertirse y pasar el tiempo de jarana. Era el *tio Coleta* sumamente avaro, y no comía, como dicen vulgarmente, huevos, por no tirar las cáscaras; y para dar una prueba de su modo de ser, se cuenta que le duró una vela como diez años, pues no hacía más que prenderla para mirar debajo de la cama y cerciorarse de que no había nadie y apagarla en seguida. No es extraño que le hubiese durado así, no digo ese tiempo, sino toda la vida, como aquel otro que se mandó hacer unas botas y de sesenta años murió sin habérselas visto rotas, pues que nunca se las puso.

Las muchachas, que entonces no se desdeñaban de entrar en un almacén á hacer compras para su casa, y que los padres las mandaban hasta ya mozas, lo embromaban de todos modos, y el *tio Coleta* se enfurecía de tal modo, que las ponía en la calle de un brazo diciéndolas: «¡anda! que tus padres te enseñen mejor».

Tío Coleta, tío Coleta,
Está usted con la rabieta.

Y otras veces:

Tío Coleta, tío Coleta,
Tiene mala la chaveta.

le gritaban cuando ya estaban lejos de sus manos, porque sino no se hubieran escapado de algún mojicón cuando menos.

Era el *tío Coleta* un hombre alto, muy delgado, de facciones huesosas, ojos pequeños y hundidos, y no usaba barba. Vestía generalmente muy pobremente los días de trabajo, pero el domingo se ponía su traje mejor para ir á misa, y si era invierno, se envolvía en su buena capa de paño burdo, que era todo su lujo.

De misa volvía á su casa y ya no salía. No se le conocían amigos íntimos, ni tenía intimidad con nadie. No buscaba relaciones, y sólo conversaba con los que lo iban á ver por algún negocio ó por buscarle la boca. Caminaba á grandes trancos, y siempre mirando de un lado á otro, desconfiando de todo. Duro que caía en sus manos, no veía ya la luz, pues lo escondía Dios sabe dónde, en algunas botijas, que era el receptáculo entonces de los que guardaban su dinero, pues entonces no habían Bancos ni casas de crédito en donde depositar cantidades, ni que cerrasen sus puertas á lo mejor y se quedasen á la luna de Valencia, como sucede muy frecuentemente hoy con los crédulos que, *bona fide*, entregan su dinero á los señores banqueros para que se los conserven y se queden con ellos.

Esto no quiere decir, que no hubiera alguno ó al-

gunos que husmeaban dónde se encontraba algún escondrijo, en esos tiempos en que figuraba entre los mortales el *tio Coleta*, y pusiese en planta lo del estudiante del prólogo de Gil Blás, con el alma enterrada del famoso licenciado.

De tal manera, reuniendo peso sobre peso y no dándoles circulación alguna, el *tio Coleta*, según la opinión de los que lo conocieron, debió haber realizado una más que regular fortuna.

Pero de nada le servía ésta para prodigarse algunas comodidades y pasar lo mejor posible en el viaje que hacemos tan brevemente por este mundo; muy al contrario, cada vez que aumentaban sus medios, más economías hacía, y solo, sin alma viviente que se interesase por él, vivía en una trastienda, teniendo por todo mueblaje un catre, una silla coja que servía de lavatorio, una mesa de pino y algunos cajones vacíos que servían de asientos. En aquel cuarto colgaban las telarañas casi encima de su cama, como si le pudiesen servir de cortinas, y la escoba ni el plumero jamás se habían manejado en aquel lugar: así el polvo estaba en todas partes como de un espesor de un dedo, y campando por su respeto. Aquella negligencia y falta de aseo da una medida exacta de lo que era el *tio Coleta*, quien, sin ser un filósofo, ni tampoco ser un bohemio, se había acostumbrado á vivir de aquel modo muy bien, según su modo de pensar.

Los que lo veían lo criticaban, pero poco ó ningún caso hacía á los que le reprochaban su modo de vivir, y hubiera llegado á vivir como un Matusalem, sin algo que le indigestó la salud y puso fin á sus días.

El caso fué, que alguno de los cacos que andaban por este pueblo en aquellos tiempos, que no debían ser tantos sin duda, como los de ahora, dieron con alguna de las botijas de dinero que tenía sepultadas quién sabe dónde, y se las robaron.

El *tio Coleta* se apercibió pronto del robo y quiso prender cielo y tierra contra todos: apeló á la justicia para que se interesase por el asunto; ésta nada pudo descubrir, á pesar de todo el empeño que tomó y puso, y desde entonces, aquel hombre empezó á entristecerse, á ponerse como un esqueleto, y al fin murió de consunción, entregando su alma al Creador.

Es inútil decir que á su entierro no fué nadie, y que murió como había vivido: solo y aislado.

Cuando la justicia se hizo cargo de la casa, hallaron que tenía objetos de gran valor debajo de la cama y de los muebles; allí había utensilios de plata y de oro, mezclados con el polvo y la basura del aposento.

LA CASA ENDIABLADA DEL PADRE SAUCO

En aquellos famosos tiempos en que se creía en duendes, brujas y apariciones del otro mundo, la gente de este benemérito pueblo tenía un terror pánico á una casa que había pertenecido al padre Sauco.

Un pleito ruidoso, que duró mucho tiempo, entre los parientes, fué causa para que permaneciese, después de la muerte de su dueño, inhabitada, y de ahí empezaron á verla, los que vivían á sus inmediaciones y los que pasaban por allí, con ojos llenos de terror.

No se sabe propiamente lo que era causa de ese miedo, pero se contaban cosas inauditas, de fantasmas que aparecían á media noche, de cadenas que se oían rodar, de ruidos y voces extrañas, de luces fosforecentes que iluminaban la casa de vez en cuando, y en fin, de cuanta cosa extraordinaria é inverosímil hay, y que entonces se creía en ellas á puño cerrado entre el pueblo.

La casa era de altos y estaba situada al lado de la actual iglesia de San Francisco, y permaneció solitaria mucho tiempo, como hemos dicho. Dominaba la ciudad por un alto mirador; las puertas y ventanas siempre cerradas; las paredes, sin haberse blanqueado hacía años, le daban un aspecto lúgubre, que aumentaba el pavor de las buenas gentes, siempre predispuestas á creer en lo maravilloso y en la intervención en todo de las almas del otro mundo, y algunos creían de buena fe que allí dominaban los espíritus malignos; y otros, que no creían en supercherías, se alzaban de hombros y se reían á mandíbula batiente de tales paradojas.

El caso es, que entre los primeros y los segundos, crédulos y también incrédulos, se armó una apuesta á que no había quien se animase á entrar á las doce de la noche, y recorrer la solitaria casa y dejar clavado en el último patio un cartel para dar fe de que había llegado hasta allí.

Nadie se animaba á hacer tanto entre los valientes que desafiaban todos los peligros y se burlaban de la credulidad que dominaba en el ánimo de algunos, sobre la creencia de que pudieran haber duendes ni brujas metidos en aquella casa; pero después de muchas insistencias, se ofreció uno de los que más despreocupados había entre aquellos de pelo en pecho, como dicen, que no creen ni en Dios

ni en el Diablo, que por una cantidad relativamente inferior á lo que podría estimar el pellejo y tener tacto ni contacto con espíritus infernales, y con asombro de los que creían á pie juntillo que en aquella casa había intervención de ánimas en pena, á entrar solo y hacer lo que le dijeran.

Se arregló la apuesta, y esa misma noche en que tuvo lugar el convenio, debía poner en práctica lo pactado. No sabemos si tuvo tiempo de confesarse, y aun menos de comulgar, para tan grande empresa como aquella, y si algo tenía, hizo disposiciones testamentarias; pues que aunque manifestase poco miedo para arrojarse en aquel —

«Inmenso imperio del espanto,
Estancia del dolor, mansión del llanto»

como dicen los versos del famoso drama «El Diablo predicador», no las tendría todas consigo, pues tanto y tanto se había hablado de aquella casa endiablada, que algún temorcillo no le había de faltar.

Llegó la hora de la prueba, y los que habían apostado, se fueron reuniendo en el lugar donde estaba situada la casa, á esperar al valiente que debía afrontar tan descomunal empresa.

Ya se hacían comentarios porque tardó algunos minutos, de que se habría echado para atrás, como

vulgarmente se dice, y que no vendría, cuando en esto lo vieron aparecer.

Entonces fueron todos á su encuentro, admirados de verlo decidido siempre á llevar á cabo su temeraria obra, y hay quien, condolido de lo que le podía acontecer, le aconsejaba que no entrara, pues que perdería su parte de apuesta con gusto, con tal de que no hiciese aquella locura.

El hombre, fuera ya por amor propio, ó bien que tuviese completa conciencia de su serenidad, no hizo caso de esto, y cuando daba el reloj de la ciudad las doce y media, armado de un palo, para resguardarse, no de ánimas, sino de algunos que no lo eran y podrían hacerle mal tercio ó alguna mala jugada, como decía, y de una linterna para alumbrarse y de un gran cartelón que decía como si fuera otro Julio César:

« Llegué, ví, vencí »

que debía dar fe de que había llegado hasta los fondos de la casa, donde debía clavarlo, que era lo estipulado, se dispuso á realizar lo que se había pactado.

Aquel valiente, sin más ni más, penetró en aquel tenebroso lugar, habitado, según pública voz, por espíritus infernales y malignos, y al abrir la puerta y

verlo penetrar, muchos de aquellos timoratos se santiguaron y empezaron á temblar como verdaderos azogados, de temor, por no ver aparecer las ánimas.

Con paso firme y ánimo varonil, con la luz que arrojaba la linterna que llevaba en una mano para ver, y el bastón empuñado en la otra, se introdujo en las habitaciones, subió á sus altos, abrió sus balcones y apareció después como un verdadero fantasma en el mirador, y de alli invitó á que entrasen á los de la apuesta que habían quedado afuera, gritándoles que no fuesen cobardes y que se dejasen de creer pamplinas de muertos ni de cosas del otro mundo.

Es inútil decir, que nadie se atrevió á tanto, y que se contentaron con ver que había habido un hombre capaz de desafiar y conjurar á todos los espíritus malignos, y que ganó la apuesta.

Se creía que con esta prueba se acabarían los miedos que inspiraba aquella casa entre las gentes sencillas del pueblo, pero no fué así, sino que á pesar del ejemplo que había dado aquel hombre animoso para destruir supercherías, el temor que inspiraba, se aumentó día á día, y cada vez poblaban de mayores fantasmas aquel sitio, tanto, que hasta de noche evitaban el pasar por su frente, ni cerca, y aun se persignaban las beatas y temblaban los pobres de

espíritu, cuando tenian por precisión que acercarse á aquel lugar donde duendes y brujas moraban, según la superstición les hacia creer, y se persignaban y rezaban al pasar.

EL CÉLEBRE JUANCHO

Existía en tiempo del dominio de la madre España, un sujeto muy nombrado, que era una especie de *factótum* que para todo servía, que en todo entendía, y que unas veces ejercía empleos delicados como encargado y representante de la justicia, como en un dos por tres desempeñaba cargos los más insignificantes, ó me lo ponian preso cuando había pasado algo en este benemérito pueblo.

Ese personaje lo llamaban Juancho. Era el tal Juancho, un mulatón vivo como un rayo, de esos que se pierden de vista, como dicen, y que se imponen y son una necesidad reclamada en todas las circunstancias, y que aunque se quiera prescindir de ellos, no es posible.

Así, si se trataba de cualquier cosa, sin el célebre Juancho no se podía hacer nada. Si se quería hacer alguna fiesta en honor de este ó de aquel personaje, del rey ó del gobernador, ó de cualquier otro, Juancho era el encargado de todo; se quería decir

un gran *Te Deum*, ahí se hallaba Juancho; ó bien se querían correr cañas, y ahí tenían á Juancho en campaña, haciendo unas veces de sacristán y otras de torero, así como de alguacil cuando era menester.

Nada, pues, se podía hacer sin la intervención del célebre Juancho, que todo lo arreglaba, lo facilitaba, y para quien nada había imposible; así es, que la popularidad de Juancho era inmensa, y con mucha justicia y razón ganada, pues que con su claro ingenio y sus disposiciones naturales, zanjaba todas las dificultades y allanaba todas las montañas.

Todo se le consultaba, y en cosas de justicia era donde más tenía que desempeñar su gran papel; pues él husmeaba con buen olfato, dónde, cómo y cuándo, se había hecho algún desaguisado, algún robo ó crimen, y daba con el rastro de los autores ó malhechores, con tanto tacto y acierto, y tan buena puntería, que los cazaba muy pronto y se los entregaba á la justicia, y sin estar perdiendo el tiempo mucho ni poco, pues la justicia era rápida y ejecutiva entonces, y andaban las cosas no tan cachacientas como ahora, y no se eternizaban las causas; eran absueltos ó castigados en breves días y se concluía de una vez todo, y la vindicta pública quedaba satisfecha, aun cuando estaba fresca la impresión del daño causado en el pueblo, y no como ahora, que

cuando se castiga, ya ha pasado tanto tiempo, que se le castiga al reo dos veces: una por los años de prisión que ha sufrido y otra por la pena que debe sufrir, y si ésta es capital, mucho peor.

Lo más particular del caso, era, que en cuanto habia sucedido algo grave, ya se mandaba buscar á Juancho y no se le dejaba descansar hasta que no daba con el hilo del crimen, y día y noche se le veía para acá y para allá en la investigación de la verdad. Pocas veces se burlaban los criminales de él, y caían en la trampa cuando menos lo pensaban, y con la vara de la justicia les echaba el guante y los ponia presos.

Pero donde verdaderamente se lució Juancho, fué en la venida de los famosos tigres que desde el Cerro invadieron la ciudad, viniendo á nado desde allá.

Figúrense qué alarma no produciría ahora mismo, no digo entonces que era un pueblo diminuto, el ser sorprendido cualquier mañana muy temprano, con la noticia de una invasión de tigres. Al mejor se la doy, como dicen, y estaríamos viendo tigres por todas partes, así como muchos ven ingleses, aunque con más verdad, ahora; ¿cómo sería entonces?

El caso es, que Juancho, como decimos, se lució, yendo en persona con su espadín y vara de la justicia á ponerse frente á frente de uno de aquellos huéspedes que malas bromas usan, y queriendo des-

pachar una de aquellas fieras, con espada en mano, nuestro pobre Juancho salió mal ferido por una de sus caricias, pues le metió en un brazo y en un hombro las uñas, y por poco no me lo despacha.

Es inútil decir, que al saberse que el célebre Juancho estaba herido, hubo una consternación general, pues era, además del tipo más popular entonces, muy querido por todo aquel benemérito vecindario.

Juancho era un hombre alto, más bien grueso que delgado, de color cobrizo; ojos vivos y perspicaces, de movimientos muy rápidos y de una facilidad extrema para concebir y desarrollar sus proyectos.

En todo estaba presente; pero en donde se lucía con su uniforme y su espadín, era en las procesiones del estandarte real; allí ordenaba todo, se convertia en un *cienpies,* que tan pronto estaba en la cabeza de la procesión como en la cola, mandando y ordenando que no hubiese confusión y que todo marchase en regla.

El estandarte era llevado por el Alférez Mayor del Rey, y era ésta una solemnidad á la que se le daba todo realce, pues sólo se hacia dos veces al año, en Corpus y el día de Año Nuevo, ó bien cuando habia algún acontecimiento extraordinario.

La ceremonia consistía en cabalgar, siguiendo el

estandarte real, todas las autoridades con toda solemnidad y pompa, ricamente vestidos y bien enjaezados los corceles que montaban, y presididos por el Alférez Mayor y el Alcalde Ordinario y otras autoridades, se dirigían á la casa del Gobernador, que recibía á la comitiva, tomaba el estandarte y se agregaba á la procesión.

Daban una vuelta por la Plaza Mayor y después se detenían en el Cabildo, donde depositaban el estandarte.

En todo esto, la personalidad de Juancho, aunque muy inferior en clase, sobresalía; pues de todo participaba y en todo se le veía, y ningún detalle, por más inferior que fuese, se le escapaba; así, que todos los que lo conocían, descansaban en su discurso y habilidad, y estando presente, en cualquier cosa que se le encomendase, ya se aliviaban de un peso inmenso.

Parece que en una de esas procesiones, Juancho, que solía achisparse algo, estando más que lo de costumbre, causaba la hilaridad y algazara de los muchachos, lo que producía un mal efecto en aquella solemnidad.

Fué conducido arrestado, y hasta que se le pasó la *mona,* no le dieron libertad. Pero era tal lo que lo querían, que todo el vecindario se interesó de tal manera por Juancho alegre, que difícilmente habría

podido estar en la gayola mucho tiempo, y las mismas autoridades, que sabían que les era indispensable para todo, no lo hubieran dejado tampoco.

LA CASA DE LAS ÁNIMAS

Creerán que no hay participación de almas del otro mundo en las cosas terrenales, y que una vez que nos morimos todo concluye para este mundo; pues voy á relatar un hecho que prueba lo contrario, aunque pequemos de crédulos y crean que no estamos en este siglo de las luces, ni de apariciones, ni de cuentos de brujas, con que tanto se alarmaban en tiempos de antaño, y que dicho sea de paso, no creo yo tampoco, pues el que se muere, como dice el refrán, muerto se queda y no vuelve más.

Pero, si no vuelve, puede hacerse sentir de algún modo, y es lo que hubo con lo que voy á referir, que sucedió en este pueblo, y de lo que puedo dar fe, sin ser escribano, pues no es de lo que me contaron, sino que lo presencié y pude convencerme, aunque no pueda afirmar bien seguro si fueron ánimas las que intervinieron, aunque es más que probable, si es que hubo casualidad, como decimos ahora cuando queremos explicar lo que no sabemos, como siempre.

El caso es original y voy á referirlo. Sucede que una buena señora, con regular fortuna, instituyó herederos á unos parientes al tiempo de morir, y dejó una de sus propiedades, que redituaba una regular renta, para su alma, y que se la dijesen de misas por su eterno descanso, y para las ánimas también del purgatorio que necesitasen de los sufragios de la iglesia para salir de él, donde estarían ardiendo y ganar el cielo.

Yo leí el testamento, y en mis manos estuvo muchas veces y pude confirmar esto, como una cosa verídica y que no podía ponerse en duda: la voluntad era expresa y terminante de la testadora, y así se debía cumplir, pues cada uno es dueño de disponer de lo suyo y darle el destino que mejor le cuadre, mientras viva ó después de muerto.

Pero parece que, alguno de sus albaceas, no le convino tal requisito y quedó sin efecto lo mandado por la testadora, y no se cumplió en esa parte su voluntad.

Andando el tiempo, no faltó quien, husmeando papeles, se encontrase con una copia del referido testamento, y proponiéndosela á uno de los parientes de la finada, que nada había heredado, se hizo del documento, y después de dar algunos pasos preliminares para entrar en un arreglo y sacar ventajas desmedidas de los que usufructuaban la casa inde-

bidamente, en cambio del documento, viendo que no podía satisfacer su ambición, inició pleito, que revistió todo un carácter escandaloso, porque no hay quienes se insulten más, y más verdades de á puño se digan, que los parientes; y en la prensa y en los tribunales, no se hablaba de otra cosa.

Después de dar mucho qué decir y de pasar por todas las alternativas como tienen todos los pleitos en esta bendita tierra, sobre todo, que hacen perder tiempo, paciencia y mucho dinero, el poseedor del documento referido, que, dicho sea de paso, estaba siempre á tres menos cuartillo, en uno de sus continuos apuros, de nuevo propuso á la parte interesada, entrar en arreglos y ceder el testamento por una cantidad todavía algo crecida, aunque ya había cedido algo de sus primeras pretensiones.

No sabemos si alguno aconsejaría que no se le hiciese caso hasta que no viniera á términos más razonables, pues que sabía que había de volver á proponer nuevos arreglos, en las muchas necesidades que urgentemente al pleitista asaltaban; el caso es que fué así, y después de mucho andar y de revolver cielo y tierra, como decía, y de esperar y esperar á que los tribunales le dieran la razón y reconociesen el derecho que gestionaba, lo que es para aburrir á un santo, si los hay, sobre todo en esta tierra, que debían existir, pues que han habido más

mártires que los innumerables de Zaragoza, con nuestros desgobiernos y con la política, y podrían haber sido canonizados con mayor razón que muchos que están en el almanaque y se les rezan en las iglesias; como decíamos, el hombre aburrido, fastidiado, y más que todo, apurado por los *ingleses*, esa plaga infernal que no da paz ni tregua al que debe, entregó al fin el testamento en cambio de una bicoca, y quedó todo en paz.

Después de muchos años de esto, y cuando ya nadie se acordaba del tal pleito, un día corre la noticia por la ciudad de que había sido devorado por el fuego aquel heredero que se había apoderado conscientemente de la casa de las ánimas, y había comprado á oro el silencio y la adquisición del testamento, que lo iba á despojar de aquel derecho usurpado, de ocupar una propiedad cuya renta debía pasar á su destino.

Todos vieron en aquello una casualidad, pues ya sucede aquí en este bendito país, lo que en todas partes donde se vive tan de prisa y se conmueve uno momentáneamente para olvidarse pronto, y sólo alguno que otro se acordó del pleito, que había tenido lugar, y miraron algo más que una casualidad, sino como una especie de justo castigo de las ánimas ó de la Providencia, en aquel que se había apoderado de lo que no le pertenecía, desconociendo la voluntad de la testadora.

Y no crean que hay otro mundo, que las ánimas pueden mucho; traten á las gentes que crean á puño cerrado en esas cosas, de ignorantes, atrasados, etc., pero el caso es que hay casos y cosas en que no tenemos más que decir: vea usted la mano de la Providencia en ellas.

Seamos todo lo despreocupados que quiéramos, entre los que se cuenta un servidor de ustedes, entre paréntesis; no creamos en Dios ni en el Diablo, espliquese todo cuanto se quiera lo que pasa en este mundo de una manera muy natural, el caso es que dándonos aires de filósofos, á lo mejor perdemos todo nuestro latín, como dicen los teólogos, y queriéndonos esplicar mucho, no sabemos nada, pero absolutamente nada; así aquel hombre de la antigüedad decia muy bien: « Sé que no sé nada », y pasaba por uno de los siete sabios de la Grecia.

UN POETASTRO PORTUGUÉS

Cuentan, y podemos afirmarlo, pues lo hemos visto, que nuestro popular poeta don Francisco A. de Figueroa, era un improvisador extraordinario, uno de aquellos repentistas que no hemos conocido otro igual.

De todo sacaba partido, todo era motivo de inspiración, y estuviese, donde quiera, en el café, en el hotel, en la iglesia, en un banquete como en la barbería ó en cualquier parte, era bastante para inspirarse y hacer un epígrama ó cualquier otro género de composición poética, donde había de todo, pero las más con su intención muy señalada y con su sal y pimienta, como dicen.

Veía á una de esas beatas que se comen los santos de la iglesia y que son unas buenas piezas; pues ya improvisaba una cuarteta que decía:

« Que importa, señora mía,
Que, por pudor vuestro,

Cerreis la puerta al ave María,
Si la abrís al padre nuestro.»

Ó bien á un gran comilón:

«El panzudo don Pascual,
Comiendo asado un lechón,
Dijo al mozo del mesón:
« Trae vino, bruto, animal.»
El criado contestó mohino:
«Ya el vino estaba pronto,
Pues aunque animal y tonto,
Sé que el cerdo pide vino.»

Sería interminable relatar todo lo que improvisó nuestro inmortal vate Figueroa, pues sus obras encierran muchos volúmenes que se han publicado, y otras composiciones que han quedado inéditas, que son de aquel inagotable ingenio y que no se han dado á luz aun.

Á nuestro vate en todas partes se le veía, y no dejaba de ser invitado á todas las reuniones, fuesen públicas ó privadas, y en ellas era donde se lucía con sus *improvisaciones*, que hacían ver la facilidad de su númen.

De todo sacaba partido, y ahora fuése de un brindis en latín que se le ocurre á don Juan Manuel Lasota pronunciar en el acto de felicitar al vicario Fernández, é improvisa lo siguiente:

«Un brindis en latín pronunció Lasota,
Cosa del diablo;
Melilla entendió un vocablo,
Pero los demás ni una jota.
Y á no haber habido algunas
Macitas, con que hacer diente,
Todos, hasta el Presidente,
Se quedaban en ayunas.»

Ó bien en una salutación que hicieron algunos amigos á los profesores Mula:

« Dos *mulas* que hembras no son,
Sino sabios nacionales,
Hoy de estudios comerciales
Dan examen y función.
Hombres hay que en parangón
De tales *mulas* son machos;
Yo, á pesar de mis versachos,
A sus alumnos admiro,
Y hoy de contento me miro
En la edad de los muchachos.»

Ó bien á una señora que se le ocurrió enviar al profesor don Juan Manuel Bonifáz, una serpiente de dulce:

«Por la serpiente falaz,
La manzana, Eva, comió;
Y ahora en dulce apareció

Para tentar á Bonifáz,
Pero dejemos que tiente
Su fragilidad humana;
Él se comerá la manzana
Y nosotros la serpiente.»

Ó bien en un convite, á que asistió, donde había un cerdito para comer:

«Yo, á fuer de cristiano fiel,
Como chancho y bebo vino,
Aunque Mahoma previno
Privación de éste y aquél.
Yo saludo al que á la infancia
Da sustanciosa doctrina,
Y que á sus amigos destina
Cosas de mayor sustancia.»

Como hemos dicho, sería cosa de nunca acabar el relatar todas las improvisaciones de nuestro inmortal vate.

El caso que vamos á referir es curiosísimo.

Sucede que, en uno de los días de fiesta nacional, algunos amigos se reunieron para comer juntos y festejar el día que conmemoraba una de nuestras glorias patrias. Era un diez y ocho de Julio, según creemos, y como era sabido, Figueroa no podía faltar á la comilona, pues era, además de gran poeta, un buen gastrónomo, y ninguna fiesta estaba completa si él no estaba presente.

Nuestro poeta usaba gafas y se había quedado afónico completamente de una bronquitis mal curada, y no veía más allá de una vara, ni se le oía bien sino á muy corta distancia, y aun asimismo no se le entendía sino con mucha dificultad, tanto que, para recitar sus composiciones y sobre todo sus improvisaciones, tenía que valerse de otra persona que, hablándole al oído, repetía lo que había concebido aquella inteligencia privilegiada.

Por demás es decirlo, que los chistes y las bromas reinaban donde estaba y era lo más oportuno en sus improvisaciones; así es que no lo dejaban descansar los amigos, y dándole tema ó bien proporcionándoselo él mismo, pues de todo sacaba partido, de una nariz chata, como de un narigón; de un apellido, como de la menor circunstancia que pudiera ofrecérsele, pues aquel inagotable numen era como una fuente que siempre producía.

Así es que en la reunión á que nos referimos, como en todas á donde asistía, era Figueroa el héroe de la fiesta; pero figuraba un émulo suyo entre la reunión: un poeta portugués, que había venido precedido de gran fama y que, para honrar la fiesta y darle mayor esplendor, había sido invitado.

Figueroa esperaba, y todos los de la reunión, que dijera algunos versos, y así se lo manifestaban, pero él á todos contesta, *mais adiante*, y en tanto

Figueroa seguía improvisando y entreteniendo á la amistosa reunión.

En fin, aquel tapado no pudo descubrirse, fuese porque no todos tienen el don de improvisar, ó que creyese no poder competir con nuestro vate y le impusiese su numen, no hubo forma de que dijera nada en todo el tiempo que estuvieron en la mesa, y no hacía más que aplaudir de mala manera y forzadamente á Figueroa.

Inútiles, pues, fueron todos los empeños para que algo dijese aquel personaje que había venido precedido de gran fama de poeta portugués, y habiendo concluido de comer, resolvieron salir á dar un paseo y recorrer la ciudad, pues con motivo de ser día patrio, había iluminaciones y adornos en las plazas y en algunas casas particulares.

Nuestro Figueroa, siempre en vena, á cada momento se inspiraba de cualquier cosa en la calle, así como lo había hecho en la mesa, y lo hacía en todas partes, hasta que ya cansado y pasando por frente á la morada de un médico brasilero llamado Peixoto, que queriendo también festejar el día patrio había iluminado *á giorno* el frente de la casa en que moraba, lo pone en el compromiso al portugués, de que dijera algo, pues ya habían esperado bastante; todos le dicen lo mismo, que improvise algo, pues que la ocasión no podía ser

mejor que estando en frente de la casa de un compatriota que hablaba su misma lengua y era del mismo origen, y que algo tenía que decir, no habiendo podido oír nada de él á pesar de tanto habérsele pedido.

No pudo ya resistir á esto y dijo que estaba bien, y poniéndose frente á la fachada de la casa ostentosa que habitaba el facultativo Peixoto, á quien le gustaba el fausto y las apariencias como buen fidalgo portugués, meciéndose los cabellos y con tono enfático enristró el disparatado cuarteto siguiente:

« En vano es que ostenteis Peixoto,
Deslumbrar con vostro frontispicio,
Pues bein sabemos toudos
O vostro desacomoudo. »

Una carcajada estrepitosa que dejó frío al autor de semejante aborto, fué el aplauso que recibió, como era natural.

UN GOBERNADOR ENTENDIDO

Allá por los tiempos de la dominación portuguesa, hubo un Gobernador interino, que recibió el apodo de *corta oreja*.

Parece que ese caballero hacía cortar las orejas á cuanto caballo había en el campo, y so pretesto de que se hacía para reconocerlos como propiedad de la patria, los mandaba para su estancia sin empacho de ninguna clase, y parece que no fueron sólo caballos, sino que la orden se extendía hasta con las vacas con que se dice que pobló una estancia.

Esta manera inusitada de apoderarse de lo ageno contra la voluntad de su dueño, ha sido y es aún desgraciadamente moneda corriente en esta bendita tierra, donde ha existido y existe el verdadero comunismo, y se despoja como muy natural cosa á todos de lo suyo, cualquier caciquillo de los que abundaban tanto antes, y ahora no deja de haberlos, ó cualquiera de esos gobernantes que por llamarse muy liberales, lo libran á uno de lo que le pertenece.

Tanto como en Europa se preocupan de la cuestión de nivelar las fortunas, de que no haya unos que naden en riquezas y otros que carezcan de todo y vivan en la miseria, de buscar el medio de que todos tengan qué comer y como vivir cómodamente, pues aquí hace mucho tiempo que tan difícil como intrincado problema está resuelto.

El que algo tiene y ha conseguido á fuerza de trabajo ó de industria hacerse de una posicion, y reunir alguna regular fortuna, que le sirva para el sosten de su familia ó para descansar en la vejez, puede contar como seguro que tiene forzosamente que verla arrebatada cuando menos lo piensa, y no una vez, sino cuantas veces hay revueltas en este país, y esto es moneda corriente en él, aunque nos hagan entender que se acabó la era de los desórdenes y otras pamplinas por el estilo: la propiedad es de todos aquí menos de su dueño, y puede comprobarse bien el principio del célebre Proudhon que la propiedad es un robo y que, por consiguiente, el que roba á un ladrón tiene cien años de perdón, como dice el refran. Esa es la consecuencia que se saca de ese sofisma, pues que no es otra cosa, diga lo que quiera Proudhon ó cualquier otro. Recuerdo, hablando de esto, un caso que dará idea de lo que decimos, que le pasó á un servidor de ustedes, no precisamente á mí, sino á un capataz que tenia

en mi estancia. En uno de los bochinches que hubieron en esta desgraciada tierra, digna bien ciertamente de mejor suerte, me dejaron la estancia pelada de treinta mil carneros y unas dos mil quinientas vacas, entre amigos y enemigos, aunque yo no reconozco los últimos, que acampaban en el campo, y en una de las razías que hicieron, el capataz que era hijo del país, por mal de sus pecados, fué á reclamar muy humildemente la justificación de los animales que habían muerto y de los cueros que se llevaban. El comandante, uno de esos truhanes que visten de militar en este país y que abundan tanto, que no tienen la más remota idea del honor ni de la hidalguía del soldado pundonoroso, encontró en aquel hecho, un desacato á su autoridad, y sin más ni más, me lo hace poner de soldado raso en uno de sus batallones, haciéndole, además, razarle la cabeza y que no saliese de filas.

Pero con estas reminiscencias particulares nos hemos alejado de nuestro argumento, que es el celebérrimo *corta oreja*.

Según las crónicas, dicen que estando en el solio de la gobernación, por orden suya, encomendaba á todos los subordinados que señalasen los animales cortándoles las orejas, y á los que ya les había sido cortado una, les cortasen las dos, pues la primera era la señal de que era propiedad del Estado y la

segunda representaba la propiedad particular de dicho Gobernador.

No entendía mal el bueno del Gobernador, sus intereses particulares en el desempeño de los intereses públicos, y no ha dejado de tener desgraciadamente en tan alto puesto muchos imitadores, que lo han dejado muy atrás y que á su lado ha quedado casi niño de teta, después de tantos años!....

Cuentan las mismas crónicas, del personaje de que nos ocupamos, que tenía un criado que lo ayudaba á vestir, y cuando estaba hecho su atavío, le preguntaba poniéndose de frente:

—«¿Qué te parece, estoy bien? dímelo con confianza.»

El ayuda de cámara, que debió ser un simplón ó bien algún pájaro de cuenta, le contestó una vez, ya cansado de oír tal pregunta, cada vez que se vestía para ir al Fuerte:

—«Señor don Tomás, que así se llamaba, (1) *un palo vestido parece otra cosa.*»

Es de admitir que era don Tomás un personaje muy delgado y enjuto y muy desairado para caminar.

Así es que le vino de molde lo que el buen ayuda de cámara le colgó y que quedó como refrán desde entonces entre nosotros aquella ocurrencia, cuando queremos significar algo que artificialmente parece muy bueno, siendo naturalmente muy malo.

(1) Creemos bien suprimir su apellido.

UN INTENDENTE SUSPICAZ

En la época de la Guerra Grande que han denominado de la Nueva Troya, por el tiempo que duró, había de todo un poco, como en todas las cosas de esta vida; mucho heroismo, mucha abnegación y también mucho abuso y mucha miseria, que parece ser propio todo de la humana especie.

Al lado de lo sublime está lo ridículo, al lado de lo grande está lo pequeño, al lado de lo bello está lo grotesco y al lado de la virtud está el crímen, y así sucesivamente en todo lo demás en este mundo. Shakespeare en todas sus obras nos representa una escena la más patética, y al lado, y casi en seguida, otra de la más grande bufonería, y está en la verdad, pues que el contraste es natural y vemos todos los días cuadros reales de llanto y de risa en este mundo en que hay más pesares que alegrías.

Decimos esto, porque en aquella verdadera epopeya de nuestras disensiones políticas, en que había rasgos verdaderos de valor y de heroismo, que

enaltecían á nuestros hombres, hubieron también notas discordantes que amancillaron algo las glorias de la lucha.

Entre ellas, cuentase como una ignominia verdadera el que un Ministro de Hacienda, en los momentos de suprema prueba porque pasaba el país, se apoderase de todas sus rentas y se fuese á Europa muy suelto de cuerpo á gozar de lo que no era suyo. Causó tal asombro, que aún se recuerda este hecho por los que aún vivimos de aquellos tiempos, como una cosa que amancilla aquella época de grandes sacrificios y de inmensa abnegación, en que todos se disputaban con decisión extraordinaria quien había de hacer más en pro de la causa que se sostenía.

Aquel Ministro se embarcó llevándose todo lo que pudo y hasta el importe de la venta de la pequeña escuadra que había sido vendida para atender á los gastos extraordinarios del sitio.

General indignación produjo aquello, y Pacheco ordenó que fuese declarado traidor á la causa, responsabilizándolo con sus bienes de todo lo que había sustraído y mandando que su casa fuese destruida y sembrado con sal su piso, para que no naciese ni una sóla yerba en aquel sitio declarado infame.

El decreto apareció firmado por el gobierno á cuyo frente estaba el honesto ciudadano don Joaquín Suárez.

Hemos visto en nuestros hombres públicos algunos que sin rastro de pudor han dejado un nombre desesperante de todo lo malo que puede haber, que han metido el brazo hasta el codo, como dicen, en las arcas del tesoro público, que han dispuesto de las rentas públicas como cosa propia; pero un rasgo de mayor audacia que aquél, no sabemos que haya tenido lugar antes, entonces, ni después en este desdesventurado país.

La casa fué demolida en parte, según se había mandado y destechada, y no se llevó á cabo la orden de sembrar su suelo de sal, talvez por alguna contra orden, y porque ya no fuera de tiempo aquello.

Sin embargo de que había necesidad de probar entereza y fuerza de voluntad para contrarrestar todo lo que pudiera desmoralizar aquel sitio que pasaba por las más duras pruebas, pues había momentos en que los mejores y más templados espíritus se apocaban por instantes, por el cúmulo de dificultades que como montañas pesaban sobre su resistencia, que á fuerza de constancia y de fe sabían defender los que se hallaban entre los muros de la heróica Montevideo; sin embargo, repetimos, la lección fué amarga, y aunque aquel Ministro se llevó los caudales públicos, en su conciencia debió siempre quedar el remordimiento, y en su faz debió más de una vez asomarle la vergüenza.

OTRAS CUENTAS DE UN GRAN CAPITAN

Don Fructuoso Rivera había sido nombrado Comandante General de campaña, al subir á la presidencia don Manuel Oribe, en recompensa de lo que había trabajado para elevarlo á la primera magistratura. Verdad es que no había hecho más que compensar lo que el último había prestado de concurso él y los suyos, para que no cayese su autoridad, ocupando la presidencia cuando tuvo lugar la revolución de Lavalleja, con quien decía que contaba para ella, pero que le convino tal vez más á don Manuel sostener á Rivera que meterse en aventuras de revueltas, y creemos que hizo bien, pues mala suerte tuvo Lavalleja en su desgraciada empresa, teniendo que refugiarse en el Brasil y ser internado, y en fin, comer por mucho tiempo el pan amargo del destierro.

Métase usted á redentor y saldrá crucificado, es lo que les pasa á muchos, sino á todos, en todos tiempos y en cualquier parte.

Don Juan A. Lavalleja era uno de esos que podrían decir con razón eso mismo, pues él fué el jefe de los libertadores, él quien había organizado la invasión al pais, quien nos había redimido de las cadenas del Brasil, y quien había hecho más proezas en la guerra, y cuando menos, le correspondía después del triunfo y después de habernos constituido de hecho y de derecho, la primera presidencia; pues no fué así, y le colgaron la galleta, nombrando á don Fructuoso Rivera que había estado sirviendo al Brasil cuando aquél estaba expatriado, y que no podía de manera alguna tener la consideración de tan gran patriota que nunca había traicionado sus ideas y principios.

Pero así son las cosas de este mundo y no tenemos más remedio que conformarnos con lo que sucede y nos viene, y decir como el poeta:

« Dad bienes fortuna
Que no están escritos,
Cuando pitos, flautas,
Cuando flautas, pitos. »

Y seguir la danza hasta que Dios quiera, que el mundo ha sido, es y será siempre lo mismo, y unos nacen con estrella y otros estrellados, ó como decía un amigo, de la misma madera se sirve para hacer santos y también para hacer carbón.

Y basta de refranes, que sino vamos á ensartar más que Sancho.

Nombrado, como hemos dicho, Rivera, Comandante General, empezó á derrochar el dinero que era un gusto, y las cuentas iban y venían como granizada, y Oribe pagaba, ó mejor dicho, el Erario, esa vaca lechera que de tanto ordeñar se ha quedado hasta sin ubres y escuálida como esqueleto; pero al fin ya se cansó de recibir y más recibir cuentas de gastos y quiso poner un límite á aquella informalidad.

Hasta aquí habían existido las mejores relaciones entre ambos, pero una vez que quiso poner orden á aquella inmoralidad ya se enojaron los compadres.

El general Rivera que tenía otras cualidades sobresalientes y que se recomendaba por su humanidad y otras dotes, tenía el gravísimo defecto de ser un despilfarrador de primera fuerza y disponía de lo propio y de lo ajeno lo mismo que nada, y daba lo que era suyo y lo que no era, al primero que le pedía algo, sin miramientos ni empacho de ninguna clase.

Sabemos que una vez á uno que le había prestado un gran servicio, quiso recompensarlo debidamente y le otorgó un área de campo, que ya había dado á dos ó tres más anteriormente sin acordarse de ello, y cuando le hicieron presente aquello, le dijo que no tuviera cuidado porque no habría de faltar

campo para darle sin ser aquél. Creemos que lo haría, pero tal vez pasaría lo mismo, pues siempre era así.

Oribe, ya en el camino de regularizar aquellos gastos, exigió á Rivera la presentación de cuentas de los gastos originados, y aquí fué Troya, pues se vió en figurillas para presentarlas, y los empeños se hicieron al gobierno para que cediese, pero nada se consiguió. Oribe no cejó, y no hubo más remedio que darlas, y fueron mandadas á una Comisión para su examen. Pero, por más buena voluntad que existiese, pues en esa misma Comisión habían amigos del General Rivera, no estaban nada regulares y fueron desaprobadas. De aquí provinieron las desavenencias entre Oribe y Rivera que tantos males habían de costar al país. Hubo quien aconsejó á Oribe que no hiciese presión por aquello á Rivera, pues se evitarían males y la guerra civil; pero no quiso acceder á ese consejo, pues pretendía moralizar todas las ramas de la administración pública; pero, ¡qué caro costó al país aquello, sobre todo teniendo que habérselas con Rivera que tenía un gran partido y que podía hacer mucho mal! Y así fué; pronto se levantó en armas contra Oribe á quien había hecho elevar á la presidencia, y ya sabemos todas las calamidades que hemos pasado después por aquel hecho.

El origen de todas esas desgracias fueron las célebres cuentas de campaña, que, cual las de Gonzalo de Córdoba, podían figurar muy bien

« Entre palas, picos y azadones,
Cien millones de millones. »

LAS ALARMAS FALSAS DE PACHECO

En el asedio que sufría Montevideo por Oribe, hubieron cosas verdaderamente de hacer crispar los nervios al más valiente, como también cosas verdaderamente de sainete.

Hubieron escenas conmovedoras, hechos inauditos, dignos de figurar en una epopeya; paladines que han dejado muy atrás á los que nos habla la historia y la poesía, pero como reverso de la medalla, habían hechos y cosas originales y que no se comprenderían si no fuese en el mundo todo contraste.

Al lado de lo sublime está lo ridículo, es una gran verdad, y no hay más que un paso de lo uno á lo otro, como el genio y la locura no se distancian más que por un pequeño límite.

Pacheco, que indudablemente estaba dotado de genio, imprimió al asedio toda su inteligencia, y no se puede negar que á él se le debe en gran parte la resistencia que se hizo á Oribe, y poder conseguir

que durase tanto tiempo, inspirando á todos entusiasmo, valor y bríos.

Pero á la par de esto tenía, como todos los hombres, sus pequeñeces que empalidecían en gran parte sus condiciones.

Mucha tela habría en qué cortar para probar lo que esto y mucho más presenciaron y vieron, pero para dar un ejemplo basta sólo citar un hecho que singulariza aquella época excepcional.

En los más terribles momentos del sitio, cuando todos, pocos más ó menos, temblábamos porque el enemigo hiciese un asalto á la ciudad, pues nos pintaban á Oribe y secuaces como unos verdaderos caníbales, y que se comían hasta la gente, no escapándose ni los niños, pues que á nada ni á nadie respetaban, Pacheco, á las altas horas de la mañana, mandaba tocar á rebato las campanas de las iglesias y hacía recorrer las calles á la artillería y caballería á gran galope, metiendo un ruido infernal que amedrentaba á los miedosos y á los que no lo eran también, habiendo habido casos de que temiendo algunos ya tener las falanjes de Oribe á sus puertas, se escondían bajo siete estados, como dicen, y aún entre las polleras de las mujeres.

Sabemos de uno que se tiró á un algibe y pereció ahogado, otro que de un balcón se tiró á la calle, creyendo por este medio librarse de Oribe, y se

desnucó; de otro, y fué el más célebre, que se levantó de la cama con aquel ruido infernal, y sin acordarse de vestirse, tal era la prisa que llevaba, se armó con su lanza, se puso sus espuelas, y cargaba su apero de montar y á pie, sin otro traje que el de Adán poco ó menos, se fué á la línea á prestar su contingente para que no entrara el enemigo.

Las primeras veces, como sucede en todo, el susto de algunos fué mayúsculo, pero tan repetidas fueron las alarmas, que ya poco ó ningún caso les fueron haciendo, hasta que concluyó porque nadie saliese de su casa ni se moviese de su cama, y lo más que hacían era roncar más. Hasta que un día á Oribe se le ocurrió venirse con toda su gente, con la intención de asaltar á la ciudad, y á pesar del rebato de las campanas y de todo el aparato que ponía Pacheco en juego, nadie ó muy pocos se movieron de sus casas, y aviados hubiéramos estado si no se le hubiera ocurrido al tiempo descargar sobre aquellos asaltantes, más agua que no la vió el diluvio universal. Se desencadenó una borrasca de que pocos ejemplos ha habido en este país, y eso que llueve aquí que es un gusto, cuando menos se piensa, y hay unos pamperos que duran días y días, que embican buques y llevan todo por los aires, y á esto fué debido que no los hubiéramos tenido adentro, pues que refrescó los ardores bélicos de los asaltan-

tes, que habiendo alcanzado hasta el Cristo, tuvieron que soportar la lluvia torrencial de toda la noche, y retirarse en completa desmoralización al otro día, que siguió lloviendo sin cesar y duró una semana entera.

Fuese providencial aquello ó una simple coincidencia, el caso podrá definirlo según su paladar y buen juicio cada uno; pero el hecho sucedió así, y ya no volvió Oribe á pretender más asaltos desde entonces, verdad es que tenía sus presentimientos y creía en los azares y advertencias del hado, como todos los grandes capitanes y hombres que han sobresalido en cualquier cosa, que pagan su tributo á las humanas flaquezas y creen en cosas sobrenaturales, como nos lo dice la historia.

La verdad del hecho es, que si no hubiera llovido á torrentes, tal vez el ejército sitiador hubiera penetrado en la ciudad, pues era compuesto como de quince mil hombres, y se habría reproducido lo de la fábula de Fedro, que, por tantas veces engañar el pastor que venía el lobo, cuando vino, nadie lo creyó y le comieron los carneros, y lo mismo habría pasado con tantas alarmas falsas de Pacheco, que ya nadie les hacía caso, por lo mismo que se habían chasqueado tanto.

MANERA DE DESBALIJAR Á LA GENTE

EN EL SITIO GRANDE

Como ya hemos dicho, hubieron cosas que eran inmorales en aquel memorable acontecimiento, entre tanto heroismo y valor, desprendimiento y abnegación.

Por mucho malo se pasó y se puso á prueba de mil maneras el patriotismo de todos.

Hubieron rasgos de un desprendimiento completo; patricios como don Joaquín Suárez, donaban su fortuna en aras de la patria, y muchos otros ejemplos de esta abnegación se podrían citar de aquellos momentos.

Hombres inválidos, desvalidos que no tenían ni qué comer, con numerosa familia, concurrían á la línea á defender la ciudad sitiada por el ejército de Oribe.

Todos, en consuno, formaban entusiastas la falanje de guerreros de la causa que entendían que era la salvaguardia de sus derechos.

Oribe se habia aliado á Rosas, y habia invadido con un ejército argentino, en su mayor parte, y esto era sobrado motivo para rechazarlo. Se le ofrecía la paz bajo condiciones honrosas para su causa, pero consultando con Rosas, éste desaprobaba todos los arreglos que se hacían, pues su objeto era arruinarnos y ponia en práctica el *Delenda est Montevideo,* es preciso destruir á Montevideo, como el romano que repetía siempre *Delenda est Cartago,* la rival de la poderosa Roma.

El caso es que para sostener aquel prolongado sitio, que duró casi tanto como el de la famosa Troya, hubo necesidad de hacer toda clase de sacrificios de vidas y de intereses, vender propiedades del Estado, plazas y hasta un costado de la Iglesia Matriz, hoy Catedral.

En los apuros constantes que había, Pacheco y Lamas, ponían en planta cuantos medios podían imaginar, lícitos é ilícitos, y no se paraban en pelillos, como dicen, ni en consideraciones de ningún género para lograr recursos.

Á unos les embargaban sus intereses, porque se ausentaban del país ó no estaban en él; á otros los desbalijaban de cuanto tenían en sus negocios, y en fin, cuando habia algún ricacho, se le imponía bajo pena de mandarlo á la línea y á las primeras avanzadas cargando con el fusil, si en el perentorio tér-

mino de algunas horas no entregaba tal ó cual cantidad, que, según era la necesidad y el estado del comerciante, subía ó bajaba, y llegaba á veces de una pequeña cantidad á muchos miles de pesos.

Y no había *tu tía,* como reza el refrán, si no la entregaban, podían estar seguros que al pié de la letra se cumplía la orden, y buen cuidado tenían de no hacerlo, si estimaban su pellejo y no querían que alguna bala traicionera los agujerease, pues llovían como granizada, entre líneas y todo el día, durante no había armisticio, pues continuamente se daban el lujo de estar tirando. Se les daba un recibo para pagarles cuando el Erario estuviese en situación de reintegrar la cantidad percibida, y esto podía contarse que nunca sucedería, porque el Erario siempre ha estado y está exhausto.

La consecuencia de esta medida arbitraria, fué que muchos se ausentaron del país, ya cansados de tantas sangrías.

Conocimos muy de cerca á un patriota que, teniendo que ausentarse del país, después de haber servido como pocos, le embargaron sus intereses y quedó su familia en la estrechez, y aun en la miseria, y no le levantaron el embargo, hasta ya casi terminar el sitio, disponiendo en todo ese largo tiempo de los alquileres de sus casas, sin otra razón sino que el Estado los precisaba.

Como éste hubieron muchos casos, que á veces, si no la mayor parte, no respondían más que al espíritu de hacer presión sobre ciertas y determinadas personas, pero que daban una triste idea de aquellos mismos, que en otras cosas, daban motivo para apreciar sus cualidades, y que empeoraban la situación ya de sí muy mala, con medidas tan violentas y de caracter irritante. Mala manera era aquella de hacer prosélitos, pues nada hay peor que los atropellos y los actos autoritarios para una causa, por más santa que sea, pues que la desprestigian completamente.

LA PLATA ACUÑADA

Hubo en aquel memorable sitio la idea de acuñar moneda, en medio de las dificultades que se atravesaban, que no eran como para pensar en eso, ni en cosa parecida, pues que el Gobierno no tenía rentas bastantes para solventar sus compromisos, y sobre el país pesaban las calamidades de la guerra más desastroza, que lo arruinó completamente.

Á nadie se le hubiera ocurrido que estando arruinados, se pudiese pensar en fabricar dinero, pero en aquel tiempo que caracteriza toda una época de cosas extraordinarias y sin precedentes, eso mismo hace ver lo que era.

No se arredraban los hombres que estaban al frente de la defensa ante ningún obstáculo, y por más dificultades que los rodeasen, más empeño ponían en hacer cosas que verdaderamente eran milagros.

Sellar plata en aquellos momentos, era una cosa tan estupenda que más no podía ser, y sin embargo, á pesar de lo disparatado que era aquello, y que no

podía caber en cabeza sana, la casa de moneda se fundó, las máquinas se hicieron venir, se organizó la administración, ¿pero de dónde se sacaba la plata?

Hay estaba el *busilis*.

Entonces se hizo un reclamo á la población para que voluntariamente hicieran donación de toda la chafalonía que tuvieran, para fundirla en moneda.

Es de advertir, que todas las personas pudientes y aún las que estaban en regular situación, tenían casi todos sus objetos de uso, de plata, candeleros, candelabros, palanganas, jarras, fuentes y otros utensilios, aun hasta de oro, pues todo fué á la casa de moneda.

Esos objetos se hacían venir del Perú, si no eran fabricados aquí mismo, y era rara la familia que no los tuviese, como decimos.

Algunos de buena gana y otros de muy mala, todos contribuyeron con sus donativos para sellar moneda de plata, y se llenó la casa destinada para ello con todo cuanto había de ese metal, pero se hicieron algunos ensayos, y después, por no se sabe qué, se suspendió el trabajo, tal vez porque había otras cosas que reclamaban más urgente atención.

Pero no por esto se devolvió la plata á sus legítimos dueños, pues que se hizo humo, es decir, que fué á parar á manos de quién sabe, menos de aquellos; verdad es que á los más favorecidos les tocó uno

que otro peso del ensayo que se había hecho, y se tuvieron que contentar con esto, pues á otros no les tocó nada.

Buena manera aquella de sellar, quedándose con lo ajeno; pero éstas y otras cosas eran propias de aquel tiempo en que se hacían cosas muy buenas, pero también muy malas, y por lo mismo muy reprensibles, y que no eran ni podían calificarse sino de abusos de confianza de los hombres que dominaban.

LAS INDIRECTAS DE TARDÁGUILA

Quién no ha tenido ocasión, alguna que otra vez en la vida, de oir y aun decir á sus amigos: « esas son indirectas de Tardáguila », que parece que eran muy directas y se iban al bulto, como dicen los toreros cuando los *bichos,* como llaman á los toros, son traicioneros y no hacen caso de la muleta y buscan el cuerpo; ó que eran verdades de á puño, como las del famoso padre Cobos, que de esto no cabe duda.

Muchas veces en la vida he tenido ocasión de oir repetir lo mismo y han quedado como refrán las tales indirectas.

Por ejemplo: hay algún individuo, como me ha sucedido á mí con un amigo, que desea algo, pues no tiene más que hacerse presente y darse á comprender con algunas indirectas muy directas, insinuarse, y después dejarse caer aplomo sobre algún prójimo con sus pretensiones.

Á uno que le gustaba una capa que usaba un servidor, no sabía cómo hacerme conocer cuánto le

gustaría tener ese abrigo; cómo le quedaría de agradecido á cualquiera que le regalase una, que sería un servicio que no lo olvidaría nunca, y otras veces se ponía á clasificar las ventajas de aquel abrigo: *el que tiene capa, escapa,* ó *bajo la capa todo se tapa,* decía siempre; el valor del paño ó lo bien cortada que estaba; en fin, tantas y tantas indirectas me hizo, que no tuve más remedio que ponérsela al fin en sus hombros y quedarme sin ella.

Hay tienen ustedes una indirecta á la manera de Tardáguila.

Otro sujeto, que deseaba de cualquier manera poseer una prebenda, ó mejor dicho, un empleo, visitaba á cuanto personaje estaba en el candelero, como vulgarmente dicen, y poniendo por las nubes sus aptitudes, aunque fuesen, como muy frecuente son, nulas, en los que gobiernan, solía de tal manera insinuarse pidiendo algo, que entonces se descubría la hilacha para zahumar con tanta instancia á los que podían servirle para alcanzar su objeto.

¡Y al fin, después de tanto y tanto andar bajando la espina dorsal con sus saludos y quedarse encorvado, con tantas solicitudes y adulaciones, ¿cómo no habría de haber alguno que recompensase sus buenos oficios, y cayendo en cuenta del motivo de tantas indirectas, le diese lo que ambicionaba; y

ya conseguida su prebenda se echase á dormir muy suelto de cuerpo, pues ya tenía asegurada su vida en vida, y después de muerto, con el sueldo de jubilación y gracia especial para su familia?

He ahí otro ejemplo de las indirectas de Tardáguila.

Sería cosa de estar citando ejemplos y más ejemplos en este sentido y en cualquier otro de este género, pues es interminable lo que ha dado tema Tardáguila por sus indirectas, que son como un refrán constante, y así es que lo vemos aplicado á cuanta cosa se le puede ocurrir á cualquier prógimo para insinuarse de cualquier manera, indirecta ó directamente, según lo desée y dando en el blanco, que es el objeto.

Á tantos conozco que les han dado tan buen resultado esas indirectas, que habría una lista larguísima que anotar, si tuviéramos que probar los resultados de ese medio.

Pero vamos al caso, ¿existió Tardáguila, ó es simplemente una invención?

Ya lo creo que existió, y en esta benemérita ciudad. Era un hombre alto, seco de carnes, de mirada velada, que se dejaba caer de una manera tal, que abrumaba al más pintado con sus insinuantes ocurrencias y sus indirectas que dejaban patitieso al más despreocupado, y prosélitos ha dejado muchos,

que si no se parecen en lo físico, en lo moral tienen sus mismas condiciones, y que se descuelgan, cuando menos lo pensamos, con algún resuello de buso.

Cuentan de Tardáguila, que una ocasión se encontró, como vulgarmente dicen, con la horma de su zapato, con otro sujeto que le daba tres y raya en lo de dejarse caer á plomo, y que, para decir verdades de á puño, nadie le ganaba.

Se hicieron amigos entonces, y sin más, ya se apercibieron de qué pie cojeaban los dos.

—Amigo Tardáguila, le dijo, me aseguran que es usted muy campechano y que le gusta seguir la guasa y dejarse caer con alguna verdad de gran calibre, y que ni el mismo célebre padre Cobos se le iguala.

—Amigo, yo digo siempre lo que siento y nada más, y no ando con empacho ni hipocresía para decir verdades, le contestó Tardáguila.

—Entonces, deme usted la mano, pues yo soy lo mismo y voy á probarle que

Usted, yo y el padre Cobos,
Somos unos verdaderos lobos.

No sabemos si así lo haría, pero creemos que tendría necesidad de muchas pruebas para adquirir

y justificar la gloria de Tardáguila, pues hasta la posteridad ha alcanzado su nombradía.

¡Pobre Tardáguila, creastes fama, pero cuántos otros te han dejado lejos! . . . . .

EL CÉLEBRE DON PASCUALÓN

Todos los pueblos han tenido sus tipos de grandes mentirosos, y entre nosotros hemos tenido uno que creemos, que puede dejar atrás aun al mismo Manolito Gasquez, que pasa por el prototipo de los embusteros en España, que ha celebrado tanto sus embustes.

Las cosas más extraordinarias, muchas de ellas, sino todas, sin ápice de sentido común, han sido inventadas por el celebérrimo don Pascual Díaz, narradas por *don Pascualón,* como lo llamaban, que las contaba con un aire tan serio y formal, y con tal gravedad, que contrastaba con lo que mentía.

Había servido en el ejército libertador del General San Martín; había pasado los Andes y se había hallado en casi todas las gloriosas jornadas en que triunfó aquel gran capitán.

De esas campañas tenía tela para cortar bastante, y era fuente inagotable de sus mentiras.

Recordamos haberle oído, que en una ocasión en

que el ejército estaba muerto de sed y se morían por centenares los soldados, acierta á ver en un árbol que estaba en medio del camino, un barril, y se le ocurre apuntarle y tirarle un tiro con su pistola; cuando, dando la bala en el blanco, ¡cuál no fué su sorpresa y la de todos, al ver que saltó un chorro de agua abundantísimo con el que se satisfizo á todo el ejército, que perecía de sed, y se hicieron provisiones para seguir la marcha y que no faltase aquel líquido tan necesario para la vida!

Pero no paró en esto el milagro, pues así lo clasificaba don Pascual, sino que observándole alguno, que era una lástima dejar que tanta agua se perdiese inútilmente, halló que la observación era exacta, y amartillando la pistola de nuevo, y apuntando al mismo barril, tiró y tapó el agujero por donde había hecho salir el chorro, que tan providencialmente les había salvado la vida, apagando la devoradora sed que los consumía.

Otro de los cuentos de aquel famoso embustero, que relataba con mucha formalidad, era, que con motivo de uno de los grandes triunfos del ejército libertador, cuando tuvo lugar la entrevista entre el gran General Bolivar y el no menos General San Martín, hubo un gran banquete para veinte mil hombres, cuya mesa inmensa ocupaba más de dos ó tres leguas, y eran servidos por escuadrones á caballo y á gran galope.

Oyendo alguien tan estupenda mentira, que contaba muy serio don Pascual, para ver lo que decía, le objetó: «¿y había caldo en aquel banquete?»

Á lo que contestó inmediatamente:

«No sea usted torpe; ¿ha visto nadie que se sirva caldo en ningún banquete?».

Con lo que le tapó la boca al entrometido.

Otra vez, que había sido comisionado por el General San Martín, de una comisión importantísima, de la que dependía la salvación del ejército, y que sin pérdida de tiempo y matando caballos, llegase cuanto antes á donde lo mandaba á entregar unas comunicaciones, y así lo efectuó, hasta que alcanzando la noche y postrado el caballo que montaba, acertó en medio de la oscuridad á ver un bulto que consideró sería un corcel; armando su lazo, lo tira, y lo enlaza; lo arrastra hacia él, le pone freno, lo ensilla, y sin más ni más lo monta y metiéndole espuelas, anda como por el aire toda la noche en él.

Cuál no sería su sorpresa al ver ¡cosa inaudita y fenomenal! al clarear el día, que había andado toda la noche.... ¿en qué creerán? Pues nada menos que en un *tigre*.

Esto es demasiado increíble para que *colase*, y todos los que lo oían tenían que sonreírse, pues no permitía que se rieran, de manera alguna, de sus *guayabas* mayúsculas.

No concluiríamos de relatar todas las mentiras que contaba el bueno de *don Pascualón*, con una tranquilidad y una seriedad, como si fuesen verdades, que era esto lo que más llamaba la atención, y no podía nadie objetarle nada sin que se sintiese incomodado. Era una especie de atavismo, ó bien, una manía que tenía de ensartar mentiras increíbles, sin sentido común.

Era don Pascual Díaz militar, como hemos dicho, y se había hallado en el ejército del General San Martín. De aquellas campañas vino con el grado de Sargento Mayor y siguió el servicio en su país, figurando en la guerra que se sostuvo con el Brasil, estando presente en la batalla de Ituzaingó. Tenía una foja de servicios como militar, que lo honraba. Así es que se le consideraba mucho. También su persona infundía respeto: era un hombre alto, delgado, de una actitud marcial. Tenía una gran cabellera, y una barba entera y muy larga, blanca y bien cuidada.

Vestía con decencia y aun esmero, lo que le daba un aspecto respetable: se parecía algo cuando se le veía, á un antiguo patriarca ó á un profeta, y más cuando nos ensartaba sus *guayabas*, pues que lo hacía lleno de inspiración.

Ya hemos dicho que nadie se podía reir cuando largaba sus mentiras, pues se ponía furioso y tra-

taba de mal criados y educados á los que tal cosa se permitían.

Era preciso estar serio para que se esplayase; no mofarse de él, y ni permitia aun que se le hiciese alguna observación á las estupendas mentiras que contaba; y lo más particular de todo esto es, que parecía estar tan convencido en que decía la verdad, que creemos que últimamente creía que eran verdades lo que referia, pues á fuerza de tanto inventar mentiras, éstas se habían encarnado con él, tanto, que le parecían últimamente ciertas, y de ahí que se enojase cuando alguno se burlaba.

Estuvo mucho tiempo de Comandante General de la fortaleza del Cerro, y creemos que en ese empleo murió.

Una vez que fuimos á visitarlo á la misma fortaleza, y que nos recibió con mucho agasajo, pues era persona de buenas maneras y muy educado, como que era de la escuela del ejército del gran San Martín, donde no había gente guaranga, como decia, refiriéndose á algunos jefes y oficiales que ostentaban su mala educación; nos paseábamos por la plataforma de la fortaleza, y nos explicaba el cuidado que había que tener en aquel cargo, pues tenía además de la atención de la farola, que es la salvación del navegante, los depósitos de pólvora y el buen estado de la fortaleza.

—¿Pero aquí se aburrirá usted mucho, un hombre como usted, tan sociable? le dije.

—No lo crea, me contestó. Leo mucho, y para mí, es mi mayor entretenimiento; no me faltan amigos que me proporcionan algunos buenos libros, y paso el tiempo agradablemente.

—Además, agregó, soy muy apasionado á la pesca, y es mi entusiasmo tal por ella, que me paso las horas y aún los días con la caña, y muchas veces me duermo sin sacar ni un pejerrey.

—Á propósito, voy á contar á usted—y aquí, entre paréntesis, me encajó una mentira de grueso calibre, como lo van á ver,—lo que me pasó el otro día. Como le acabo de decir, soy muy aficionado y entusiasta por la pesca, y cuando nada saco, me suelo dormir. Pues bien, estaba en esta tarea, viendo si algo picaba, y como pasara el tiempo y nada hubiera, me dormí con la caña sostenida entre mis piernas y tomada por mis manos. Estaba con mi pito fumando, cuando en uno de los cabezasos que dí, se me salió de la boca y se me fué al agua; lo sentí, pero no hice caso. Á los pocos momentos de esto, siento que la caña se mueve, se sumerje el hilo, me doy prisa á sacarla, y veo un hermoso pescado, que lo tomo, lo voy á meter en la cesta, que tengo al lado, y, cuál no sería mi sorpresa al ver que el pescado tenía en la boca el pito que se me había caído, y lo más par-

ticular del caso, aun encendido, tanto es que no tuve más que tomarlo y seguir fumando!

Figúrense cómo me quedaría con semejante *guayaba;* no podia reirme, porque se enojaba don Pascual, y no quería irritarlo, habiéndome tratado tan bien; pero era tan estupenda esta mentira, que todas las de Manolito Gasquez no se le igualan.

Otra vez, nos contó, que yendo á su diversión favorita, al rayar el día, en que habia una espesa neblina, que no se veian ni las manos, se embarcó en un bote y salió un poco afuera, y viendo una especie de islote, desembarcó allí y se puso sentado á pescar, y cuál no sería su sorpresa, cuando vió que aquello, que creia un islote, se movía y echaba á andar, y no era nada menos que una ballena que lo llevaba y de la que pudo zafarse y librarse de ser ahogado, gracias á ser un buen nadador.

¡Pobre don Pascual! tenía un placer en mentir, y tanto habia mentido, que para él era la cosa más natural, y vivió y murió mintiendo.

UNA CAUSA CÉLEBRE

Ó LA JUSTICIA EN TIEMPO DE ESPAÑA

La tramitación judicial en tiempo de la madre España, era más ejecutiva que ahora, y no es porque no hubiese litigantes temerarios y el recurso de apelaciones hasta de última instancia extraordinaria, que era la presentación ante el Consejo de Indias y aún hasta el de Su Magestad el Rey.

Los alcaldes tenían en sus personas, atenciones muy complejas, y en los Ayuntamientos, que ejercían actos municipales, y hasta aun como Ministros de Justicia: en todo se metían y se expedían á tuertas ó á derechas, según lo entendían, cuando no había algún asesor que los aconsejase bien ó mal.

Pero el caso es, que aquellos magistrados, daban en el blanco las más de las veces, y que han quedado muy buenos recuerdos de esa institución, pues en los grandes conflictos, se les vió prestar grandes é inmensos servicios, formando parte en los Cabildos.

Así, en la invasión de los ingleses y toma de la

plaza, á todo atendían, en todo estaban, y si resistencia hubo y heróica, fué debida á sus acertadas medidas; pues á todo prestaban su atención, y desde las cosas más insignificantes hasta las más serias, nada quedó por hacer (1).

El Virey Sobremonte, sabemos con la cobardía que se portó entonces, abandonando por completo á los defensores, y el Cabildo tuvo que ponerse al frente de la resistencia, y á sus medidas, fué debido que el honor, cuando menos, se salvase de las armas españolas.

Vamos á relatar una de esas causas célebres, que tuvo lugar en aquella época, y que da una idea muy exacta de cómo se administraba la justicia entonces y el celo y perspicacia de los magistrados.

El caso es el siguiente: á un honrado comerciante de esta plaza, le vino recomendado de España un joven, á quien desde el primer día que llegó á Montevideo y se le presentó, trató con el mayor cariño. Era éste un apuesto mancebo, que tenía el don de hacerse querer desde que se le veía y trataba; así es que muy pronto se apoderó completamente de la voluntad de su patrón y hacía de él lo que quería.

No muy amante al trabajo, le gustaba la vida holgada, y ponía á contribución á su principal á

(1) Puede verse como era así, en mi obra titutada «La invasión inglesa en el Río de la Plata», publicada en 1877.

cada momento. Éste no ponia reparo alguno en facilitarle el dinero que le pedia, dominado completamente por su charla y adulaciones.

Todos los que veían lo que pasaba, no se podían dar cuenta de la largueza de aquel comerciante con aquel joven, y extrañaban ver tanta prodigalidad en un hombre que no era muy dadivoso, y que, aunque muy honrado, vivía, con gran fortuna, humildemente al frente de su negocio, que estaba situado en la esquina de San Miguel y San Felipe.

El mozo, viéndose agasajado por éste, gastaba y triunfaba, y pasaba la vida alegremente sin pensar en trabajar.

Tenía buena opinión entre las damas, á quienes siempre les gusta tipos así, de estos paseantes en corte, y más de una conquista había realizado.

Todas se disputaban su cariño, y estaba en momentos de contraer nupcias con una joven de buen mirar y de buena familia, y más que todo, de buena y mejor herencia.

Pero la ambición todo lo trastorna y lo echa á perder.

Y sucedió que una mañana, amanece la puerta del negocio cerrada, contra toda costumbre, pues era muy madrugador su dueño; extrañaron los vecinos aquello; pasan las horas y sigue lo mismo cerrada la casa, hasta que la alarma cunde, se dan golpes á

la puerta y permanecen mudos adentro. Creen todos, que se haya podido enfermar ó que le haya dado un ataque en la noche y no pueda moverse; dan parte al Alcalde; viene éste con su vara de justicia, llama por dos y tres veces, y siempre el mismo silencio; entonces ordena que se eche la puerta abajo, se realiza, y, ¡cuál no sería el estupor de todos los asistentes, cuando, al penetrar, ven al pobre hombre asesinado en su mismo lecho y bañado en su propia sangre!

El susodicho joven fué de los primeros en llegar al lugar, y viendo á su amigo y protector en aquel estado, empieza á llorar amargamente, á abrazarse del cadaver y á gritar á grandes voces contra tal iniquidad:

—¡Oh, mi protector, mi padre, mi excelente amigo! exclamó, ¡quién habrá sido el malvado que te ha arrancado la existencia!

Todos encontraban muy natural aquel desahogo, aquellos lamentos de quien tantos beneficios había recibido, y se enternecían al verlo así desesperarse. Algunos, aún, hasta lo consolaban con palabras de resignación.

Sólo el Alcalde no lo perdía de vista, lo examinaba calladamente, sin decirle nada, y se ocupaba en tomar indagaciones á los vecinos, para ver si conocian algo de aquel crimen.

Ya transcurrido casi medio día, y viendo que el joven siempre estaba en la misma situación, prorrumpiendo los mismos lamentos, una inspiración repentina le asalta, y contra todo lo que se esperaba por los circunstantes, le pone la mano en el hombro y en el nombre de la justicia le da la voz de preso, declarando que es el criminal.

Figúrense cómo se quedaría de perturbado ante semejante orden; protesta, se quiere disculpar, pero el Alcalde, inflexible, no cede; entonces se envalentona, quiere oponerse á su prisión; pero ante esa actitud, el magistrado apela á su vara, exclama las conocidas palabras *favor á la justicia,* y entonces todos se ponen en su ayuda. Me lo trincan, y aunque forcejea por librarse, mejor lo atan, y poniéndose en camino, todos, el Alcalde, el presunto reo y los circunstantes, se dirigen por orden del primero á donde vivía.

Entran al aposento, registran por todos lados, y ya se iban á retirar, quedando burlado el Alcalde y reconocida la inocencia de aquél, cuando se le ocurre, con su larga vara, levantar la colcha de la cama y mirar; saca alguna ropa sucia que había, la revuelve, y entre ella, ve una camisa ensangrentada, la examina y encuentra el nombre de la víctima. Se hacen nuevas investigaciones, y se encuentran el reloj y otras alhajas también pertenecientes al mismo.

Siguen haciéndose nuevas pesquizas, y se halla, enterrado en un rincón, el dinero que había robado, en botijas.

Ya no quedaba duda de que aquel hipócrita había sido el asesino de su protector, de su padre y de su amigo, como lo llamaba.

Ante la evidencia del hecho y ante los cargos del Alcalde, por más que quiera presentarse como inocente y como incapaz de haber cometido semejante atrocidad con quien tantos beneficios recibiera, tiene que enmudecer al fin y resignarse ante la evidencia de los hechos que lo comprometían.

De allí fué llevado á la cárcel, y con un celo extraordinario, en tres días, se sustanció la causa, se declaró convicto y confeso el reo, y fué enseguida ahorcado.

El Alcalde que tomó parte en el descubrimiento de aquel crimen, fué mi abuelo don Antonio Pereira, que dió pruebas de conocer bien lo que importa, en ciertos momentos, para la justicia, el celo y perspicacia, y más que todo, la inspiración en los magistrados, y lo citamos, por lo mismo que lo merece el hecho, y más cuando el autor del *Montevideo Antiguo*, al hablar de este suceso, no lo nombra y sólo se refiere á un Alcalde, que vivió en la calle de Pescadores.

EL ASALTO DE LA PLAZA POR LOS INGLESES (*)

Desde mucho tiempo, entre algunos Estados, se había tratado de la tentativa de apoderarse del Río de la Plata, que ofrecía la perspectiva de un gran resultado para el desarrollo del comercio, instituyendo en estas posesiones un régimen diverso del que seguía España para con sus colonias, destruyendo leyes absurdas de restricciones y monopolios que mataban toda industria, y el gobierno inglés era el que más se interesaba por destruir esa barrera.

La ocasión se presentó para llevar á efecto esa idea, como veremos enseguida.

Poco después de un ataque violento é inesperado que sufrieron algunas naves españolas que partían de aquí con dos millones y pico de pesos, por el capitan Mooré y sin previa declaración de guerra, no

(*) Véase mi obra ya citada: «La invasión inglesa en el Río de la Plata», de la cual extractamos parte de esto.

trepidó en asaltarlos con sus buques «Amphiom», «Lively», «Infatigably» y «Medusa», una fuerte división naval al mando del comodoro Sir David Popham, par de Inglaterra, con el objeto de apoderarse del Cabo de Buena Esperanza, pero en el camino cambia de idea y se propone llevar á cabo una empresa de mayor magnitud, y que, según opinión suya, daría mejor resultado.

Esa empresa, que asaltó á la mente del aventurero marino, fué nada menos que la de apoderarse de las colonias situadas en el Río de la Plata.

Al efecto, desobedeciendo las órdenes terminantes que había recibido de su gobierno, de no separarse ni un ápice de sus instrucciones, que eran de no abandonar á la Colonia Holandesa, como decimos, por propia inspiración, emprendió en 1806 el proyecto asaz aventurado de conquista de las posesiones españolas situadas en estas ricas regiones.

Y sin más dilaciones, el Comodoro Popham y Sir William Berresford, emprenden por su cuenta y riesgo esta atrevida empresa, aun creyendo en el desagrado de su gobierno y tener conciencia de que su conducta sería desaprobada; y al efecto, tomando refuerzos en Santa Elena, la escuadra ponia la proa en dirección al Río de la Plata. La escuadra se componía de los buques siguientes, que eran de gran porte: «Encounter», «Reasonable», «Diamedes»,

«Diadem» y «Leda», seguidos de algunos transportes, y que todos conducían como unos mil y quinientos hombres, destinados á llevar á cabo tan temeraria empresa, la que sólo, por el escaso número, podría efectuarse por la sorpresa ó por un golpe de mano, y asimismo no podrían permanecer mucho tiempo disfrutando de su conquista.

Al aproximarse la armada á las costas del Brasil, el comodoro Popham envió un expreso para informarse del estado en que se hallaban estos puntos y buscar los mejores parajes para navegar, y sin darle importancia alguna, las autoridades españolas vieron que un buque en que flameaba la bandera inglesa, sondeaba con toda libertad el río, y aún asaltaba á una embarcación mercante y se apoderaba del cargamento que conducía, desapareciendo poco después.

Los informes que le dieron al comodoro por aquel expreso, confirmarían sus ideas con respecto á la facilidad de su pretendida empresa sobre las posesiones situadas en el Río de la Plata, porque inmediatamente puso en ejecución su obra, y el 9 de Junio de 1806 el vigía de Maldonado señalaba el arribo de los buques ingleses á estas costas y poco después el del Cerro de Montevideo.

El Brigadier don Pascual Ruiz Huidobro, Gobernador de esta plaza, dió parte inmediatamente al

Virey, que lo era en aquel tiempo el marqués de Sobremonte, quien ignoraba completamente este hecho y ni aun sospechaba que pudiera tener lugar tal incidente y menos que los ingleses intentaran agresión alguna contra las posesiones españolas, y sin darle importancia al hecho, con su genial apatia y proverbial indolencia, prefirió ocuparse de fiestas de familia y de su rutinario despacho, antes que, como gobernante previsor, dictar órdenes para reunir las fuerzas necesarias á fin de rechazar al enemigo, que amenazaba conquistar y apoderarse de estas regiones.

Ruiz Huidobro, á pesar de este abandono, mandó reconocer las fuerzas enemigas con la escuadrilla sutil que existía en el puerto, y hostilizada por los ingleses se vió en la necesidad de guarecerse en lugar seguro para no caer en su poder.

Popham, consultando el mejor éxito de su expedición, comprendió que con las pocas fuerzas con que contaba, era más que aventurada empresa atacar la plaza de Montevideo, tan bien fortificada, y decidió apoderarse de Buenos Aires, que no ofrecía tal peligro de resistencia.

El 25 de Junio de 1806 toda la escuadra reunida aparecia frente de Quilmes, y en ese mismo día desembarcaba en aquella costa el ejército aventurero, que habia, por una de esas anomalías inesplicables,

de sorprender y apoderarse de una ciudad que tantas pruebas había dado y había de dar de inmensa abnegación, valor y heroísmo.

El marqués recién entonces comprendió los peligros que le amenazaban y dictando á toda prisa órdenes para organizar fuerzas para repeler al enemigo, realizó su pensamiento, disponiendo de las milicias para guarecer la ciudad y enviando una columna para que le saliese al paso y lo hostilizase; pero todo con tal precipitación y una falta de dirección y acierto que no puede de manera alguna justificarse.

Faltaban armas para la defensa de la ciudad y aun pólvora, y los vecinos las pedían inútilmente para defenderse contra aquella invasión temeraria.

Era tal la imprevisión del Virey, que todos los destacamentos de línea habían sido remitidos á guarnecer á Montevideo, como si esta plaza no hubiera estado tan bien defendida y no en tanto peligro para un asalto como Buenos Aires, así es que completamente desprovistos, fué necesario improvisar todo al frente del enemigo y bajo los apremios del momento.

Convino en desprender una columna como de quinientos hombres, que fué confiada al Brigadier don Pedro Arce, para salir al paso del enemigo, el que la dispersó completamente penetrando en la

ciudad los fugitivos en confusión, seguidos por las columnas inglesas que se apoderaron de la ciudad.

El marqués, no considerándose seguro, abandona á los defensores y huye cobardemente para la campaña y no se detiene sino cuando se considera salvo.

En la fortaleza se habían reconcentrado las fuerzas que defendían la ciudad, y en ella se encerraron los restos fugitivos de la columna, como los destacamentos dispersos que fueron sorprendidos por las fuerzas inglesas.

Pero era inútil en aquellos momentos toda resistencia ante aquella sorpresa y con un enemigo aguerrido que había entrado á la ciudad á tambor batiente; así es que no tuvieron más remedio que capitular y la entrega de la fortaleza fué hecha con todas las formalidades de estilo en casos semejantes, y el estandarte británico tremoló orgulloso en los baluartes españoles. Las fuerzas que las guarnecían debían salir con todos los honores de la guerra y las banderas desplegadas, á tambor batiente, respetando personas, bienes y familias y permitiendo el libre ejercicio de su administración con arreglo á sus leyes, etc.

Parece que Popham no fué muy celoso por respetar este compromiso y que las violencias y exacciones no se dejaron esperar, tanto más, cuanto que te-

nian prisa de apoderarse del tesoro público, y así amenazó á las autoridades con fuertes palabras si no le eran entregados los caudales del gobierno.

La cantidad que le hicieron entrega ascendió á la suma de un millón y cuatrocientos mil pesos, que era lo que había en las cajas, suma de que dispuso sin ningún reparo Popham, como cosa propia.

Pero la verdad es que el conquistador británico, queriendo manifestar en toda su latitud los deseos de protejer el comercio y la industria de estos pueblos, sometidos bien ciertamente á la más incomprensible tutela, como aferrados al más extravagante sistema económico que la Metrópoli les impusiera á sus colonias, no comprendiendo aun sus mismos intereses, con esa infernal política de restricciones, imposiciones y gabelas, que habían de producir lentamente el disgusto, la revolución y su separación absoluta; imprimió á sus medidas el sello de las libertades y franquicias comerciales, poniendo al Río de la Plata en iguales condiciones que las demás colonias que dominaba la Gran Bretaña.

Indudablemente, aunque breve y pasajera fuese la permanencia y dominio de las armas británicas en Buenos Aires, no dejó por esto de influir inmensamente en el ánimo de la población sus ideas liberales, para emanciparse de los perniciosos vicios, gravámenes, trabas y dificultades con que luchaban

las posesiones españolas para el desarrollo de su industria, de sus principios liberales y sus franquicias comerciales.

El momentáneo dominio de aquel ejército, procuró los medios accesibles para el éxito de muchas especulaciones, y las mercaderías inglesas, que sólo por contrabando se introducían, pudieron libremente venderse, y así como ellas, las producciones de otros Estados.

Sin embargo de las ventajas que les proporcionaba el dominio inglés, tan diferente al de la Metrópoli, la alevosía con que había sido atacado el pueblo de Buenos Aires, contra todas las reglas del derecho de gentes y alta ofensa á la nación española, despertaron la animosidad general contra aquellos que habían perpetrado tal ofensa, y el espíritu público se sublevó con justo motivo.

Entonces, apercibidos de que habían sido subyugados por un escaso número de extranjeros, comprendieron que sólo la inesperiencia y falta de aptitud del Virey, pudo ser la sola causa para que se enseñoreasen á tan poca costa y sin trabajo alguno de aquel pueblo, que siempre había dado pruebas de valor y que era inespugnable baluarte para dejar asentar sus reales á los usurpadores de territorios.

El capitán de navío don Santiago Liniers, fué

quien en aquellas circunstancias encabezó la reacción de aquel pueblo que, víctima de una sorpresa inesperada, no veía el medio de espulsar al extranjero.

Era Liniers un distinguido marino cuanto valiente capitán. Testigo de la toma y posesión de la ciudad por las tropas británicas, lamentando en su interior la ineptitud del marqués de Sobremonte, que, con su indolencia, había dejado consumar semejante atentado, trató de levantar el honor castellano, y se aprestó á preparar los elementos necesarios para la conquista de Buenos Aires.

Para ello necesario fué que se pusiese en comunicación con los principales cooperadores de esta idea, y elevando una solicitud al mandatario británico, le pedía permiso para penetrar al pueblo so pretesto de atender á su familia, cuando, su objeto principal, era ponerse de acuerdo con los que anhelaban el momento de arrancar el pabellón británico, que flameaba ufano en los edificios públicos de Buenos Aires, y espulsar á los invasores.

Le fué concedido ese permiso, y pudo, entonces, Liniers, ver bien el grado de defensa que podían oponer los conquistadores, por el número de fuerzas con que contaban, las disposiciones y armas de los españoles que querían independizarse del yugo británico, como estudiar bien los puntos vulnerables en donde con una buena estratagema podría de seguro triunfar.

Una vez realizado su objeto, facil le hubiera sido á Liniers tentar, seguro del éxito, en la misma ciudad, la reconquista, pero como hombre previsor y que adivinaba hasta las últimas circunstancias, las causas que podrían influir para coronar sus planes y deseos, y obediente á las leyes militares, no quiso prescindir de ponerse de acuerdo con el Gobernador de la plaza de Montevideo, para el más completo resultado de la empresa.

Así es, que partió para ese destino, en donde fué recibido con gran entusiasmo por el Gobernador Huidobro y la población, encontrando tal aceptación y buena acogida la idea de libertar á Buenos Aires del dominio británico, que con la mayor actividad se pusieron inmediatamente á la obra de preparar una expedición con aquel noble objeto.

Sabemos los resultados que dió la expedición, que fué la reconquista de Buenos Aires del poder de los ingleses, llevada á cabo con una pericia y valor extraordinarios, no sólo por parte de Liniers, sino también por los que lo secundaban.

Los ingleses, después de grandes pérdidas que tuvieron en el combate, tuvieron que entregarse, y Liniers, dirigiéndose á Berresford que estaba atrincherado con todas sus fuerzas en la fortaleza, le concedió retirarse con los honores de la guerra.

Esta intentona frustrada, dió motivo para creer

que no volverian los ingleses á pretender el descabellado proyecto de invadir al Río de la Plata; pero no fué así, sino que viendo el gobierno británico, que tan facilmente mil y quinientos hombres se habían podido apoderar de Buenos Aires, formó y organizó una nueva expedición, de más serias proporciones, y que daría un completo resultado.

Y así efectivamente se hizo, tomando á su cargo el gobierno inglés la iniciativa para llevar á efecto aquel plan de conquista del Río de la Plata, que había despertado tanta codicia.

Al mando del Teniente General Sir John Whitelock, que ocupaba un alto rango en el ejército inglés, se puso un ejército de once mil y tantos hombres; expedición, para aquellos tiempos, bien respetable y que caracteriza perfectamente el empeño de S. M. B. en que saliesen airosas sus armas en aquella empresa.

Al saberse, en Montevideo y Buenos Aires, la noticia de esta nueva expedicion, se aprestaron á la defensa.

El Gobernador de Montevideo, don Pascual Ruíz Huidobro, con una actividad y celo extraordinarios, trató de organizar todos los elementos para la resistencia de la ciudad, ayudado del Cabildo y de los principales, con más resultado que el que podría esperarse en aquellas apremiantes circunstancias.

Los momentos eran supremos y no había tiempo que perder.

La fortaleza de Montevideo, que había sido erigida por Zabala, continuada por Andunegui y terminada por el Virey de Portugal en 1797, no presentaba bastante seguridad para una prolongada resistencia, á pesar de su nombradía, y así fué considerada en junta de guerra, que al efecto fué convocada por Huidobro, la que manifestó, que no debía considerarse como una plaza fuerte, sino como *un sitio cercado en la mayor parte de poca seguridad.*

Era, pues, ante todo, necesario atender esta falta y secundado Huidobro por los nobles esfuerzos de las autoridades y vecinos de Montevideo, en breve tiempo reparó todos los defectos que la fortificación ofrecía, empezando la organización de fuerzas más allá de lo que se permitía, atenta las circunstancias y medios de que podía disponer, y la ninguna influencia ni medios que debían esperarse del concurso de Sobremonte, hombre funesto en aquel aciago acontecimiento.

Era también urgente levantar un empréstito para atender á las más penosas necesidades de aquellas circunstancias, y se encargó Vilardebó de negociarlo en el Perú, á cuyo efecto partió y pudo, sin llegar á aquel destino, negociarlo en Córdoba; empréstito cuya cantidad ascendía á trescientos mil pesos, pu-

diendo volver á Montevideo sin ser descubierto por las fuerzas bloqueadoras.

El Cabildo de Montevideo secundaba con gran actividad, celo y patriotismo, los nobles deseos del Gobernador Huidobro, y no descansaba en propender de todas maneras al feliz resultado de la defensa.

Entretanto, las fuerzas á las órdenes del teniente coronel Backhouse, con el contingente de las fuerzas al mando de Berresford, habían hecho su desembarque en Maldonado, no sin resistencia por parte de la guarnición, que tuvo que ceder al número y entregar el pueblo.

Los invasores extendieron entonces su línea de avanzada hasta San Carlos.

La noticia llegó á Montevideo é inmediatamente se trató de organizar un contingente de fuerzas suficientes para batir al enemigo y hacerle desalojar aquellos sitios, y dando el mando de ellas, que alcanzarían á cuatrocientos hombres, al teniente de fragata don Agustín de Abreu, se le dió esa comisión.

Pero el animoso é infortunado Abreu, con más valor que previsión, en vez de haber empleado sus escasas fuerzas en escaramuzas y hostilidades para que no adelantase el enemigo, quiso medirse con él, y provocando una decisiva acción, con intrepidez y arrojo, se lanzó con su gente, que era compuesta en su mayor parte de milicias, y consiguió arrollar á la

caballería inglesa, y ante esta ventaja arremete á los cuadros de infantería, la que esperó su intrépida carga y resistió, cayendo muertos en aquel momento el valeroso Abreu y su segundo don José Martínez, retirándose en completo desorden la columna, diezmada por el plomo enemigo.

Ante este triunfo, el ejército inglés adelantó, incorporándose la fuerza de la división naval al mando de Sir Samuel Achmuty, levando anclas para Montevideo el 13 de Enero y apareciendo á la vista de la ciudad que iba á ser teatro, dentro de poco, de tan grandes como sangrientos sucesos y escenas, viendo al fin confirmadas sus justas alarmas los vecinos pacíficos de Montevideo, sobre aquella poderosa invasión.

Pocas horas después, despachaban al navío « Diadem », enarbolando en sus mástiles bandera de parlamento, con pliegos cerrados para las autoridades de Montevideo, y que decían:

Á bordo del navío «Diadem», de S. M. B.

Enero 14 de 1807.

Señor:

Teniendo bajo mis órdenes fuerzas suficientes, pertenecientes á S. M. B., y habiendo recibido instrucciones para atacar el territorio español en el Río de la Plata, quiero

tener el honor de hacer intimación á V. E. de la rendición de la fotaleza de San Felipe y dependencias.

Me hallo pronto á garantir una capitulación en términos liberales y al mismo tiempo asegurar á V. E. que tengo fuerzas sobradamente suficientes para la rendición de la fortaleza y dominación del país.

Firmados:

Carlos Stirling.
Samuel Achmuty.

La contestación de esta nota fué la siguiente:

Excmos. Señores:

Para contestar el oficio de VV. EE., de fecha de ayer, poco tengo que detenerme ni en qué trepidar, repitiendo lo que he dicho al señor Achmuty en respuesta del que me dirigió á su ingreso al mando de S. M. B., á la vista de esta plaza; pero sí debo agregar, que sobre aquel concepto es considerada la propuesta del día por el señor Gobernador de ella, por las tropas de la guarnición y del ejército exterior, por todos sus vecinos y habitantes, y por mí que tengo el honor de mandarlos, como un insulto á nuestro honor y á la lealtad que profesamos á nuestro amado soberano el rey de España, de que nos gloriamos.

Así, pues, por tan digno objeto, todos estos sus vasallos, miran la efusión de sangre y la entrega de su último aliento como el más gustoso sacrificio, antes que desmentirla en un ápice.

Aquel jefe está de acuerdo conmigo en obrar hasta ese extremo, así como las tropas y el vecindario deseando el momento de hacer uso de las armas; y que, pues, VV. EE. tratan con su provocación de hacer mutuamente inevitables los males que ocurriesen, pueden poner en ejercicio las de su mando, no esperando ni otro modo de pensar ni otra contestación.

Montevideo, Enero 15 de 1807.

Firmado:

El marqués de Sobremonte.

Después de estas notas, los sucesos se precipitaron y el sitio se estableció.

Una salida que algunas fuerzas hicieron de la plaza, tuvo un desastroso fracaso cerca de las Tres Cruces, pues los ingleses, viéndolas, se habían ocultado dentro de los maizales que había en aquel paraje, y en los socavones y zanjas, y desde allí las sorprendieron haciéndoles un fuego mortífero, que las puso en dispersión y desorden completo, tanto, que fueron perseguidas hasta entrar en la fortaleza misma.

En esa salida desapareció el filántropo Maciel, que era conocido por el *padre de los pobres,* sin que se pudiera hallar en ninguna parte, suponiéndose que hubiese muerto allí; pero si así fué, su cadáver

no se encontró. Cosa particular fué esto, y sólo podría explicarse que los ingleses lo hubieran hecho prisionero, pero se habría sabido, y después lo habrían puesto en libertad. Hay en esta desaparición un gran misterio, que no ha sido posible explicar.

Volviendo al sitio de Montevideo, diremos, que el bombardeo más formidable comenzó en seguida de mar y tierra, y que las bombas y granadas llovían sobre la ciudad sitiada. Se habían guarecido los edificios con cueros y sacos de lana, pero asimismo penetraban y estallaban las bombas y granadas y hacían víctimas y destrozos de todo género.

La fortaleza contestaba con ardor al fuego y no retrocedía ninguno de los que defendían el honor castellano, y morían por centenares sin que el miedo ni el pavor influyese en nada en el ánimo de los que iban quedando, reduciéndose á menos número cada vez y según iban trascurriendo los momentos.

Estrechado el sitio y cada vez más vigoroso el ataque, el general Achmuty remitió un parlamento á los sitiados, con proposiciones de entrega de la plaza, bajo el interés de que siendo inútil toda resistencia, debía ahorrarse más derramamiento de sangre, bajo cuyo efecto les concedía á los defensores los honores de la guerra; pero la contestación fué unánime y negativa.

La hora fatal para Montevideo, en aquellas tris-

tes circunstancias, iba á sonar, en la lidia desesperada en que estaban empeñados sitiadores y sitiados.

La lucha era insostenible y no se podía prolongar, por más heróicos esfuerzos que hicieran los españoles, atento los medios y recursos de que disponían.

Eran ciento contra uno, y el quebranto y fatiga debía postrar sus ánimos y abatir sus fuerzas.

Y sin embargo, no desmayaban los bravos defensores de la plaza, y el ataque fué vigorosamente rechazado por espacio de catorce días, de un continuo cañoneo y bombardeo.

Los ingleses consiguieron al fin abrir una brecha en la fortaleza por la parte Sud, y aunque los defensores pudieron evitar que penetrasen en seguida por ella, cubriendo aquel hueco con cueros y otros objetos, y defendiendo aquel punto con gran vigor, sin embargo las fuerzas decaían, desfallecían los ánimos por el cansancio y la fatiga continua de aquella heróica resistencia.

En la noche del 2 de Febrero, en que las guardias de la fortaleza estaban dominadas por el sueño por tanta noche de vigilancia y de ruda tarea, las fuerzas inglesas consiguieron aproximarse á ella, y, sin ser sentidos ni apercibirse de su aproximación los sostenedores de la plaza, escalaron sus murallas, y cuando recordaron, la voz de alarma

fué sofocada entre el fuego y la sangre; la matanza más horrible se estableció entonces en medio de aquel baluarte. Á la sorpresa y espanto de aquel primer momento, sucedió la desesperación y la cólera; los españoles pelearon entonces como verdaderos héroes, en combate singular con los enemigos, y éstos, con no menos vigor, sembraban de muertos el terreno que habían asaltado, logrando, por el número, ir venciendo todas las resistencias.

Mezclados defensores y agresores, llegaron hasta la plaza Matriz, y en medio de la más espantosa oscuridad de aquella aciaga noche, en que sólo alumbraban los fogonazos de los disparos de las armas de los combatientes, los enemigos, que cada vez aumentaban sus fuerzas, dominaron completamente.

El día 3 de Febrero el sol alumbró aquel vasto teatro de tan heróicas hazañas, en donde habían tenido lugar en la noche anterior las escenas más horribles, y pudieron presenciar el espectáculo de aquella sangrienta lidia.

Sembradas las calles y la plaza de muertos y de heridos, de armas rotas y de cañones, la población reducida de Montevideo, llena de terror, estaba sumida en la mayor consternación.

Como mil y tantos muertos tuvieron los españoles en aquella luctuosa jornada, é igual número, si no mayor, hubieron de ingleses.

Muchos días se ocuparon en enterrar á los muertos, y el hospital y los lugares públicos fueron reducidos para albergar á tantos heridos como hubieron.

Los ingleses triunfaron al fin y se posesionaron de Montevideo, que no habian de dominar por mucho tiempo, pues sabemos la derrota que sufrieron en Buenos Aires, y que en la capitulación entró la entrega y desocupación de esta ciudad.

EL POETA FIGUEROA Y LAS TORAIDAS

Es indudable que ha habido un entusiasmo loco en nuestros antepasados por las corridas de toros.

Verdadero fanatismo, pues que estaban toda la semana pensando que llegara el domingo ó el día de fiesta, para que todo bicho viviente se trasladara como por encanto á la plaza de la lidia, y allí dar ensanche á toda la espansión de aquel cruel placer, vociferando, aplaudiendo ó reprobando con infernal frenesí, todas las suertes que ofrece aquel espectáculo de astucia y fuerza brutal.

Uno de los que más participaban de aquel entusiasmo era nuestro popular poeta, el inmortal Figueroa, que ha cantado las toráidas en todos los tonos, y que, como buen aficionado, nunca faltó á ninguna corrida, salvo cuando estuviera enfermo ó imposibilitado de concurrir á ellas, ó cuando, como él decía:

« Si quieres agua lograr,
No hay que acudir á San Roque,
Sino de los toros el toque
Has de oír resonar. »

Pues que cuando anunciaban alguna corrida, daba la casualidad, de que muchos domingos, se abrieran las cataratas del cielo y se ahogara en un diluvio de agua, quedándose afeitados los aficionados y sin toros.

Era, pues, nuestro popular poeta, entusiasta partidista por los cuernos, y por lo mismo, á más de un marido burlado le dedicó más de un epígrama donde salían esos ornamentos á bailar, y tal era su afición á la tauromaquia, que se exhibe nuestro Figueroa, con sus gracias todas y su proverbial disposición, en las composiciones de ese género, como en el epígrama, que no tiene quien lo sobrepuje.

No de balde, viendo nuestro vate que un novel escritor, con toda la inexperiencia de los años y el atrevimiento que da la ignorancia más supina, criticaba sus obras poéticas y no lo dejaba nunca sin censurar, decía:

« Gran quemazón, y no es
Baratillo ni remate,
Sino los versos de un vate
Que arden mañana á las tres.
¿ De esta sentencia tan rara,
No se escapará, ni una toraida siquiera ?
No, señor ! Todo á la hoguera,
Es orden de Tavolara ».

Figueroa ha cantado en todos los tiempos y en todos los tonos, como decíamos, esos espectáculos, y era de verlo, como lo hemos visto nosotros, de pie, en las gradas, accionar, pues no podía gritar, porque era afónico, y con su bastón ayudar á hacer barullo, ese ruido infernal que es sólo propio de la plaza de toros.

El fué el inventor de muchas canciones con que impacientaban á todo el que entraba á la plaza; que concluían: «que se lo saque» y «que se lo ponga», con que hacían perder la paciencia á más de un prójimo.

Recuerdo á uno que entró á la plaza con unas botas largas de campaña, muy embarradas, y al momento empezaron á gritarle: «Al de las botas, que se las saque!» Y después de mucho bregar, consiguió aquel populacho que se las sacara, pues tanto le gritaron, y después que hubieron conseguido esto siguieron con el estribillo: «¡Que se las ponga! ¡que se las ponga!»....

También recuerdo que al que se enfadaba le salía caro el enojo; y entre otros á don Juan Manuel Bonifaz, que, habiendo ido en mi compañía, tomó un *chino* de marca mayor, porque le entonaron el canto susodicho, y viéndolo enojarse, más se entusiasmaron, tanto, que más que picado, tuvo que abandonar la plaza.

Transcribir las composiciones de Figueroa sobre las *toraidas,* sería cosa de nunca concluir, y habría para formar un libro; veamos algunas de ellas:

SI EL TORO ES BRAVO

LETANÍAS

¡Viva el torillo
Viva el rejón!
Pobres chulillos,
Kirieleisón.

Al bello sexo
El corazón,
Á sus pasiones
Kirieleisón.

Rojos y blancos
Al unisón,
Canten al toro
Kirieleisón.

Cuidado con el bicho
Que es bravucón,
Si se descuidan
Kirieleisón.

SI EL TORO ES FLOJO

Vaya un ternero
Bobilis, bobis!
Vuelvan la plata
Y *ora pro nobis.*

Vaya una cabra
Patas de adobe,
No vale un pito;
Ora pro nobis.

Buey de carreta
No me jorobes,
Que te desuellen,
Y *ora pro nobis.*

Mira Delgado,
No nos embobes
Con tales maulas
Ora pro nobis.

En unas pinceladas biográficas de una cuadrilla que trabajaba en la Unión, en donde describe á todos los toreros que la componían, hablando del primer espada Manuel Sánchez (alias el Pintor), hay estos buenos versos:

«Más Sánchez, el pintor, brilla
Cual sol de aquella esfera; ¿quién y cuándo
Más osado se vió ni inteligente
La espada y muletilla manejando?

En un embroque tal ó un accidente,
Pone en riesgo su vida, más salvando
De los cuernos del toro, su fortuna
Se eleva hasta los cuernos de la luna.»

El ínclito Sánchez,
Con brío y decoro
Desprecia del toro
Furor baladí,
Y al ver á sus plantas
Tendida á la fiera
Mil ecos doquiera
Repiten así:
¡Sí, sí!
Repiten así.

¡Honor al valiente
Y un lauro de Apolo!
Domínguez tan sólo
Su igual se elevó;
Ninguno más alto
Renombre reclama,
Más digna la fama
Jamás resonó.
¡No, no!
Jamás resonó.

El pueblo por premio
Donarle debiera
Fulgente diadema
De esmalte y rubí,
Grandioso capote
De raso celeste
Y espléndida veste
De rico ormesí.
¡Sí, sí!
De rico ormesí.

Á todas las compañías que trabajaron en el país dedicó nuestro poeta, durante su vida, sus buenos versos, y en todos ellos campea su buen gusto y afición por esa suerte de espectáculos.

Participaba del gusto de su época, del medio en que había nacido, en que se había criado y se había educado, y así, no es extraño que fuese un partidario decidido por las *toraidas*. En aquel tiempo en que la madre patria había implantado sus gustos, sus costumbres, y que sus hijos, por más rebeldes que fueren, tenían necesariamente que respirar las mismas ideas y resignarse á la ley de la herencia, nuestro vate había nacido, y por consiguiente, todo lo bueno y lo malo de nuestros padres debía cantar; de esa España en donde, como decía otro poeta:

¡Viva el sandungueo,
Viva el salero,
Viva el jaleo
Y viva el toreo!

Habrá sido lo más bárbara ó inhumana que se quiera la lidia de toros, pero la verdad es, que no se puede negar, que aquel espectáculo templaba los ánimos de los espectadores, que salían después de la plaza con tanto valor y bríos como para desafiar todos los peligros. La indomable España, que jamás pudo vencer el gran Napoleón, que sostuvo por in-

finidad de siglos la guerra contra los moros y que ha sido un pueblo que siempre ha dado pruebas de virilidad, tal vez al espectáculo de los toros, le debe, en gran parte, el que sus hijos sientan enardecer su sangre en presencia del peligro de la patria y que haya siempre desafiado todos los azares del destino con ánimo varonil.

Los romanos, con sus circos cuyo recuerdo nos horroriza, acostumbraban á templar su valor, y sabemos que fueron los dominadores del mundo, y aunque eran más que espectáculos bárbaros, no dejaron de contribuir á la grandeza del pueblo rey, que extendió su dominio por doquier y se enseñorearon sus águilas en todas las naciones que sometieron.

LA MARISCALA

Don Melchor Xavier de Viana, Mariscal de los ejércitos españoles, fué un gran personaje en estos dominios.

Se cuentan de él una porción de anécdotas á cual más célebres, y que hacen ver que tenía un carácter accesible y popular.

Su consorte, doña Margarita, era una de aquellas andaluzas que podría haber causado otra guerra como la de Troya, si se hubiese llamado Elena y hubiera tenido otro París; pero que sin ser aquella heroína, era una de esas andaluzas que podría haber alborotado á todo un pueblo.

Era una buena moza, en toda la extensión de la palabra, y de un garbo y una apostura capaz de tentar al más santo.

Según parece, no era de muy ilustre alcurnia, pues el Mariscal, como amigo de las buenas mozas, no se había parado en pelillos para enamorarse perdidamente de aquella garbosa mujer, yéndola á en-

contrar en uno de los barrios más frecuentados de Andalucía, entre la gente de pelo en pecho.

Así es, que á pesar de ocupar el alto rango de Mariscal de los ejércitos españoles, no tuvo empacho alguno en darle su nombre y casarse con ella.

La Mariscala no pudo olvidar jamás su procedencia y las costumbres donde se había educado y criado, ni el medio en que había vivido, y así es, que arrastrando seda y terciopelo, pues se vestía con el lujo que correspondía á su elevada posición, tenía particular placer en ir á visitar los muelles y los barrios bajos, donde bullía la gente del bronce, y allí, poniéndose en jarras y terciando la mantilla, los invitaba á decirles cuantas palabrotas usa el lenguaje de la marinería, provocándolos con dicharachos y andaluzadas.

—Hola, no me dicen ustedes náa! Seo, mandrias; aquí está una barbiana de rechupete!

Y entonces le caía encima un chubasco de denuestos y desvergüenzas, que no son para repetir, y que gustaban de una manera extraordinaria á la Mariscala, y después se retiraba muy satisfecha con aquel tiroteo que había sostenido con aquella gente cruda.

Parece que el Mariscal, sabedor de ello, quiso evitar que no volviese más á provocar aquellas escenas poco edificantes y que no estaban en armonía

con el rango que ocupaba su consorte, pero no pudo conseguir nada, y siguió, hasta muy anciana, haciendo lo mismo, pues que entonces se hacía conducir por los criados en silla de brazos, pues era su mayor diversión y entretenimiento aquello, y cuando nada le decían se retiraba á su casa tristísima.

—Hoy no me han dicho nada aquellas aborrecidas almas de cántaro; parece que no tienen sangre en las venas ni sienten nada por una mujer!

Y no porque tuviese tal afición á oir palabrotas y denuestos, que sentarian muy mal en cualquiera otra persona menos meticulosa, la Mariscala gozó de mala fama, sino muy al contrario: parece que nadie pudo decir nada de liviandad ni de cosa alguna que ofendiese su buena reputación de mujer honrada.

Así es, que aquella especie de costumbre, que debía estar muy en uso en la madre patria, y que debe estarlo aun, de rozarse la aristocracia con el pueblo, explica el que la Mariscala se distinguiese en esto tanto y que se le aplaudiese viendo que desde tan alto descendiese á tan bajo, y que se confundiese de aquella manera con el pueblo, permitiéndole decirle toda clase de dicharachos, y cuando no lo hacían, incitarlos para que lo hiciesen, y cuando lo efectuaban llenarse de contento.

EL MAESTRO BARGHILÓN

En tiempos de España, la enseñanza no estaba muy prodigada, pues no había mucho empeño en que se ilustrasen los hijos de esta tierra.

Todo se reducía á las primeras letras, y alguno que otro hombre pudiente que quería que se educasen mejor sus hijos, les tomaba maestros particulares que les enseñaban un poco de francés y algo de humanidades.

El convento de San Francisco fué el lugar donde todos nuestros prohombres se formaron, y fué el centro, diremos así, de la mejor enseñanza que en aquel tiempo podía esperarse. Todos los años había colaciones y conclusiones ¿pero de qué? De latín, de filosofía, de gramática, aritmética y algún otro ramo, no olvidando para nada ni por nada, el catecismo del padre Astete, que era materia muy seria de examinar.

Y sin embargo, ¿cuántos caracteres no se formaron y salieron de aquel convento?

Casi todos los que figuraron entonces en la escena política, fueron discípulos de aquellos padres franciscanos.

Fuera de ese convento, existieron en la entonces diminuta población, algunas escuelas particulares, muy pocas bien ciertamente, y entre ellas había la de Barchilón.

Era éste catalán, más bravo que un agí y de los que estaban aferrados á la doctrina de que *la letra con sangre entra*, y que la ponía en planta á cada momento con sus discípulos, dándoles cada zurra de padre y muy señor mio, por quítame estas pajas, que los muchachos recibían por manos mismas de aquel energúmeno, llegando á ser el terror de la adolescencia.

Hablar de Barchilón, era como hablar del diablo mismo para los muchachos, y aquellos que sus padres creían incorregibles, me los ponían en aquella escuela, especie de inquisicion, y muy pronto salían más suaves que un guante.

Barchilón era un hombre alto, coloradote de cara, de facciones bruscas y que se revelaba á primera vista lo que era y podía dar.

En la escuela tenía su asiento más alto que los de sus discípulos y desde allí observaba todo lo que pasaba y no se le escapaba ni la menor cosa, y cuando estaba presente, no se sentía ni el ruido de una

mosca. Vestía, cuando estaba en la clase, un levitón largo y negro, abrochado todo; un gorro negro cubría su cabeza y siempre le era inseparable la palmeta que tenía en la mano y la disciplina que colgaba de su cinturón, con las que ejercía los castigos corporales más brutales que nos podemos imaginar.

Aquella fiera encontró un día la horma de sus zapatos con uno de sus discípulos, y fué uno que con el tiempo debía figurar mucho. Don Manuel Oribe que había sido puesto en aquella escuela, no sabemos qué travesura hizo, que Barchilón se encolerizó con él hasta tal punto, que le infringió algún fuerte castigo; pero el joven Oribe, que no era para sufrir mucho ni poco, le arrojó un tintero encima y ganó la puerta de la calle y corriendo se fué á su casa, y hallando un caballo ensillado de uno de los peones de las estancias de sus padres, montó en él y se fué á esconder por los alrededores del pueblo.

Su familia supo pronto lo que había acontecido y mandó en su busca; pero no lo hallaron sino tres ó cuatro días después y como era consiguiente debía estar toda alarmada, porque no aparecía ni vivo ni muerto.

Tuvieron un gran alegrón cuando dieron con el prófugo y no sabían qué hacerse con él; se lo quisieron llevar pronto á su casa, pero Oribe se resistía y no había forma de poderle convencer que debía

volver, pero tanto le instaron que sólo á una condición dijo que volvería, y era ésta, que no lo habían de volver á poner más en la escuela de Barchilón.

Se accedió á su deseo y de ese modo, pactando aquel ajuste, volvió á su casa.

Pasó de esto algún tiempo, y era costumbre de los muchachos, entonces, salir afuera del radio de la fortaleza, que estaba vacía y era todo campo en aquel tiempo, á jugar á la cometa.

Era un día que había llovido algo y que había algún barro; Oribe, como todos sus contemporáneos, se hallaba divertiéndose y embebido en su juego, cuando de pronto siente un fuerte pescozón que le dan y lo tira al suelo y le hace abandonar el hilo de la cometa, que se le fué quien sabe dónde, y al levantarse, mira y ve á Barchilón que era el que le había pegado. Sin poderse contener por la ira, no sabiendo qué venganza tomar, mira al suelo y el barro; ve vestido á Barchilón de capa blanca, hecha de aquel célebre paño de San Fernando, que costaba un dineral y que duraba una eternidad por lo mismo; y sin más ni más, empieza á tirarle á puñados el lodo y á arrojárselo encima, poniéndolo en un estado lamentable.

Figúrense cómo se quedaría Barchilón con aquello. Bufaba de rabia, amenazaba á Oribe con su bastón; pero inútilmente, porque su perseguidor con

más tenacidad, al verlo vociferar y rabiar, le arrojaba barro y más barro, y en ese estado tuvo que entrar al pueblo y ganar su casa, causando la hilaridad de cuantos le habían visto perseguido por un muchacho y en aquel lamentable estado en que lo había puesto.

No sabemos si esto le sirvió de escarmiento á Barchilón para moderarse un poco con los castigos que daba á sus discípulos, ó si siempre fué el mismo después; pues *genio y figura hasta la sepultura,* como dice el refrán.

OTORGUÉZ Y LOS GODOS

Tanto se ha fustigado al teniente de Artigas, con más ó menos razón, que su nombre ha venido á ser execrado por sus mismos excesos; pero como en todas las cosas siempre se lleva la exageración más allá de lo verosímil y de la verdad, á Otorguéz, ó Torguéz, como lo llamaban, también le ha tocado cargar con muchas cosas que le han colgado y que no le pertenecen y de cuya responsabilidad debe estar exento.

Y no porque tengamos que hacer esta salvedad, vayan á creer que á Otorguéz lo vamos á juzgar menos malo de lo que fué, y como un santo varón que estaba muy lejos de serlo, nada de eso; pues hay mucho que censurarle con lo que hizo en aquellos famosos tiempos, en que los abusos y las represalias entre godos y patriotas estaban á la orden del día, pues no se daba cuartel á nadie, ni se respetaba mucho ni poco nada, pero la verdad verdadera, es que á Otorguéz, que no se le

puede negar que prestó todo su concurso, bueno ó malo, al sostén de la libertad y de la patria, le han colgado el *San Benito* de muchas cosas de que no fué autor.

Y entre ellas la de *enchalecar* á los españoles, que fué el General don Jorge Pacheco, argentino, el que introdujo y puso en planta tan horrible como salvaje castigo. Consistía el *enchalecamiento* en meter á un ser viviente en un cuero fresco, encerrarlo en él y coserlo por fuera, y después exponerlo á los rayos del sol. Podrá imaginarse una cosa más brutal que ésta, que ni aún la misma inquisición con todos sus tormentos y todos sus suplicios podrá igualársele, y sin embargo, esto se puso en planta con toda perversidad! No sabemos que Otorguéz hubiera infringido ese tormento verdadero, pero en caso de que lo hubiese hecho, no fué él quien lo introdujo, sino Pacheco como hemos dicho, y hay quienes aseguran que fué solo él quien lo puso en práctica.

Debía tener entrañas de tigre y corazón de pedernal para poner en ejecución semejante barbarie, pues la mente no puede inventar un suplicio más horrible que aquél, pues ni el emparedamiento, ni la muerte por hambre, ni la muerte de Mazzepa, ni todos los horrores juntos en punto á castigos, pueden comparársele.

Figúrense las torturas que sufrirían los desgraciados á quienes se les infringía ese suplicio, cuando el cuero, secándose gradualmente por los rayos del sol, se iba encogiendo hasta entumecerse y adherirse al infeliz que estaba adentro. ¡Qué horror!....

Otorguéz ha sido acusado de esto, pero alcanzamos á muchos de los que habían servido con él, que me negaron que hubiera puesto en ejecución tal cosa jamás, que Pacheco introdujo para baldón de su nombre.

Pero, no obstante que absolvamos á Otorguéz de esta verdadera afrenta, no podemos dejar de consignar, que en algunas otras cosas bastante reprensibles, no fué extraño, y que ayudado de Gay é Iglesias, cometiese verdaderos excesos criminales que la pasión desenfrenada por la causa los llevaba sin freno alguno á poner en pie.

Las represalias entre unos y otros, entre españoles y patriotas, eran constantes, y no porque algunos de éstos hicieran algunas de éstas y aun actos bárbaros, los primeros dejaron de imitarlos.

Pero para los hombres como Otorguéz, Gay, Iglesias, etc., los godos eran como para los españoles fueron los moros, y eso de esterminarlos así como creían que era una cosa santa los primeros, con los españoles eran lo mismo los segundos.

Les decian:

«Todos son todos
Y todos godos.»

Y otras veces:

«Todos son godos
Y todos lobos.»

y bastaba esto para que los tuviesen como irreconciliables enemigos de la libertad y de la emancipación de estos pueblos del poder opresor de la madre patria, á todos los aferrados á las añejas tradiciones de la Península, de su patria, en fin.

El *gobierno* español perdió sus posesiones de América, por su política tiránica y refractaria á las ideas de adelanto moral como material, y la revolución fué su propia obra.

En la lucha ardiente y apasionada que se sostuvo entre españoles y patriotas, se chocaron los intereses de unos con otros, como siempre sucede; los hijos revelándose contra los padres, hizo más terrible el espectáculo de la guerra; hubieron grandes genios que se inmortalizaron por sus heróicas acciones en aquellos memorables tiempos, que han dejado una carrera luminosa en la esfera de la revolución, pero otros han dejado estampada su huella de terror que hasta hoy espanta.

A Otorguéz se le ha hecho una atmósfera tremenda que la historia ha recogido y ha llenado de oprobio su memoria.

Mucho hay de razón en gran parte para poner en la picota su nombre, pero creemos que en algo ha sido injusta la opinión que se le ha hecho á Otorguéz, como en el caso que hemos citado.

Era Otorguéz un hombre alto, delgado, muy blanco, de ojos azules, muy rubio, tanto que parecía más un inglés que un hijo de esta tierra; era de apuesta figura y bien parecido.

Sus modales eran de paisano, pues se había criado en el campo. Pasaba por ser uno de los más adictos partidarios de Artigas y por ser muy valiente.

Su odio inveterado á los españoles lo arrastró á cometer algunos actos que se reprueban, pero que con su apasionamiento creía legales y justificados.

No es extraño que hombres incultos como Otorguéz cometiesen errores, cuando hombres de inteligencia y saber, entre otras muchas cosas, mandaban á Artigas, á cuatro de sus enemigos más irreconciliables, y de los que le hacían más cruda guerra para que los fusilase; contestándole éste al devolverles aquel presente de carne humana que le hacían, que *el General Artigas no era verdugo*, ó bien á los que dictaban bandos de esterminio, de opresión y muerte como el siguiente, que sólo la

Convención francesa, en la revolución y en la época de más terror, habría prohijado.

Dice así:

« Ciudadanos: cuando los ejemplares castigos en los autores de la horrible conspiración del 3 de Julio y la firmeza invariable del gobierno en su ejecución, pareció dejaba escarmentados á nuestros enemigos de tentar otra vez, etc.... Cinco de los traidores, solidarios y cómplices de delito, *los teneis á la expectación pública*, y no excusan los castigos mientras los enemigos intenten perseguirnos.

«Españoles, ya veis el fin de vuestra obstinación, etc.... seguid en el desempeño de vuestra ridícula pretensión é impotencia y vuestro esterminio será inevitable. El brazo de la justicia va á caer sobre vosotros....

« Artículo 1.° Ninguna reunión de españoles europeos pasará de tres; y en caso contrario, serán sorteados y pasados por las armas irremisiblemente. Y si esta reunión fuese de muchas personas sospechosas á la causa de la patria, nocturna ó en parajes excusados, los que la compongan serán castigados con pena de muerte.

« Art. 2.° No podrá español alguno montar á caballo, ni en la Capital ni en su recinto, si no hubiese expresa licencia del jefe de policía, bajo las penas pecuniarias ú otras que se consideren justas, según la calidad de la persona, en caso de contravención.

« Art. 3.° Será ejecutado, incontinente, con pena capital, el que se aprehenda en un transfugato con dirección á Montevideo ú á otro punto, de los enemigos del pais, y el que lo supiere que alguno lo intentare y no lo delatare, probado que sea, será castigado con la misma pena, etc....—(Firmados): *Juan José Passo—Nicolás Rodriguez Peña—Antonio Álvarez de Yonte.*»

Para muestra basta esto solo, y eso que podríamos agregar y señalar muchos otros hechos y desmanes que se cometieron, por los que pasaban por muy inteligentes y eran superiores á hombres como Artigas y Otorguéz.

Se le ha acusado de haber autorizado también el vejamen de haber hecho ensillar á algunos españoles como si fueran caballos, y que poniéndolos en cuatro pies, montaban y espoliaban. De esto se ha hablado que hacía Gay y algún otro bandallo como éste, pero, á ciencia cierta, no se le puede acusar á Otorguéz de que lo hubiera hecho ni que lo hubiera mandado hacer. (1)

---

(1) No era sólo á Otorguéz á quien se le podia acusar de esta iniquidad, y sino véase esto que cantaban entre los porteños:

Vigodet en su corral
Se asoma con sus gallegos,
Y temiendo que lo pialen
Se anda haciendo el chancho rengo.

Cielos de los mancarrones,
¡Ay! cielos de los potrillos,
Ya brincarán cuando sientan
Las espuelas y el lomillo.

Godos miserables
Salgan del corral
Que aquí los patriotas
Los van á *marcar.*

Oliendo á ferruña
Sarnozos están,
Y godos y godas
Siempre por demás.

En vano en Artigas
Ellos confían,
También á este potro
Sabremos domar.

Ya verán la escuadra
Gritarles de atrás
Y allí como ratas
Todos morirán.

Será esto como el *enchalecamiento* de que se le acusa y que no fué obra suya.

Tales tropelías, sin duda alguna reprobables y reprobadas, no podían llevarse á cabo, sino por algunos desalmados, y que en aquellos tiempos debían naturalmente abundar, tanto más cuando en épocas muy posteriores, en otras guerras, los ha habido, que han dejado recuerdos de infame conducta, pero no por eso se puede colgarle el *San Benito* de esto también á Otorguéz como también al General Artigas le han llovido calumnias de todo género, propaladas por sus enemigos irreconciliables, haciéndolo aparecer como no era y convirtiendo su cuartel general en el Hervidero, como una verdadera inquisición.

La pasión partidista que engendra todos los odios y los rencores, ha sido la causa única de esa atmósfera con que se ha rodeado su nombre, y lo mismo ha pasado con Otorguéz, que aunque haya cometido muchos actos censurables, que no negamos los han exagerado tanto, que con toda perversidad lo presentan como el prototipo de la más refinada barbarie, y es preciso atenuar esa injusta apreciación, pues *no ha sido tan malo el león como lo pintan.*

EL DELEGADO DON MIGUEL BARREIRO

Era don Miguel Barreiro uno de esos excelentes caracteres que se encuentran en medio de la agitación y en los momentos más críticos que suelen atravesar los pueblos, como en la época que le tocó figurar nada menos que como Secretario del General Artigas, del guerrero y hombre de acción, y después como su delegado.

Parece un contraste, pero así pasan muchas cosas en la vida, y vemos, que no se encuadran bien ciertos roles con ciertos personajes, y que existe una verdadera anomalía, entre su carácter y el papel que les toca desempeñar.

Don Miguel Barreiro estaba llamado á la vida tranquila, á vivir en paz y sosiego con todo el género humano y á figurar en épocas bonancibles, y no en aquellos momentos de azares guerreros y de lucha ardiente, cuando Artigas no sólo tenía que combatir contra los españoles sino también contra los porteños para libertar á su país.

Don Miguel Barreiro fué uno de los que con más razón se podia alabar de poseer la confianza del general á quien servia; pues que en las ocasiones más supremas siempre fué elegido para representarlo, á la par de algunos otros que lo sirvieron, pero que claudicaron ante los principios de la revolución; pero no así Barreiro que siempre se encontró en las filas de los patriotas.

En el momento de mayor conflicto, Barreiro no abandonó su causa, y trabajó é hizo lo que pudo en las desavenencias de Artigas contra los porteños, cuando el Directorio de Buenos Aires lanzaba el formidable decreto poniendo á vil é infame precio la cabeza de aquel caudillo, y que transcribimos para que se vea cómo procedían los hombres de la revolución. Dice así:

El Directorio Supremo decreta, etc.

1.° Se declara á don José Artigas infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria.

2.° Como tal, será perseguido y muerto en caso de resistencia.

3.° Los pueblos, justicias, comandantes y ciudadanos, deberán perseguirlo por todos los medios posibles, y se gratificará con seis mil pesos al que entregue la persona de Artigas viva ó muerta.

4.° Los comandantes, oficiales y sargentos de Artigas, conservarán sus graduaciones, siempre que en el término de 40 días se presenten sumisos al general del ejército sitiador, ó á los comandantes, justicias, etc.

5.° Los que así no lo hicieren, son declarados traidores á la patria, y los que sean aprehendidos serán juzgados sumariamente y fusilados en 24 horas.

6.° El presente decreto deberá circularse á las provincias, autoridades, etc. (Firmado):—*Gervasio Antonio Posadas,* Director Supremo de la Junta de Buenos Aires.

¿Qué tal el documento? ¡No podía ser más célebre y más contundente! Verdad es, que no se andaba por las ramas el Directorio ó la Junta Suprema, que tanto decía velar por los intereses de la libertad y andaba buscando nuevas cadenas para aherrojar á estos pueblos!

Pero muy pronto tuvieron que reconocer el error que habían cometido y borrar con el codo lo que habían escrito con la mano y dar la siguiente proclama:

PROCLAMA DEL CABILDO DE BUENOS AIRES

El Excmo. Ayuntamiento de la ciudad de Buenos Aires, á sus habitantes:

Ciudadanos! Libres vuestros representantes del duro despotismo que tan gloriosamente acabais de destruir, contempla un deber suyo reparar los errores á que le arrastró su escandalosa opresión.

Empeñado el tirano en alarmar al pueblo contra el que suponía invasor de nuestra provincia, precisó con amenazas á esta corporación para autorizar con su firma la infame proclama del 5 del corriente.

Ella no es más que un tejido de imputaciones las más execrables contra el ilustre y benemérito jefe de los orientales, don José Artigas.

Sólo nuestros representantes sabían con cuánto pesar dieron lo que tanto ultrajó *el nombre de aquel héroe y la pureza de sus intenciones.*

El acuerdo secreto que celebró el Ayuntamiento, es un monumento que hará la apología de su conducta; y aunque la confianza con que empezó y continuó sus relaciones con aquel jefe lo sinceran suficientemente para con vosotros, no obstante, cree deberos protestar la insolencia con que le arrancó la tiranía aquella *atroz declaración.*

El Cabildo espera de la confianza que se merece, que esta solemne declaratoria desvanecerá las funestas impresiones que pudo ocasionar en vosotros un procedimiento forzado.

Ciudadanos! deponed vuestros recelos; vuestros verdaderos intereses son el objeto de los desvelos de vuestro Ayuntamiento, y para afianzarlos, procede con el jefe oriental, *la rectitud de intenciones de este invicto general es tan notoria y la ha acreditado de un modo tan plausible, que no podeis dudar de ella sin agraviar su decoro. Olvidad las atroces imposturas con que hasta aquí os lo ha presentado odioso la tiranía;* destruid ese fermento de rivalidad que diestramente mantenía el despotismo *á costa de calumnias que dilaceraban la conducta de aquel jefe,* para hacernos gemir bajo sus cadenas y *alarmaros contra el bienhechor generoso* que se apresuraba á quebrantarlas en nuestro país.

Sea uno el interés, uno el principio que anime vuestros procedimientos: las comunes ventajas afianzadas sobre la base incontrastable de la equidad.

Esta confianza recíproca, esta uniformidad de sentimientos proporcionará á vuestros representantes la mayor recompensa á que aspiran sus desvelos; esto es, haceros disfrutar los bellos días de la abundancia y de la tranquilidad.

Este documento lo firman los miembros del Ayuntamiento de Buenos Aires.

No en balde tuvieron que hacer quemar por mano de verdugo, en la plaza pública, todo lo que había infamado la memoria del General Artigas y se le mandaba á cuatro de sus más encarnizados enemigos para que los fusilase, como ya hemos referido, devolviendo tan horrible presente de carne humana, y contestando airado *que el General Artigas no era verdugo,* pues que sin él era imposible la resistencia y los progresos de la revolución, y tal vez no se hubieran salvado estos pueblos de caer en el dominio de alguna otra corona.

¿En quiénes había más patriotismo, en aquellos que proscribían y ponían á precio vil la cabeza del General Artigas y trabajaban subterráneamente por monarquizar á estos pueblos, ó en el que sólo defendía los principios de la libertad republicana? ¿En quiénes más sinceridad de intenciones, como decimos (1) en una de nuestras obras, si en aquellos

(1) Véase el opúsculo « El General Artigas ante la historia ».

que sirviendo en una atmósfera de continuas intrigas, hostilizaban al General Artigas y sembraban el espíritu de disolución y anarquía, ó en quien, sin más ideal que el puro y ardiente amor á la patria, iba á morir miserablemente en país extranjero?

¿En quiénes había más sinceridad y patriotismo, si en los que minaban por su base el espíritu republicano y andaban en busca de un rey, y ofrecían pensiones á personajes como Godoy, titulado Príncipe de la Paz, ó quien rechazaba con indignación las propuestas de Vigodet primero y de Lecor después, ofreciéndole distinciones y riquezas, pero traicionando la causa de la libertad de la patria?

Este fué Artigas, y al lado de él, entre otros muchos patriotas, se encontraba don Miguel Barreiro, quien no desmintió jamás su adhesión por la causa de la libertad de su patria, ni dejó de coadyuvar en todo y por todo en la lucha que sostenía aquel caudillo.

En la guerra, en todas las alternativas de la fortuna, en el triunfo como en la derrota, Barreiro fué siempre consecuente con sus ideas, nunca desmayó su ánimo por los peligros que amenazaban á su país, ni dió vuelta la espalda al prócer de nuestra independencia, aun cuando se aglomerasen sobre su cabeza todas las tempestades, y que la suerte, la derrota, los desastres y el ostracismo lo llevaran lejos de su patria á morir en suelo extranjero.

Barreiro, en todo ese tiempo, y aun después, fué siempre fiel á la causa de Artigas y consecuente con sus principios, de los que no se separó jamás, hasta su muerte.

Hombre de convicciones profundas, sacaba bríos de su misma debilidad y se imponía por su honorabilidad y por su mismo carácter bondadoso.

No era una ilustración, ni un personaje dotado de grandes talentos, pero poseía un gran fondo de instrucción, y sobre todo conocía á los hombres y sabía dar el verdadero valor y también importancia á los sucesos que se desarrollaban en estos pueblos, en lo que tanto había de figurar.

Pocos patriotas pueden vanagloriarse de haber servido á su país con mayor celo y menos desinterés personal que Barreiro.

Era excesivamente modesto; sus hábitos eran humildes y estaba dotado de principios de moral cristiana y de religión profunda. No había más allá para su sano criterio, que lo que estrictamente se ajustaba á esas ideas, ni comprendía que nadie se pudiese apartar de ese camino.

Sirvió al General Artigas porque estaba encarnada en él la causa de la patria; por esto se encontraba á su lado y por esto también lo acompañó en todos los tiempos.

Estaba vaciado en el molde de esos espíritus su-

periores que sacan fuerzas de sus propias flaquezas, que se engrandecen por su carácter siempre recto, por su convicción de ideas y por su incontrastable uniformidad de principios.

Aun en los momentos más supremos que atravesó este país, cuando todas las tempestades se desencadenaron sobre él, nunca desmayó don Miguel Barreiro, y fiel y firme, constante y consecuente, desafió todas las borrascas que debían sepultar á su patria en el abismo, por la traición é infamia de sus enemigos, en verla aherrojada y esclava de poder opresor, después de tantos sacrificios consumados en aras de su libertad.

En la invasión de los portugueses, en que sucumbió el poder de Artigas, por una serie de catástrofes continuadas, y en las que el Gobierno Argentino fué principal autor, Barreiro, como delegado de aquel caudillo, mostró su inmenso y decidido empeño por desviar el rayo que amenazaba hundir la patria. Hizo cuanto humanamente pudo por atraer al Gobierno Argentino á una alianza para salvar á este país, pero todo su empeño fué inútil; todos sus trabajos fueron estériles para conseguir ese objeto: la invasión portuguesa había sido convenida con acuerdo de aquel Gobierno, y prefirió ver á este país sometido al yugo extranjero antes que salvarlo y hacer una alianza con Artigas.

He aquí cómo se expedía don Miguel Barreiro:

« Excmo. señor:

«He recibido la nota de V. E., fecha 2 del corriente, con copia de la que en igual fecha dirigí al Excmo. Cabildo de Buenos Aires.

«Por su tenor, advierto, que al despacho de estos pliegos, aun no habían llegado á manos de V. E. los míos del 29 del pasado.

«Sin embargo, á esta hora considero ya destruído en gran parte los motivos en que apoya V. E. sus quejas.

«La franqueza que respira mi comunicación, la sinceridad de mis ofertas y las garantías que prometo siempre que se preste V. E. de un modo eficaz á hacer causa común con esta Provincia contra el *ejército portugués* que la invade, son pruebas nada equívocas que habrán convencido á V. E. que estamos muy distantes de pensar otra cosa que en la unión.

«Cualesquiera que sean las medidas que se haya visto en la necesidad de adoptar el Jefe de los Orientales, deben reputarse nacidas en circunstancias que, ignorando la reclamación que V. E. había hecho al general portugués, por medio del Coronel Vedia, observaba con dolor que iban transcurridos tres meses desde la ocupación de nuestro territorio por las fuerzas enemigas, sin que ese Supremo Gobierno hiciese la menor aparición de decidirse á favor nuestro, á pesar de las empeñosas gestiones que al intento hizo esta Municipalidad por medio de su comisionado, doctor Victorio García, no dignándose V. E. remitir el menor auxilio que se le pedía, y lo que es

más notable, ni aun contestar al oficio que aquella corporación le dirigió.

«También observaba, que derramándose la sangre de los orientales en continuos combates con los portugueses, V. E. mantenía sus relaciones de paz y comercio con aquella nación, permitiendo tremolase su bandera ominosa en el Río de la Plata y puertos de la banda septentrional, y se paseasen aquellos extranjeros con toda seguridad en las plazas y calles de Buenos Aires, facilitando á sus paisanos frecuentes y exactas noticias de todo cuanto en el interior de nuestro país pasaba.

«Estas y otras muchas razones que anoto, á la verdad no despreciables para el criterio de V. E. y de cualquier hombre imparcial, son las que incitaron al General don José Artigas á la adopción de aquellas medidas, razones que con disgusto recuerdo, obligado por la necesidad en que V. E. me pone de vindicar el honor de mi jefe y sobre la que aseguro echaré desde luego un denso velo, porque penetrado del mismo principio que V. E. pronunció, esto es, que la unión es la salvadora única de nuestra libertad, estoy dispuesto á hacer por ésta todos los sacrificios que sean necesarios á su sagrado objeto.

«La diputación que el Excmo. Cabildo dirige á V. E., explicará más ampliamente estas sanas ideas, en que están conformes todos los habitantes de esta Provincia, desde el General hasta el último ciudadano, y yo juro á V. E., en nombre de mi jefe, que será restablecida muy en breve la confianza y la sincera amistad cual corresponde entre pueblos hermanos; terminarán los motivos que recientemente han turbado nuestra próxima reconciliación y reunidos nuestros nuevos esfuerzos con la acti-

vidad y energía que exige el actual conflicto de las circunstancias, podremos contar desde ya con el infalible triunfo contra el enemigo común.

«Tengo el honor de reiterar á V. E. mi más respetuosa consideración.

«Montevideo, 6 de Noviembre de 1816.

(Firmado):

«*Miguel Barreiro.*

«Excmo. Supremo Director de las Provincias de Sud-América.»

Este documento revela cuáles eran los poderosos motivos que tenía el General Artigas para poner en duda la lealtad y buena fe del Gobierno Argentino, en aquellas críticas circunstancias que atravesaba este país, mirando, como miraba, indiferente, que la invasión extranjera extendiese sus alas y se apoderase del territorio oriental; y sin embargo, acallando los motivos de queja que tenía contra aquel Gobierno, se levantaba bien alto, ofreciendo su patriotismo para estrechar los intereses de estas provincias en los lazos de la unión.

Pero las mezquindades de aquel Gobierno, sus intrigas y la falta completa de patriotismo en aquellas críticas circunstancias, como fueron todos sus

actos para con este país, pretendiendo dominarlo siempre á su capricho, respondieron en aquella ocasión suprema, sosteniendo sus imposiciones de dominio absoluto, y desecharon los buenos deseos del General Artigas, manifestados por medio de su delegado Barreiro, y prefirieron, antes que transigir con Artigas, presenciar impasibles que las huestes extranjeras se posesionasen de este país y paseasen vencedoras su carro triunfal.

Conocida es la nota de don Miguel Barreiro dirigida al representante del Gobierno Inglés, que empezaba así: «*¿Por qué motivo, ¡oh, milord! nos tratáis con tanto desdén?....*» en la que tanto se interesaba en que influyera para alejar el terrible momento que se le preparaba al país de verse entregado al dominio extranjero.

Todos sus afanes fueron inútiles, todos sus trabajos dieron por resultado estrellarse con la indiferencia y apatía del Gobierno Argentino, así como sucedió con el General Artigas, á quien representaba, y cayó envuelto en las redes que la traición había urdido para entregar su patria á la corona de Portugal.

SIETE CHAQUETAS

Hubo en tiempo del General Artigas uno de sus ayudantes que fué conocido por ese apodo, y era que tenía y usaba chaquetas de diversos colores; se llamaba don Gregorio Brun, el que tal sobrenombre había adquirido con tan singular manera de llamar la atención y tan estrafalario gusto.

Ostentaba hoy una de un color, después otra y así sucesivamente, y en todos los días de la semana, tenía una diferente con qué vestirse.

Sus compañeros de armas no lo conocían sino por ese sobrenombre, y en todas las campañas del General Artigas, á quien acompañó siempre, ostentó sus diferentes chaquetas, desde la punzó, azul y encarnada, hasta la blanca y la negra, con una constancia extraordinaria.

Era don Gregorio Brun, uno de los más entusiastas sostenedores de la causa del General Artigas, y en todos los lances de la guerra en que aquel caudillo blandió su espada, se encontró, manifestando un valor á toda prueba.

El ayudante Brun, con ese amor por la patria, que animaba á su alma templada por el sagrado fuego, nunca escatimó la ocasión de presentarse frente al enemigo, y con una decisión probada, era de los que daban ejemplo de singular entereza ante todas las contrariedades de la guerra.

Siete chaquetas estaba allí donde había más peligro; se ofrecía al General Artigas para desempeñar las más difíciles comisiones, y en el fragor de la lucha, se le veía correr á galope, desafiando las balas que se cruzaban y dar cuenta de su comisión.

Era una de esas naturalezas entusiastas, que abrazan con alma y vida la idea ó causa que les parece mejor, y que fuera de ella, nada ven bueno ni creen que exista más que el error. Los godos para *Siete chaquetas,* como para tantos, entonces, no eran más que unos enemigos irreconciliables con la libertad y refractarios á todas las ideas de adelanto y progreso; no eran más que unos empecinados contra la voluntad de estos pueblos, que querían independizarse para ocupar el rango que debían poseer de naciones florecientes, y no vivir bajo la tutela de los españoles que les infringían toda clase de gabelas y de restricciones, con que mataban todo espíritu de progreso y de adelanto moral como material.

No es extraño, pues, que quisiesen sacudir el

yugo de la madre patria cuando esto pasaba y que el poder español se derrumbase.

Era el tiempo aquel, del entusiasmo frenético por la libertad, en que se cantaba:

«Morir por la patria,
Qué dulce morir!»

y que hombres como Brun, denominado *Siete chaquetas*, no respiraban otra cosa, pero no eran solo ellos, sino que todos se sentían animados por la sagrada causa de la misma manera, en toda la América.

Era una especie de delirio, que sufrían todos, y delirio sublime, que nos dió por resultado ver resplandecer el sol de la libertad en el cielo de toda esta bella región.

Siete chaquetas tenía un espíritu inquieto; poseía en sumo grado la pasión por la patria, era un fanático frenético por la libertad. Sin llegar á ponerse en parangón con los Gay, Iglesias y otros frenéticos perseguidores de los godos, como llamaban á todos los españoles, sin distinción alguna, y sin tener que acusársele de ninguna mala acción que sepamos, era, como apasionado por naturaleza, un elemento de entusiasmo donde estuviese, y sabía imprimir en todos sus mismos sentimientos; así es que no

sólo por su original manera de vestirse con diferentes chaquetas, sino por sus cualidades, se había hecho en extremo popular.

«Siete chaquetas llegó
Y el tiroteo cesó.»

le decian cuando lo veían.

¡Qué tiempos aquellos! ¡Cuánto de grande, de heroico y de sublime no encierra toda aquella época del sitio de los patriotas contra los españoles!

Cuando se les invitaba:

« Si al blanco ó rojo color
Con que la patria os convida
Es para que se decida
Vuestro aprecio á lo mejor.
Si al blanco vuestro valor,
Breve os sabrá castigar,
Mas si al rojo os quereis dar,
Discreta y sabia lección;
Contad con la protección
Del ejército auxiliar.»

Ó bien cuando se les decía á los refractarios de la libertad en Montevideo:

Si á la libertad ¡oh pueblo!
Prefieres el sucumbir,

Ya tu desgracia preveo
Infeliz Montevideo!
Infeliz!

La peste, el hambre y el hierro,
Tu soberbia han de abatir,
Y serás triste trofeo
Infeliz Montevideo!
Infeliz!

Sirviendo á duros tiranos
Que te pisan la cerviz,
Gozas de esclava el empleo,
Infeliz Montevideo!
Infeliz!

. . . . . .

Aquel entusiasta ayudante del General Artigas, después que vió esconderse el sol de la libertad en su patria y que se enseñoreaban las huestes extranjeras sobre su territorio, colgó la espada y todos sus laureles, para vestir el traje humilde del sacerdote, con el cual murió, dando ejemplo de mansedumbre y bondad cristiana, así como había dado pruebas cuando fué soldado, de heroísmo y entusiasmo por la patria.

CACAREANDO Y SIN PLUMAS

Era el General don Fructuoso Rivera uno de esos espíritus bromistas que se complacen en chasquear á las gentes. Aquel hombre, ocupado en tantos asuntos como requería la alta posición que siempre ocupó en su país, y que no podía perder tiempo, lo tenía, no obstante, para todo, y se complacía en chasquear á sus amigos con algunas bromas, inocentes á veces, pero otras que tenían sus malas consecuencias. Era, como sabemos, en extremo dadivoso, y no podía tener algo sin que sus íntimos tuviesen su parte, y cuando nada tenía que dar, disponía de aquello que no le pertenecía, con una sangre fría extraordinaria.

No era extraño que tuviese tantos prosélitos, pues además de sus innegables dotes de caudillo, de su valor y pericia militar, de su tacto y talento indisputables y de su extraordinario don de atracción, poseía ese desprendimiento de todo y no quería que hubiese pobres á su lado, así es que

repartía lo suyo y lo que no era y había veces que daba una propiedad ó un campo á dos ó tres, y se dimanaban cuestiones que los tribunales tenían que ventilar y dar la razón á quien la tenía, es decir, al que tenía mejor derecho.

Cuentan de uno que había favorecido con algunas suertes de campo, y que olvidado después, dió á otro, que viniendo á reclamárselas, Rivera, al saberlo, pues lo había olvidado, lo consoló dándole otra fracción que ya también había dado.

Pero de todas estas prodigalidades, la más singular, era la que tenía de disponer de los bienes de sus amigos, como si fuesen propios.

Había un compadre suyo que quería en extremo, y que por quererlo mucho, lo dejó por puertas.

En sus momentos difíciles, que eran en todo tiempo, Rivera, que tenía exigencias pecuniarias á cada instante, ya para este ó aquel caso, acudía á su compadre, y hoy esto y mañana aquello, me lo tenía seco, tanto que varias veces fué á verse con su compadre para manifestarle lo que le pasaba, pero Rivera siempre le decía:

—No tenga cuidado compadre, hago esto porque lo protejo.

Cansado ya el hombre de ver que iba de capa caída su estancia, tanto por la guerra como por los pedidos de Rivera, se manifestó algo rehacio

para seguir atendiendo á sus liberalidades, y sorprendido de que su compadre hiciera aquello, lo mandó buscar y le manifestó su extrañeza.

—Es, compadre, que ya estamos en las últimas gambetas y me voy quedando como el gallo de Morón, *cacareando y sin plumas*, le contestó.

—Pero compadre, si esto lo hago porque lo protejo, le dijo entonces, saliéndole con la cantinela de siempre.

—Pues mire, compadre, si me ha de proteger así, es mejor que no lo haga, y le agradezco desde ya su buena intención.

Desde aquel dia se cerró á no darle más á su compadre, pero el hombre propone y Dios dispone; lo poco que le habia quedado, la guerra se lo concluyó y se vió, como tantos otros infelices, en la miseria.

DOS PRESIDENTES

Cuentan que el General don Manuel Oribe, que sitiaba la plaza de Montevideo, se hizo denominar Presidente legal de la República, durante los nueve años y medio que duró el sitio, y á don Joaquín Suárez, dentro de la plaza, también se le denominaba con el mismo título, siendo el caso muy curioso de tener dos Presidentes por mucho más tiempo que el que señala la Constitución, que marca un período de cuatro años para el ejercicio de cada Presidente. Esto puede explicarse por la situación anormal del país entonces, por la imposibilidad de hacer nuevas elecciones, estando, como estaba en guerra y por consiguiente, no poder entrar en el camino normal la República, con aquel memorable sitio que recuerda el de la famosa Troya, cantado por Homero en su *Iliada*.

Dado este caso, tuvimos dos Presidentes en un país tan reducido, como hubieron dos Papas en tiempos atrás en la Iglesia; y los dos se creían con

toda la legalidad, que eran Presidentes, y tuvieron sus Cámaras que funcionaron hasta que á los Presidentes les dió la gana, pasándose después sin ellas muy bien.

Lo más curioso es, que Oribe había, antes de haber abandonado el país, presentado su renuncia á la presidencia, y después se hacía dar el tratamiento de Presidente legal, cuando la renuncia le había sido aceptada y había tenido que ceder á las circunstancias desfavorables de los sucesos que le fueron adversos, hasta precipitarlo en la necesidad de renunciar y abandonar el país.

Don Joaquín, que era amoldado para todas las circunstancias, también ondo y morondo se creía un Presidente muy legal.

Nada da una mejor idea de cómo se ofuscan los hombres que han llegado á ocupar el solio del poder alguna vez, que cuando se les ve pretender verdaderos imposibles, y más extraño es aún, que haya quien de buena fe los sostenga.

Partidarios decididos tenía Oribe que consideraban que estaba en su perfecto derecho en hacerse llamar Presidente, y también los tenía Suárez para ser reconocido por tal, en aquella época famosa que recuerda una de nuestras más ardorosas luchas.

Todo aquello que la simple razón y buen sentido es bastante para resolver, no lo es para ciertos

momentos en que la pasión ofusca á las inteligencias más espertas y una venda cubre sus ojos.

Hemos oído tantas utopías desacertadas como principios erróneos en el transcurso de nuestros dias, que nada nos extraña, y nos explicamos perfectamente, que se haya dado un ejemplo en nuestro país, de que hubieran dos Presidentes, en un territorio tan pequeño como el nuestro y que durase su mando por tan largo tiempo.

DON JOAQUÍN SUÁREZ Y LOS NAPOLEONES

Siempre recordamos la actitud de este preclaro personaje, siendo Presidente durante el sitio. Era modestísimo en todo: en el vestir, en sus acciones, en sus maneras, en su modo de ser, de pensar y de vivir, y aunque tenía momentos de verdadera energía y no trepidaba, cuando había que asumir grandes responsabilidades, en afrontar con muestras sobradas de verdadera entereza, las ocasiones difíciles, contrastaba con su carácter pacífico aquéllo, y muchas veces respondía á exigencias de alguno de sus más íntimos, ó de sus Ministros, pero que cuando menos, las sabía sostener.

Pacheco unas veces, Lamas, y Herrera y Obes otras, ponían á don Joaquín en condiciones de hacer cosas que lo contrariaban, como la deportación y prisión de Rivera, y que se le veía ceder y aún sostener lo que en su foro interno rechazaba.

Era un hombre á quien las circunstancias se le imponían y no imprimió jamás su voluntad á las

circunstancias; con Ministros dominantes, era capaz de llevar adelante las medidas más fuertes, como con débiles, hubiera sido extremadamente limitado en su acción.

Las más violentas medidas que se tomaron en el sitio, cuando era Presidente, fueron obra de los Ministros citados y de algún otro que se había sabido imponer durante aquellos momentos difíciles.

Con la idea dominante de que nada debía dejarse por hacer para rechazar la invasión injustificada de Rosas, el camino no podía dejar de ser accesible para consumar muchos atentados, que se llevaron á efecto entonces; también se hacían por los sitiadores, verdad es que esto no los justifica, pues lo malo es malo siempre.

¿Respondía aquella manera de ser de don Joaquín, en política, á un plan determinado ó á la conciencia de que debía proceder así?

Creemos que en ocasiones solemnes, se presentan en la escena ciertos personajes que responden á las necesidades; don Joaquín Suárez fué uno de ellos.

Nadie mejor que él para acomodar su política á los que daban nervio y vigor á una situación que entrañaba grandes peligros, que amenazaba derrumbarse á cada instante, y que pudieron resistirla durante nueve años y medio, no dejando

que se enseñoreasen las huestes de Rosas sobre Montevideo.

Este era el hombre que estaba al frente de la Defensa.

De cualquier manera como se mire, era un gran patriota. Pero este gran patriota tenía sus debilidades como todos los hijos de los mortales, y era de ser extremadamente aficionado á las confituras y á las masas, y no pasaba por alguna vidriera donde se ostentaban dulces y golosinas, que, como un muchacho, no se parase á verlas y saborearlas mirándolas, y no dejaba de entrar á comprar aquellas que más le llenaban.

Pero lo más particular era, que en la calle misma se deleitaba comiendo, con la mayor despreocupación del mundo, las golosinas que había comprado, y como los muchachos, no reparaba en que lo veían y en lo que podían decir, viendo nada menos que á un Presidente comiendo en la calle.

Pero el colmo, verdaderamente de todo, era que don Joaquín llevaba su entusiasmo por las golosinas hasta comer unas masitas, las más ordinarias posibles, que se conocían por *napoleones* y que se vendían á un cobre en la calle. Pueden figurarse cómo podrían ser aquellos *napoleones* de á cobre y qué gusto no tendrían; cualquier persona de me-

diano gusto los hubiera rechazado, pero á don Joaquín le parecían magníficos y se hartaba con ellos, y solía hasta llevar en los bolsillos las tales masas, y de ahí el sobrenombre que los muchachos le pusieron de *come napoleones*.

DON JUAN MANUEL BONIFAZ

Y SU SISTEMA DE ENSEÑANZA

Siempre hemos considerado á los que dedican su existencia á la enseñanza, como verdaderos apóstoles de la educación. Hemos tenido verdadero respeto por ellos y una gran veneración.

Entre éstos, Bonifaz, que toda su vida la consagró á educar, á fomentar los estudios, á ponerlos al alcance de todas las inteligencias, es uno de los que mayor cariño le debemos profesar, porque bien lo merece quien en más de cuarenta años no hizo más que desvivirse en la tarea noble y llena de espinas del magisterio.

Bonifaz era un hombre que había profundizado los sistemas de enseñanza, que les había dedicado la mayor parte de su tiempo y que no descansaba por esparcir la educación en todas las esferas de nuestro centro social.

Habia hecho un sistema de enseñanza que consideraba fácil para propagar la instrucción, y con-

sistia en reducirlo todo á unas composiciones que tenían pretensiones de versos, pero que reñían en todo y por todo con las musas.

Efectivamente, los asonantes y consonantes estaban de tal manera fuera de lugar en su gramática, y en todas sus obras didácticas, que francamente, pudiera decirse que el buen sentido andaba á mojicones con la razón en aquellos trabajos; pero no se puede negar, que la idea que llevaba, era noble y no andaba tan errada y no estaba tan fuera de lugar.

Recordamos que su gramática era algo así como una jerigonza que costaba más aprender y retener, que las más difíciles proposiciones y elementos y tratados de cuantas gramáticas se han escrito; pero se ve en sus trabajos y particularmente en éste, la conciencia y fe de un verdadero apóstol de la enseñanza que quiere á todo trance facilitar los principios de educación.

Recordamos algunos de sus cantos gramaticales que decían:

Sólo se usan en plural,
Exponsales, nupcias, arras,
Dimisorias, antiparras,
Andaderas, angarillas,
Exequias, herpes, cosquillas,
Efemérides, tenazas,

Alicates y parrillas,
Tinieblas, vísperas, creces,
Completas, maitines, preces,
Comicios, Carnestolendas,
Idus, nones y calendas,
Fasces, puchos, parias, llares,
Faches, bartulos, hilares,
Víveres, pertechos, bicos,
Alrededores, añicos,
Trébedes, gachas, tijeras,
Bragas, despabiladeras.

Vaya uno á concertar todo esto, pero la verdad es, que una vez aprendido, es difícil que se borre de la memoria, aunque la coordinación no se ajuste mucho al metro poético. Sin embargo, se ve fácilmente, que cualquier inteligencia por menos feliz que sea, puede retener, y ese era el objeto primordial de Bonifaz en todos sus trabajos didácticos.

Era Bonifaz un hombre dotado de excelentes cualidades, de esmerado y ameno trato, extremadamente sociable y que tenía el don de gentes en alto grado.

Cultivaba á los hombres de letras y á toda persona que ocupaba algún rango social, y se hizo estimar siempre por sus condiciones especiales, pues era, en toda la extensión de la palabra, un completo caballero.

Era muy atento con todo el mundo, y los niños que educó, nunca pudieron olvidar su carácter benévolo, tolerante y dulce con que los trató siempre, cuando fueron hombres.

Yo fuí uno de ellos, y en mí tuvo siempre un gran admirador de sus excelentes cualidades que resaltaban cada vez que lo considerábamos con más discernimiento que el de adolescente, verdad es que siempre me distinguió con verdadero cariño.

Era uno de los pocos hablistas que pronunciaba el español con más puro acento y que se hacía notar por lo castizo del idioma. Las palabras afrancesadas ó tomadas de otras lenguas, las desterró siempre de su conversación, y eso que conocía el francés como su propio idioma.

Jamás se mezclaron en su conversación palabras extranjeras y habló siempre en el más castizo español.

Tan atento era en la pronunciación de las palabras, que predicaba continuamente á sus discípulos la necesidad de pronunciar bien y no confundir las terminaciones de las palabras, y llevaba á tal rigor esto mismo, que se cuentan mil anécdotas de sus exigencias para que todos hablasen el verdadero español y no el verdadero galimatías que se habla hoy, habiéndose introducido tantas palabras del francés y de otros idiomas, que resulta un

completo *imbroglio*, que no es español ni extranjero.

Una de tantas anécdotas que se cuentan, es la de que en cierta ocasión que don Juan M. Bonifaz fué á visitar á unas señoras, pues que le agradaba mucho el trato con las damas, ve salir á una criada á recibirle, que era morena, y que por consiguiente, no estaba en el caso de tener achaques de pronunciar bien, y preguntándole su nombre para anunciarlo á sus señoras, le dijo:

—Diles que está don Juan Manuel Bonifaz.

—Muy bien, señor, le contesta la criada.

—Oye; has de pronunciar bien, Bonifaz con *zeta*, le advierte.

—Sí, señor.

Y vase la criada á informar á sus amas que estaba don Juan Manuel Bonifaz con *geta* en vez de *zeta*, haciendo una confusión lamentable de la *g* y la *z*.

Las señoras se echaron á reir, como era consiguiente, y don Juan Manuel las halló entregadas á la hilaridad, y preguntándoles el motivo, se lo dijeron, y entonces también se puso á reir de aquella confusión que la criada había hecho de su apellido y de la advertencia que le hizo.

Si hubo alguno que pudo decir con mucha razón, que no conoció enemigos, lo fué don Juan

Manuel Bonifaz, pues su excelente carácter y condiciones personales, le granjearon siempre la voluntad, y aun entre sus émulos, que los debió tener, por lo mismo que habian muchos que no participaban de sus ideas de enseñanza, nunca dejaron de respetarlo y aun ahora mismo se recuerda su nombre como de un verdadero hombre de bien.

EL BARÓN DE LA LAGUNA

Y SU FRASE FAVORITA

El Barón de la Laguna era un hombre seductor en toda la extensión de la palabra.

Cualquiera que hubiera tenido ocasión de haberlo tratado, ó se hubiera acercado á él, era seguro que habría salido convertido en amigo suyo.

Reunía condiciones especialísimas para atraerse á todas las personas; poseía un carácter bondadoso; tenía modales muy finos y era en sumo grado atrayente; además que se le tenía por un consumado político.

En el tiempo que dominaron las fuerzas luzo-brasileras, después de la separación de estos últimos de la corona de portugal, cuando quedaron dueños y señores de este país, con el nombre de Provincia Cisplatina, el Barón de la Laguna quedó en el carácter de Gobernador, y por todos los medios trató de conquistarse á los hijos de esta tierra con sus corteses maneras, y particularmente á los que no había podido reducir por las armas.

Con aquella afabilidad característica suya, sedujo al General don Fructuoso Rivera y lo hizo servir bajo sus banderas.

Lo hizo nombrar Capitán General de la campaña y le dió grados y honores, y tanto lo elevó, que fué Rivera, después de Lecor, la primer figura que sobresalía en la dominación brasilera.

Y así como á Rivera, que después de haber batallado tanto contra la invasión extranjera como uno de los principales jefes de Artigas, sucumbió á la política astuta de Lecor y lo atrajo á sus filas, hubieron algunos más que se plegaron á los dominadores, pero fueron pocos.

Esto fué debido, más que á otra cosa, á la astucia del dominador, que con habilidad extremada, tendía las redes de tal modo, que caía en ella todo aquel que pudiese hacerle sombra, y de los más empecinados enemigos, sabía conquistarse adictos.

Era, el Barón de la Laguna, en extremo práctico en las cosas de la vida, y estaba dotado su natural de una filosofía positivista en grado extraordinario; sabía hacerse querer por todos, así es que mientras tuvo las riendas del Gobierno en sus manos, no dejó de manifestar su evidente empeño en hacer olvidar la conquista, que bajo pretexto de pacificación, se había apoderado de esta bella y rica región.

Así es, que bajo su Gobierno, la tolerancia no dejó de predominar, y las relaciones se establecieron entre muchos orientales y brasileros, uniéndose algunos de éstos con hijas del país que los hicieron ligar más y más á esta tierra.

Como hemos dicho, la táctica establecida para acapararse la buena voluntad de los orientales, dió en parte sus resultados, pues se captó á cierto número, que distinguió Lecor con buenos empleos y beneficios. Las famosas *guerrillas* que dieron bastante que hacer entonces, casi en su totalidad, eran compuestas de hijos del país, en donde se encontraban los Llerenas y otros.

En la época aquella en que parecía que el dominio extranjero se podía casi afirmar había sentado sus reales en el país, para no ser despojado de la usurpación, alguno de sus hijos que no habían querido doblegarse ante las huestes extranjeras, y conservaban ardiente en sus corazones el sagrado culto de la libertad, hostilizaban de todas maneras al usurpador y trabajaban con fe y ardor por sacudir el yugo opresor.

Lecor era sabedor de ello, y tolerante como era, hacía vista ciega á sus trabajos, tal vez no dándoles mayor importancia, pues con los medios con que contaba el ejército de que disponía, se consideraba bien seguro.

Á más que tenía al General Rivera á su servicio, el único caudillo que creía podria hacerle sombra é intentar algo formal, por el prestigio que tenía en la campaña y por sus aptitudes personales.

También las relaciones del Brasil con el Gobierno Argentino eran cordiales, al extremo que éste no sólo había tolerado la conquista de este país, sino que hasta en perseguidor se había convertido de los orientales patriotas, que tenían que vivir ocultos en donde creían haber podido encontrar refugio.

El General Lavalleja, el jefe de los Treinta y Tres denodados patriotas, sufrió la prisión y reclusión de muchos años de aquel Gobierno, por reclamos de Lecor, y así como Lavalleja, el General Medina en Entre-Ríos fué preso y se le pusieron barras de grillos, y otros muchos más, sólo porque conspiraban contra el dominio extranjero y por la libertad de su país.

Lecor confiaba demasiado en la sinceridad del Gobierno Argentino, ó mejor dicho, el Brasil, y tarde le vino el desengaño. Es extraño que un hombre tan perspicaz, pudiera adormecerse con una política tan solapada como la que usaba aquel Gobierno, que aunque parecía leal, en su ánimo existía el deseo de que se libertase este país.

Verdad es que el torrente de la opinión pública

lo arrastraba á esto último, pues el pueblo argentino todo estaba de acuerdo en que era una ignominia que la Provincia Oriental estuviese en poder de los brasileros, y conspiraba con los Orientales para darle libertad y emanciparla del poder extranjero.

Sabemos los resultados que esto dió, que fué el triunfo de la emancipación de este país del poder extranjero, que tarde ó temprano tenía que suceder, pues no era posible que un pueblo que tantos sacrificios había hecho por la libertad, no sacudiera el yugo opresor.

Entre las dotes que distinguían á Lecor, había algo que lo hacía notable y era su carácter ocurrente.

Entre muchas de sus frases, célebres aun hoy, se recuerda la que empleaba en infinidad de casos cuando había alguien que protestaba contra sus medidas, á lo que con mucha flema decía:

«Protestas e caldo de galinha é o mesmo».

Y otras veces decía:

«Protestas e caldo de galinha no fazen mal a ninguem».

El General Rivera le tomó mucho en su modo de ser á Lecor; fué un digno discípulo suyo, pues sus maneras y la suavidad de su política, en que predominó hasta cierto grado la tolerancia en todo,

fué inspirada por el ejemplo que había dado Lecor durante su permanencia en el país.

Y aún muchas de sus ocurrencias eran tomadas en gran parte de aquél, á pesar de que ponía mucho de su parte, pues es innegable que poseía una inteligencia natural que verdaderamente sorprendía.

Tan suave era Lecor, que aun ya pronunciada la revolución, no se hizo notable por medidas brutales contra los que en la ciudad misma trabajaban por su triunfo, y aunque eran estrictamente vigilados, podían comunicarse con los patriotas, y en aquella época, en que aun las mujeres mismas ponían manos á la obra de libertar la patria, otro más severo que Lecor, nada tampoco habría conseguido, pues que á un pueblo que quiere ser libre, no hay barreras que se le resistan ni diques que no rompa.

LA TERMINOLOGÍA DE SAYAGO

Era don Santiago Sayago una excelente persona que gozaba de general estimación entre todos, por sus condiciones personales. Era, además, muy laborioso y se habia labrado una muy regular fortuna en el campo, con lo que vivía holgadamente con su familia; fortuna que vió desaparecer en la Guerra Grande, como tantos otros, que sufrieron la misma cosa, que de ricos que estaban, se vieron en la indigencia y teniendo que vivir de las raciones que les daba el Gobierno de la defensa.

Pero Sayago no se arredró por eso, y aun en aquella situación, buscó, como mejor pudo, su vida, y no se desdeñó aun hasta en hacer cigarrillos con que pudo hacer frente á sus necesidades, pues que todos lo protegían.

Era íntimo amigo del Coronel don Venancio Flores, de quien era compadre y el más grande admirador suyo. Éste también le correspondía de

igual manera, pues para don Venancio era Sayago el prototipo de la honradez, de la laboriosidad y del patriotismo. Fué por esto que Sayago ocupó en la guerra el cargo de Ministro de Hacienda por la influencia de su amigo, y no desmintió en su puesto el buen concepto que se tuvo de él.

Cuando se acabó el sitio, volvió á la campaña, se estableció, y muy pronto llegó á rehacer su fortuna, volviendo á ocupar la buena posición que anteriormente tenía.

Era, pues, recomendable bajo todos puntos de vista aquel hombre tan honrado y laborioso, que sabía abrirse camino en todas las alternativas de la vida por medio del trabajo honesto; en fin, era el vivo ejemplo del paisano de nuestros campos, virtuoso, resignado con la suerte que se le depara, mala casi siempre, y de continuo dispuesto al sacrificio en aras de la patria.

Don Santiago Sayago no tenía nada que se le reprochase, pues además de sus prendas personales, tuvo la condición de cuando era amigo, lo era hasta la pared de enfrente, como decía, pero mejor dicho, lo era de veras y de todo corazón, así como al enemigo no le daba ningún cuartel.

Sólo tenía una especie de manía: le gustaba usar un lenguaje altisonante, en lo que hasta cierto punto su fatuidad, porque la tenía, parecía llenarse

de placer, y creía que eso le daba más consideración y respeto sobre los que lo oían; así es que repasaba el diccionario de la lengua española y buscaba aquellas palabras menos usadas, anticuadas, las aprendía de memoria, y á lo mejor de su conversación con algún amigo, las soltaba y se quedaba muy ancho, y más si el que lo escuchaba, como por lo general sucedía, se quedaba sin saber lo que decía y en ayunas.

Entonces se echaba para atrás, y con cierta prosopopeya, su persona se erguía y se quedaba muy satisfecho de que pudiese causar admiración con su lenguaje.

Cuando quería expresar que una persona era proba, decía que inspiraba *fiducia;* cuando se refería á la época calamitosa del Sitio Grande, decía que no sabía cómo la gente no se había muerto de *inopia,* y así por el estilo, empleaba los términos más desusados que encontraba en el diccionario, al que, sin duda, consultaba siempre para buscarlos.

Cierta ocasión en que á una persona de su familia le dió un ataque, fué llamado el médico, que encontró un gran alboroto en la casa, y como era natural, trató de sosegar los ánimos con palabras de esperanza y de consuelo, y entonces don Santiago con mucha tiesura dijo:

—Bien les decía á ustedes, que no querian creerme, que no era nada, pues la muerte no podía venirle con la *festinación* del rayo.

El médico se sonrió y penetró al cuarto donde estaba la persona paciente, recetando, y después, dejando la casa, contó á sus amigos la ocurrencia de Sayago.

Solía ponerse en el balcón de su casa, que quedaba en la Plaza Constitución, donde hoy se encuentra el gran edificio, tal vez el más monumental que tiene la ciudad, que ocupa el Club Uruguay, y unas veces de bata y otras en mangas de camisa, con algún amigo solía estar charlando horas y horas, mientras que el coche esperaba á la puerta para conducir á su familia al campo.

Recuerdo que una de esas veces tuve que acompañar á un amigo que me hizo entrar, y Sayago, con aquella urbanidad característica que era proverbial entre todos los de aquellos tiempos, y sencillez no menos recomendable, nos hizo poner en el balcón donde se encontraba, y nos dijo:

—Amigos, saben ustedes en lo que estoy entretenido hoy?

Mi amigo y yo no sabiendo qué podría ocupar su atención, no pudimos contestar, y entonces agregó:

—Pues han de saber, que desde esta mañana

estoy viendo pasar y pasar á mucha gente, pero á ninguna que inspire *fiducia* verdadera.

Nos miramos mi amigo y yo y nos sonreimos y recordamos que era su palabra favorita.

Desde el balcón se entretenía en encontrar un hombre de confianza, asi como Diógenes con una linterna encendida, en pleno día, buscaba un hombre de bien.

UN RATÓN DE SACRISTÍA

Y UN LOBO DE HOSPITAL

Cuentan las crónicas, que siempre, ó casi siempre, nos pondremos en un término medio, han habido gatuperios de todos géneros entre la gente de zotana, y que estos señores á cual más ó cual menos, han sabido explotar á las gentes sencillas y sin serlo, con el ropaje de religión, valiéndose de todo cuanto medio han podido encontrar á mano. Es decir, que la religión que han formado á su gusto, les ha servido de manto de hipocresía para hacer cosas *non santas;* pero no la verdadera religión del Divino Redentor del Mundo, que si viniera de nuevo, tendría que echar del Templo á los infames mercaderes que comercian con todo hasta para absolver culpas y salvar almas del otro mundo, por dinero.

En los tiempos de España y aún después de haber tenido que abandonar aquella nación su dominio en estas regiones, hubo un célebre coadjutor

que se había de tal manera incrustado, diremos así, en todo lo que se relacionaba con la iglesia, que hacía y deshacía por su cuenta, todo lo que le parecía bien ó le pagaban mejor. De la iglesia sacó una gran fortuna, que ostentaba el muy hipócrita, y pasó por un santo mucho tiempo.

Era un verdadero ratón de sacristía, pues que allí escarbó su fortuna y allí engatusó á más de un pobre prójimo que caía en sus uñas, y era considerado como un gran jesuíta que tenía á todos enredados, hasta que murió.

¡Cuántos después de él lo han secundado en el mismo sendero y se han incrustado en las sacristías ó en algún otro empleo eclesiástico y se han hecho de muy buenos pesos! Conocemos á uno que está en el Notariado Eclesiástico hace más de cuarenta años, y que sin que jamás se le haya visto trabajar en nada, ostenta muy regular fortuna. ¿De dónde la ha sacado? Del notariado, no hay que ponerlo en duda.

Había también en aquellos tiempos que recorremos, otro sujeto que se dijo explotaba la caridad, y que tenía por teatro de sus hazañas el hospital.

Era un verdadero lobo con piel de oveja; se llamaba Sagra, era español y de aquellos que se pierden de vista por lo lince que son.

Siempre, ó casi siempre, esa institución sagrada

ha servido para que algunos se pongan las botas, como quien dice, y en todos tiempos hemos visto que se convierte para algunos en base para la explotación más indigna.

No hay nada que pueda sublevar tanto como que las cosas sagradas y de caridad, sirvan para hacer fortuna y se conviertan en objeto de especulación.

¿Y qué conciencias deben tener esos sujetos cuando no respetan ni los lamentos de la desgracia ni los gritos del desvalido que se ampara en un hospicio para contar con que la caridad lo proteja y nada le falte, y haya quienes á su sombra lo exploten?

Nada más criminal que esto, y sin embargo, han existido y existen seres que no han trepidado en hacerlo, habiendo sido para ellos una verdadera mina de oro, y han llegado los enfermos hasta morirse de hambre por no tener alimentos, y de frío, por falta de abrigo, en algún tiempo.

Era el caso de decir de éstos:

Aquí yace don Juan de Robres
Que con caridad sin igual
Hizo este santo hospital,
Y también hizo los pobres.

EL GENERAL LAGUNA Y EL MONTE PÍO

El general Laguna era una verdadera especialidad en su género.

Habia sido uno de los militares más aguerridos en nuestras luchas, y se habia grangeado el respeto y admiración de todos sus compañeros en las guerras de la independencia y de la libertad, y habia conquistado en los campos de batalla las presillas de general, grado por grado, sin favoritismo ni indulgencia de ninguna clase.

Podía decirse bien de él, que era un militar *sin mancha ni mancilla,* y que el valor sólo lo habia elevado, siendo ésta la nota más sobresaliente de su persona.

Pocos podrían presentar una foja de servicios más importantes por la patria que él, ni también más abnegación, más civismo y mayores sacrificios.

Era un hombre fundido en el molde de los grandes guerreros, que podría servir de protagonista en cualquiera de los más notables episodios de nues-

tra epopeya nacional, y ser cantados por inspirados poetas.

Héroe en cien batallas, siempre desafiando los peligros, en todas las ocasiones que figuró en acción, nunca desmintió su valor y sobrepujó á todos sus compañeros por su entereza y condiciones de guerrero.

Llegó un momento en que el sólo nombre del General Laguna era una columna y aún más, un ejército, pues supo infundir tal respeto, que su presencia sola en cualquier acción, era bastante para temerlo.

Es que poseía condiciones superiores y aptitudes guerreras que tenían necesariamente que rodearlo de tal prestigio que se imponía por sí mismo.

Era el brazo derecho del General Rivera en toda la guerra que este gran caudillo sostuvo, y en quien depositaba toda su confianza para el éxito de las batallas.

A pesar de sus dotes de guerrero, que podían haberlo ensoberbecido, era un hombre de extremada sencillez, y que al tratarlo, nadie hubiera creído que era el mismo personaje de nuestras grandes guerras, en que había sabido adquirir tan respetable nombradía.

Era un hombre alto, bien formado, de presencia simpática, que á primera vista disponía á su favor;

en extremo afable y bondadoso catequizaba á los que á él se acercaban, aunque fuesen enemigos.

Siempre vistió el traje de paisano; el poncho no lo abandonó nunca, ni el sombrero con el proverbial barbijo con grandes borlas, y aun siendo Ministro de la Guerra, no dejó de usarlo; verdad es que no quiso jamás ni permitía que le quisieran vestir de otra manera.

Tenía ocurrencias célebres que han quedado en la memoria de todos, que le dieron en aquellos tiempos mucha celebridad.

Entre ellas se cuenta que yendo á cobrar su sueldo, se le quiso descontar el *monte pio*, como á todos los militares y empleados de la Nación, y muy lleno de extrañeza reclamó contra aquel descuento, manifestando al empleado:

«Que conocía á la República palmo á palmo; que no había río que no hubiese pasado ni monte que no supiese, pero que jamás había oído ni visto en donde quedaba ese *monte pio*», y sin más se hizo entregar sin descuento su sueldo.

Otra ocasión en que siendo Ministro de la Guerra, se daba una función de gala en el teatro, en conmemoración de uno de los días patrios, y se la dedicaban los artistas; fueron con tal motivo á verlo, y recibiéndolos, les preguntó qué era lo que iban á representar.

Entonces le nombraron el drama que iban á poner en escena, y no conformándose les dice:

—Miren, si no quieren ustedes que me duerma, lo que hacía siempre cuando asistía con los demás miembros del Gobierno al teatro, den ustedes algunos sainetes que nos hagan reventar de risa, porque sino no acepto la dedicatoria y váyanse con la música á otra parte.

Y sin más los despidió y se quedó muy satisfecho con su salida.

De estas cosas podrían citarse muchas más, que hicieron de Laguna una verdadera originalidad y que quedaron por mucho tiempo como recuerdo de sus buenas ocurrencias.

EL GENERAL LAVALLEJA

JUZGADO POR UN ADMIRADOR

Era el General Lavalleja un hombre verdaderamente patriota. Era uno de aquellos espíritus que están dotados de una extraordinaria firmeza de convicciones, de una fe profunda, y de un entusiasmo tal por la libertad de la patria, que degeneraba en fanatismo verdadero.

Nada le arredraba; ningún obstáculo había superior á su voluntad; todo le era accesible, fácil, y las montañas se le allanaban ante su omnipotente amor por la libertad. Tenía una idea fija, y era redimir á su país del yugo extranjero, y no descansaba un solo momento y se agitaba de continuo ante ese plan.

Todo él, en cuerpo y alma, estaba consagrado á ese culto por la redención de la patria; no respiraba otro ambiente, ni aspiraba á otra cosa, y su corazón sólo latía impulsado por ese sentimiento grandioso que había, al fin, de ver coronado con el éxito más feliz.

Desterrado, puesta su cabeza á precio, perseguido, jamás desmayó por más que la suerte le fuera adversa; confiaba en su destino, tenía fe completa en su estrella, y eso lo sostuvo siempre, y de allí resultó, el que se produjese el más grande y notable hecho que registran los anales de nuestra historia, y en que su nombre figura como un verdadero héroe ó como el gran adalid de nuestra epopeya nacional.

El acto grandioso de la cruzada de los Treinta y Tres, de que fué principal protagonista, es algo de sobrehumano, de sobrenatural, que se engrandece más y más conforme los tiempos corren, y aparece más grandioso y más sublime.

El General Lavalleja era, como todos los de aquella época, en extremo sencillo, pues parece que el verdadero mérito reside en caracteres benevolentes y sin pretensiones.

Cualquiera que se hubiera acercado á él, se preguntaría, después que lo hubiera visto y hablado, si sería el mismo hombre que tantas grandes cosas había hecho, pues por lo mismo que sobresalen del común de los mortales, la gente los tienen por seres superiores ó como unas especies de divinidades, y como lo maravilloso es siempre lo que más agrada á todos, de ahí que la imaginación les preste todo lo que puede soñar de inmenso, grandioso y heroico.

Después de las hazañas en que Lavalleja figuró en primera línea, de todas partes de la campaña venían á saludarlo y á felicitarlo por su heroica empresa; y hasta aun mismo sus enemigos, los brasileros, lo admiraban.

Hubo un momento, después del combate del *Sarandí,* en que á su decisión fué debido, más que á todo, que fuese ganada aquella heroica acción, con su carga de caballería al grito de *sable en mano y carabina á la espalda,* que fué un verdadero frenesí el que tuvieron todos por él. El entusiasmo llegó á su colmo cuando triunfó en aquella memorable acción, y si ha habido algún héroe que haya visto en vida su apoteosis, fué en aquel momento para nuestro gran patriota.

Lavalleja estaba en los labios y en el corazón de todos, y palpitaba en los orientales tal entusiasmo por su libertador que nada podría dar una idea de ello.

Y es que lo merecía: pues fueron verdaderos prodigios de valor y de patriotismo los que alcanzó en la redención de su patria, que sólo en los grandes hechos de la historia se consignan.

Entre sus grandes admiradores, hubo un hacendado muy rico, riograndense, que lleno de entusiasmo por Lavalleja, llegó después de concluida la guerra de la Independencia al ejército, con el sólo objeto de conocerlo.

Quería ver al hombre que había realizado tantos prodigios, sentir el timbre de su voz, contemplar su persona y satisfacer una de sus más grandes ambiciones, de poder estar al lado de aquel héroe y conversar con él.

Así es, que sin que nada lo detuviese, se puso en camino y llegó al cuartel general con sólo ese objeto, munido de recomendaciones que le habían dado algunos amigos con el sólo fin de ser presentado á Lavalleja.

Y así fué; llegó al ejército y fué satisfecho su gran deseo de conocer al hombre que tanto admiraba, por uno de los jefes que más en contacto estaba con él, á quien se lo presentó en seguida, dejándolo solo, para que satisfaciese su curiosidad lo mejor posible y sin testigos importunos.

Ya al entrar, el brasileño pareció quedarse perplejo al ver á Lavalleja, que consideraría tal vez de formas atléticas, elevado y de actitudes insinuantes, pues que era todo lo contrario, muy bajo de estatura, más bien grueso que delgado, y que no tenía nada de aquello que pudiese distinguirle personalmente, pues siempre la imaginación agiganta á los héroes y los presenta como el complemento de todo lo grande y lo humano, física y moralmente.

El caso es que después de haber estado como dos ó tres horas juntos, oyendo á Lavalleja referir

todas sus hazañas con toda la verbosidad que le era natural, y que no concluía nunca cuando empezaba á hablar, el brasileño pidió permiso para retirarse, lo saludó y lo dejó.

Cuando salió, fué á ver á quien le había servido de introductor para agradecerle su atención, y viéndolo éste muy cabizbajo y sin aquel entusiasmo que traía cuando había llegado, le preguntó:

—¿Qué tal, qué le ha parecido Lavalleja?

El brasileño meneó la cabeza, suspiró y se calló.

Pero viendo este silencio y notando ese suspiro, insiste en saber la opinión que llevaba, y entonces, después de algunas palabras más ó menos entrecortadas y algunas disculpas más ó menos disimuladas, instigado siempre para que dijese cuál era el concepto y opinión que se había podido formar de nuestro ilustre general, el brasilero, apremiado, contestó al fin:

—*Quer que diga a você a verdade; pois bem, sinto muito haberlo conhecido.*

El encanto había desaparecido de aquel entusiasta admirador, al acercarse y hablar con Lavalleja, lo que prueba que no porque sean héroes, dejan de ser hombres y que tienen las mismas imperfecciones, ó más, que todos los humanos, y que es una gran verdad, que á grandes méritos, grandes defectos, y que si hay pocos que ganan mucho co-

nociéndolos y acercándose á ellos, los hay en gran número que pierden inmensamente y sucede así siempre que al ídolo se le descubren los pies de barro.

Verdad es, que á veces también son injustos los hombres y los pueblos con sus libertadores, y que se olvidan muy pronto de los grandes servicios que han prestado. Á Lavalleja le pasó otro tanto; todo aquel entusiasmo que despertó en su pasada al país y en la batalla del *Sarandí,* cuando debía haberle correspondido el haber ocupado la primera presidencia por ser un acto de justicia, nombran á Rivera, que había estado hasta muy poco antes sirviendo á los brasileros, y no sólo esto, sino que le entonaban:

¡Sarandí, Saranda!
Lavalleja ya no anda.

Por lo que se ve que no sólo fué el brasilero el desencantado, que al fin y á la postre era un enemigo, sino sus mismos paisanos, que le debían tanto, fueron muchos los que también experimentaron lo mismo.

EL GENERAL RIVERA OCURRENTE

Todos sabrán, por haberlo oído ó por tradición, porque pocos son ya los que viven de la época en que figuró Rivera como uno de nuestros principales caudillos, que éste era en extremo ocurrente y que tenía una salida feliz para todo.

Son tantas las anécdotas y cuentos que se refieren de él, que habría tema bastante para hacer un libro.

Tenía Rivera un talento natural que sobresalía, y condiciones especialísimas de gaucho y hombre civilizado. Se adaptaba á todo con una facilidad inconcebible, y poseía en grado extraordinario el don de asimilación de todo lo que veía y oía, como también el de atracción, que le valió siempre verse rodeado de la mejor gente del país.

Como caudillo, sabemos que después del inmortal Artigas, nadie ha tenido tanto prestigio como él en el país, y nadie también como él ha podido dominar la campaña por tanto tiempo.

En el transcurso de su larga carrera política y militar, siempre manifestó nobles sentimientos por el engrandecimiento de su patria, y no omitió sacrificios de ningún género para alcanzar tan elevado objeto.

Su parte vulnerable fué la de haberse prestado á servir á los brasileros que dominaron á este país, y á quienes tanto había combatido. Pero tal vez la dea de regeneración de su patria estaba siempre latente en su corazón, y se prestaba á servir á sus enemigos con el pensamiento oculto de un día sacudir el yugo opresor y dar libertad á su patria; pues no se puede concebir de otro modo, que aquella alma entusiasta por la libertad y aquella férrea voluntad se doblegase y sometiese al dominador sin una idea preconcebida de librar de la esclavitud á su país, y se resignase á ver á su patria encadenada bajo el yugo opresor de la tiranía extranjera.

Sin pasiones ni rencores, Rivera dió pruebas de que no había traicionado á la causa de los patriotas, pues les prestó su poderoso concurso cuando Lavalleja y demás nobles compañeros hicieron su pasaje atrevido y pisaron la tierra natal, y en la batalla del Sarandí y en el Rincón de las Gallinas lo probó bien.

Tan gran rol jugó en aquellos acontecimientos, que pudo borrar la página negra de su historia, que

fué la de haber servido bajo las banderas de los enemigos de la libertad de su patria, y levantarse tanto hasta que llegó á ocupar la primera presidencia de la República, después de haberle conquistado su independencia y soberanía.

Era, pues, un hombre dotado de grandísimas cualidades, y que como caudillo es, después de Artigas, el que ocupa el primer rango, pues arrastraba una gran masa de opinión, tanto en la campaña como en la Capital, que lo acompañó siempre, aun después de los grandes descalabros que experimentó en sus últimos tiempos en las campañas contra Oribe, Urquiza, etc.

Rivera era un hombre alto, fornido, bien proporcionado; trigueño, de ojos expresivos, nariz aguileña, y cuya presencia era en extremo simpática, y cuando conversaba se hacía en alto grado agradable. Sabía amoldarse á todas las formas; en campaña era el mejor gaucho que se podía dar, y en la ciudad era un hombre de los más cultivados.

Como magistrado tenía todas las condiciones para saber hacerse espectable siempre é imponer respeto á todos, y sabía distinguir perfectamente lo que correspondía al cargo que desempeñaba, sin grandes esfuerzos, sin violencias, sino sencilla y muy naturalmente.

Este era el hombre, y como todos los mortales

á cual más ó á cual menos, tenía también sus pasiones ó su débil por tal ó cual cosa, pues que nadie es perfecto en la vida; y Rivera, entre otras cosas censurables que tenia, ó no tendría, pero que le echaban en cara, era la extrema afición al juego. Se cuenta que se amanecia en el tapete y que jugaba fuerte y sumas crecidas, que ahora mismo serían notables, aunque hoy por las patas de un caballo ó por los espolazos de un gallo y otras cosas, se juegan cantidades fabulosas.

Entre las muchas anécdotas que se cuentan de Rivera, refieren, que habiendo solicitado á uno de sus Ministros, siendo Presidente, conocer algo de Derecho Constitucional, satisfizo al momento su deseo y puso en sus manos un ejemplar de la obra de Benjamín Constant, que trata de esta materia, que leía en sus ratos desocupados con gran interés.

Una noche de juego, parece que se había amanecido en la carpeta, y teniendo el mismo Ministro necesidad urgente de hablar con él, fué muy de mañana á verlo, y cuál no sería su sorpresa al encontrar, aquí y allí, esparcidos por el suelo, los naipes que habian servido para el juego, en la sala donde fué introducido.

Rivera, después de algunos momentos, se presentó como siempre afable, y preguntándole su ministro como era natural, cómo habia pasado la noche, le dijo muy resueltamente:

—En toda ella no he pegado los ojos, pues he estado leyendo el Derecho Constitucional de Benjamín Constant.

Figúrense cómo se quedaría el Ministro al ver por el suelo el cuerpo del delito, pues los naipes, como hemos dicho, estaban arrojados por todas partes y el tapete estaba aun en donde se había jugado en grande toda la santa noche.

Así es, que sonrióse, y después de conversar sobre el asunto que motivaba su visita, se retiró y contó á sus amigos la ocurrencia célebre de Rivera, que hemos referido.

UN PORTUGUÉS FINCHADO

Cuentan las crónicas, que en la dominación portuguesa, hubo un célebre militar que presumía de buen mozo, y que lo era en efecto, tanto que parece que era el quebradero de cabeza de cuanta muchacha bonita había entonces en esta ciudad benemérita, que siempre ha tenido muy justa fama de tenerlas, antes y ahora, y que han ablandado á más de un corazón de roca, y al que más presumiese de insensible á los dardos del amor y á las miradas de fuego de las bellas.

El caso es, que á ese fidalgo portugués no podían conseguir hacerlo caer en las redes, ninguna de las encantadoras circes ni las que no lo eran. Se paseaba muy ufano y con toda la arrogancia de fidalgo por donde había más bellas, con su ordenanza, pues era jefe de alta graduación, y se pavoneaba que era un gusto: se retorcía los bigotes, y de vez en cuando miraba á alguna que otra, y cuando ya había pasado, preguntaba al ordenanza

que lo seguía, qué habían dicho de él, á lo que le contestaba:

—Dizem que vossa senoría é muito bom mozo.

—E isso assim? Então deichalas penar! exclamaba.

Y se retiraba muy satisfecho del gran efecto que había hecho su persona y de la gran fama de buen mozo que tenía entre las damas.

Pero parece que al fin y al postre, como todos los mortales, se enamoró de una de tantas que al pasar siempre le decía que era muy buen mozo, y que con otras muchachas, por lo mismo que no se daba por entendido, lo hacían más adrede, por burlarse tal vez de quien no les hacía caso, ni se daba por entendido con ellas, cosa que no perdona nunca la mujer, y más si es bonita.

El caso es que se ablandó el corazón de aquel pretencioso personaje, y que se bebía los vientos por aquella deidad que antes había dejado penar y no había ni aun mirado, y que quería después, á todo trance, conquistar.

La joven, viendo que no era extraña á sus miradas, quiso dar una buena lección á quien tanto había pregonado de independencia y de indiferentismo, y empezó á coquetear con el *finchado* militar, hasta hacerle consentir en que lo recompensaba.

El fidalgo portugués, muy contento, ya creía se-

guro su triunfo con aquella bella, pero siempre había algún obstáculo para obtener su deseo ardoroso, y pasaba el tiempo y más se enardecía su corazón por quien creía una conquista fácil, mucho más cuando creía que no había quién pudiera resistir sus miradas, teniendo el convencimiento de que era una especie de Adonis para las mujeres, pues tanto se lo habían dicho, que había concluído por creerlo así.

Pero creyendo seguro su triunfo, no contaba sin embargo con la huéspeda, como vulgarmente dicen, y es que esa deidad tenía otro pretendiente, que si no era tan arrogante y buen mozo como el fidalgo, era de aquellos que no se andan por las ramas y se van derecho al tronco, y de los que no abandonan una empresa así no más. Parece que á la dama no le era indiferente tampoco, y de concierto, después de haberse entendido sus corazones, quisieron darle un mal rato al portugués.

El caso es que yendo á ver á la dama de sus pensamientos, le había pedido el fidalgo una cita, en donde podría hablar y estar á solas, á lo que con algunas resistencias, como era natural presentir y esperar, al principio, había al fin consentido aquélla. Concertóse el lugar y la hora y juró la dama que no faltaría, y el fidalgo se fué muy satisfecho, palpitándole el corazón desde ya, de puro gozo.

Los instantes eran siglos, las horas eternas, por que lo alejaban del supremo goce que iba á experimentar, cuando al fin llegó el momento, y contentísimo se dirigió á donde debia tener lugar la cita.

Llega á la casa, golpea y no le abren; vuelve á golpear, y nada; se impacienta el portugués y golpea hasta romper el picaporte y amenazar echar la puerta abajo.

Entonces aparece un hombre con un buen bastón, que se dirije al que golpeaba, preguntándole qué se le ofrece y por qué golpea de ese modo, incomodando á todos.

El fidalgo no sabe cómo disculparse, creyendo que se ha podido equivocar; pero se cerciora bien después que es el mismo sitio que se le ha designado, y creyendo que sea una burla la que le han jugado, vuelve y golpea de nuevo con más bríos; se abre de nuevo la puerta, aparece el mismo hombre que antes habia abierto, y entonces, dejándolo entrar, le sacude una tunda de palos que lo pone como nuevo. El fidalgo quiere hacer uso de sus armas, pero como aquél no le da tiempo para nada, sale, y al hacerlo, le cae encima un balde de agua que le arrojan de la azotea y que lo deja ensopado y al mismo tiempo que eso le pasa, le gritan:

« *Deichelas penar, deichelas penar.* »

Quiere medirse con quien le dió los palos, y le

grita desde afuera ¡cobarde! y no sé cuántas bravatas. El que había ejecutado tal hecho, que no era otro que el pretendiente de la dama en cuestión, no se esquiva á sus provocaciones y sale y le dice que allí está, qué se le ofrece y que si quería que volviese á empezar de nuevo; y entonces el portugués, viendo su actitud resuelta, como el famoso andaluz, dió media vuelta y...

«Retorceu o mostacho,
Caló o chapeu; requirió a espada,
Foi-se e nao hubo nada.»

ÉGHENLE ARRAYÁN, QUE EL CAMPO LO DA

Aunque no de Montevideo, esto que vamos á referir, no deja de ser digno de narrarse.

Refieren las crónicas, que allá en Entre-Rios hubo un famoso gobernador llamado García de Zúñiga, y cuentan y no acaban de relatar todas sus extravagancias y rarezas.

Era un hacendado muy rico y tenía pobladas grandes estancias, en donde solia pasar la mayor parte de su tiempo, cuando los asuntos de Gobierno no le ocupaban su atención.

En aquellos tiempos, pues nos referimos á algunos lustros, era Entre-Ríos una verdadera nidada de bandoleros: era como la Sierra Morena entre los españoles y la Calabria entre los italianos.

El que tenía que pasar por allí, podía confesarse y comulgar, si era *buen* cristiano, y si no, encomendar su alma al diablo, porque bien ciertamente, si salía con su pellejo vivo, era más que un milagro, y más si llevaba algunos morlacos, pues aunque uno

quiera ocultar que los lleva, los huelen de lejos los sabuesos ó ladrones.

Era, pues, Entre-Ríos una verdadera nidada de bandidos, en donde el pobre que pasaba por allí, tenía que caer en sus garras y verse desbalijado, y gracias que salía vivo; y esto duró hasta que Urquiza fué Gobernador, que los metió á todos en un zapato, como dicen, y llegó á tanto, que después podía andarse por allí con los talegos en la mano por todas partes, sin que nadie osase ni se atreviese, no diremos ya á asaltar á los que los llevaban, sino ni aun á mirarlos.

Cómo hizo aquel milagro Urquiza, bien podremos hacernos cargo de ello; fué no dando tregua ni cuartel á cuanto foragido habia, y llegó hasta tal punto el rigor, que por el sólo hecho de robar una gallina y unos huevos, Urquiza mandó que para escarmiento, sufriese el delincuente la última pena, lo que era ya la exageración del castigo.

Pero en aquellos tiempos á que nos referimos, Entre-Ríos estaba en todo su apogeo de asesinatos y robos; así es que vivía allí el que algo tenía, por casualidad, con el Jesús en la boca, como quien dice, ó con la espada de Dámocles *suspendida* sobre su cabeza.

El famoso Ramírez, que traicionó, como sabemos, á Artigas, era el caudillo entonces que encabezaba

toda esa cohorte de bandoleros, y bajo su sombra hacían todos los desmanes y tropelías, quedando después Entre-Ríos con una fama muy bien adquirida, hasta que Urquiza puso á todos como guante, como ya hemos dicho.

García de Zúñiga, de quien nos ocupamos, quiso dar un ejemplo, cuando fué Gobernador, de justicia á su modo, y la hizo en su estancia.

Sucede que estando en ella, oía de continuo á los peones decir: «échele no más arrayán, que el campo lo da» y que se reían y festejaban la gracia con grandes risotadas. Quiso García Zúñiga saber qué era aquello, y vió que lo que llamaban arrayán era el sebo y la grasa que había en los galpones y que había disminuido mucho por el abuso que se estaba cometiendo.

Entonces, sin darse por entendido, ordenó á todos que entrasen á trabajar en los galpones, para dar vuelta los pilones de cueros, grasa, sebo, etc., y cuando estaban todos adentro, les cierra la puerta y entonces prende fuego á las maderas, que arden como estopa, y más con el combustible que había adentro, se produce un vasto incendio, en donde perecieron quemados los delincuentes, gritándoles Zúñiga de continuo: *Échenle arrayán no más, que el patrón lo paga.*

¡Qué entrañas no tendría aquel buen señor Zúñiga cuando hizo aquello!...

QUE LE DEN CHOCOLATE, ETC.

Del mismo Entre-Ríos cuentan una anécdota curiosísima entre muchas otras, que siendo no ya Gobernador Urquiza, sino Presidente de la Confederación, dió un gran baile en su palacio y estancia de San José, y que como era natural, fueron invitados todos los Gobernadores de las provincias.

Entre los que figuraban, había uno que sobresalía de todos los que pudieran clasificarse de menos civilizados, y que en aquellos tiempos, y aun en estos mismos, no deja de haberlos; se podría decir que toda clase de trato social estaba reñido con él, pues parece que en las provincias muchos de sus Gobernadores, no sólo ni escribir ni leer sabían, sino que ni aun tenían modales ni costumbres de gentes, y había más de uno que eran unos semi-salvajes ó semi-bárbaros completos.

Dicho Gobernador fué á saludar á Urquiza en cuanto llegó á San José, y viéndolo éste con el pelo largo, que más bien era greña que pelo, con pon-

cho y mal calzado, encargó á uno de sus ayudantes que lo hiciese arreglar como mejor se pudiese, para concurrir al baile.

En efecto, salió junto con el ayudante, y éste que sabía lo mismo que el Gobernador, que toda orden de Urquiza era preciso cumplirla inmediatamente, pues no esperaba réplica, en seguida se puso á la obra.

Llevó primeramente al Gobernador á una barbería para que lo afeitasen y le cortasen las greñas, y recomendó mucho que tuvieran mucha atención con él. Nunca había entrado peine en aquel bosque greñudo; así es que al barbero le costó un triunfo poder arreglárselo, no sin que viese las estrellas el pobre Gobernador.

Después de concluida esta operación, fueron á una sastrería militar á buscar ropa que le viniese bien y después de buscar y probarse sacos y casacas, se encontró una que le venía tanto cuanto es posible bien, pues no le era muy holgada que digamos, y más bien lo apretaba, pero no había más remedio que ponérsela, pues no había tiempo para hacer una nueva, y el Presidente Urquiza había ordenado que se vistiese bien, y no había más remedio sino cumplir la orden, pues que ya sabían que quería que se cumpliera lo que mandaba, tuerto ó derecho, sin observación de ninguna clase.

En fin, aun le quedaba algo más serio que llenar, y era el calzarlo al bueno del Gobernador; ningún zapato, ni botín, ni bota, le venían bien, y sólo las chinelas, á que se habian acostumbrado sus pies, era lo único que soportaba; ¿pero cómo había de ir en chinelas á un baile de gran categoría? como dicen aun los paisanos. ¿Y qué no diría el *viejo?* como lo llamaban á Urquiza en señal de cariño y respeto. Nada; era necesario ponerse botas, y así lo hizo, encomendándose á Dios y á todos los santos.

Llenada su comisión, el ayudante se retiró y fué á dar cuenta al Presidente de que la orden estaba cumplida.

Urquiza se alegró mucho y se sonreía al saber que aquel pobre paisano se había podido resignar á vestirse como la gente.

Llegada la noche del gran baile, el Gobernador se vistió, como Dios le dió á entender, no sin protestar una y mil veces contra aquellas modas, y de verse tan ajustado que no podía moverse á sus anchas.

Entró al salón y fué á saludar, como era natural, á Urquiza, quien lo felicitó por lo bien apuesto que venía, y luego, después de algunas palabras corteses que le dirigió, lo dejó.

Ya habian pasado algunas horas y la estrechez de la ropa la iba sintiendo más y más, sobre todo

los botines, pues, conforme se le calentaba el cuero, se hacían más insoportables. El Gobernador veía ya estrellas al poco tiempo de haber entrado, pero últimamente ya sudaba frío y casi estaba en estado de desmayarse.

La lividez de su rostro la observó Urquiza, y mandó al mismo ayudante que le había servido para vestirlo, que fuese á saber si estaba indispuesto.

Lo hizo así, y le preguntó en nombre del Presidente, si se encontraba mal.

—Sí, paisano, le contestó; estoy muy descompuesto y viendo estrellas con estas malditas botas.

El ayudante tuvo que retenerse mucho para no reírse en su cara, y fué á dar la respuesta á Urquiza, que se reía grandemente de aquello.

En eso, por mal de sus pecados, pasa por frente de él una bandeja con pocillos de chocolate y le ofrecen uno; el Gobernador, que no veía ya del dolor, toma la taza que le dan, y creyendo que fuese algo frío, se embucha el contenido y se quema la boca y las entrañas, y desparrama por el suelo el resto y por encima de los convidados.

Una hilaridad general de los que había allí presentes, corrió al pobre Gobernador, que no pudiendo soportar aquello, salió como Dios le dió á entender y no volvió á aparecer más en el salón.

Es que se habia ido á refrescar al jardin, y allí se habia sacado los botines para respirar un poco, sin contar con la huéspeda, esto es, que después no se los podria poner, como así sucedió.

Apercibiéndose Urquiza de que habia desaparecido, lo hizo buscar, y pronto dieron con él y le dijeron todo lo que habia pasado. Fué él mismo á verlo, y preguntándole qué era aquello, contestó:

—Mi General y Presidente: mándeme hacer matar al frente del enemigo, pero no me haga vestir, ni poner botas apretadas, ni tomar chocolate hirviendo.

Urquiza se rió en grande de esto con todos; le hizo dar unas chinelas, y después le dió su carruaje para que lo condujera á su hotel.

Después de este percance, el Gobernador siempre que tenia que castigar rigorosamente á alguno, dicen que mandaba que *lo peinasen, le pusiesen botas ajustadas y le diesen chocolate hirviendo,* como que no comprendia que pudiera haber mayor tormento que éste, lo que *si non é vero è ben trovato.*

EL PADRE DE LOS POBRES

DON FRANCISCO A. MACIEL, Y SU DESAPARICIÓN MISTERIOSA

Verdaderamente que es cosa de admirar, cómo pudo desaparecer, después de la acción contra los ingleses, en las Tres Cruces, don Francisco A. Maciel, conocido por el padre de los pobres, y fundador del Hospital.

Persona como era tan espectable, no podía dejar de ser buscado con todo interés después que hubo desaparecido, y así fué; pero por más investigaciones que se hicieron, ni vivo ni muerto apareció, ni entonces ni después, y ha quedado sumido esto en el más profundo misterio.

Se creyó que los ingleses podrían haberlo secuestrado y habérselo llevado á Londres para tenerlo como prisionero; pero nada de eso hubo, y aun los ingleses mismos, después que tomaron esta plaza, pusieron el mayor interés de su parte para hacer todas las pesquisas é indagaciones del caso.

Tampoco sabían nada sus compañeros, que ha-

bían tenido que huir ante las fuerzas británicas, que los sorprendieron entre unos maizales, que hubiese sido herido ni muerto.

Caso tan extraño como éste, pocas veces se ha visto, pues que el hecho de armas tuvo lugar en las aproximaciones de la ciudad, á la luz del día, pudiendo distinguirse y verse todo bien.

Transcribimos lo que á este respecto hemos escrito:

«Al conocerse en la ciudad el triste resultado de la operación militar (1) confiada al Virey, se quiso lavar aquella afrenta con un digno ejemplo de valor cívico, haciendo una salida algunas fuerzas de las que defendían sus muros.

«Y aunque nada prudente era comprometer nuevamente la causa por una repentina intentona, en que sin pretenderlo podría debilitarse la defensa, y no obstante la opinión de Huidobro y del mismo Cabildo, se decidió en mal hora á tomar ese partido, aprestándose para ese objeto dos mil trescientos ochenta y dos hombres.

«El Cabildo, previsor de lo que iba á ocurrir, se dirigió al Gobernador exhortándolo para que no se aventurase el éxito de la causa en aquella arriesgada empresa, y así le manifestaba:

«La batalla que se ha dado últimamente, si bien quedó

(1) Véase mi obra titulada «Invasión inglesa en el Río de la Plata», que es de donde tomamos esto.

por los enemigos, la victoria les hizo conocer á los mismos, que si nuestras fuerzas tienen valor para irlos á buscar en su mismo campamento á cuerpo descubierto, hará esta ciudad, con la misma gente dentro de sus muros, una defensa irresistible con todas las fuerzas reunidas.

«En las acertadas disposiciones de V. S., en su actividad, en el precioso entusiasmo de este vecindario, de cuyos corazones es V. S. absoluto dueño, por la dulzura con que sabe mandarnos, estriba nuestra felicidad y acierto.

«Algunos oficiales de aquellos de quien menos se contaba, han venido á este Cabildo intentando que se atacase al enemigo; ellos dicen que en la última acción, la victoria hubiese sido nuestra, á no ser la mala dirección de los jefes, que no se dieron cuenta de algunos inconvenientes imprevistos y circunstancias locales, á pesar de su energía y pericia.

«Este Cabildo no apoya el dictamen de dichos oficiales, aunque aprecie sus buenas disposiciones. La nueva salida que ellos opinan, ni puede hacerse de pronto, ni es prudente de ningún modo.

«Esta es nuestra opinión, y aunque esta determinación corresponde á V. S., nos permitimos manifestarla sinceramente, por los resultados que pueden ocasionar á la defensa de la plaza y al honor de sus armas.

«Concretándonos á nuestro cometido, agregaremos sí, que se hace indispensable que disponga V. S. que se acopien prontamente trigos, para que los conduzcan á la barra de Santa Lucía, de donde deben ir embarcaciones menores á conducirlos á esta plaza, en previsión de un

largo sitio en que podamos vencer. Que no falten víveres, que así nuestras fuerzas no se desanimarán, y batiéndose con brío, labrarán la gloria de V. S. y asegurarán nuestra felicidad. Nuestro Señor guarde á V. S. muchos años.

«*Antonio Pereira.*

«Señor Gobernador don Pascual Ruiz Huidobro.»

Sin embargo de tan prudentes advertencias, la expedición se organizó para batir al enemigo.

La columna se componía de dos mil trescientos hombres, como hemos dicho, cuyo mando fué confiado al mayor de plaza don Javier de Viana, y al brigadier don Bernardo Lecocq, estando lista para emprender sus operaciones sobre los invasores, desde el día 19, en que formaron en la plaza Matriz, realizando su salida al día siguiente por la madrugada.

La columna partió con indecible ánimo, y bien ciertamente podría haber detenido, cuando menos por algún tiempo, las operaciones del enemigo, no presentándole batalla campal, porque no era prudente de ningún modo, medirse con tropas bien regimentadas y envanecidas con sus recientes triunfos, y por medio de escaramuzas y fuego de guerrillas hacerles grandes destrozos, sin comprometer en nada,

en campo abierto, la causa que sostenían y de la cual dependía la suerte de esta plaza.

Pero fué otro el plan que se puso en práctica.

En columna cerrada, partieron desde la ciudad, dirigiéndose por el Cordón hasta alcanzar al Cristo, sin ser hasta entonces agredidos, pero adelantándose por una de las calles laterales, la columna fué sorprendida y diezmada por fuertes descargas cerradas de los enemigos, que escondidos entre los maizales crecidos que había en las quintas de esos lugares, les hicieron á quema ropa y sin que se apercibiesen.

El enemigo había previsto el caso de aquella intentona; había visto salir á la columna, é informado y seguro del ataque y de la manera cómo debía producir mejor resultado, se prevaleció de las ventajas que le ofrecían las desigualdades del terreno y la poca pericia militar de los que venían á su frente, pues debieron mandar adelante partidas en descubierta y exploradoras cuando menos, siendo esto de práctica en todas las operaciones de guerra.

Aquella verdadera sorpresa determinó todo el éxito de esa jornada.

Los españoles se desordenaron, pereciendo muchos de entre ellos, y aunque quisieron rehacerse, replegándose á la caballería, que se componía de fuerzas del marqués de Sobremonte, ésta aumentó

el desbande y la desmoralización, dando cobardemente las espaldas al enemigo y huyendo en despavorida fuga á la campaña.

La confusión y la dispersión fueron entonces completas.

Los ingleses destacaron fuerzas para cortar la retirada á los restos de la columna, y éstos, apresurados, retornaron á la plaza, entrando por los portones de la fortaleza en desórden completo y ardiendo en ira contra el proceder y comportamiento de la caballería del funesto marqués, que tan ignominiosamente había abandonado á sus compañeros, dejando sacrificar á tantos y contándose entre ellos al benefactor y filántropo Maciel, que fué también víctima en aquella acción.

Efectivamente, las pérdidas fueron de importancia para las tropas españolas en aquella aventurada jornada; pero el valor castellano sobrepujó, como siempre, los peligros de aquella desastrosa acción.

Las fuerzas que tan duro revés habían sufrido, no amenguaron sus esfuerzos en pro del sostén de la noble causa que sostenían y se dispusieron á morir todos ó á vencer en defensa de la plaza.

. . . . . .

Por lo que hemos visto, pereció don José A. Maciel en aquella desgraciada acción, pero sólo es una presunción, pues que su cadáver no se halló

en ninguna parte, por más pesquisas é indagaciones que se hicieron para hallarlo.

Todo hacía presumir que los ingleses, no habiendo sido su cadáver, lo hubieran llevado vivo á Inglaterra y lo retuvieran como prisionero, bien en el ejército ó á bordo.

Pero nada hubo, y ya hemos dicho que los ingleses, una vez tomada la plaza, se mostraron tanto ó más interesados que los españoles en buscarlo, y nunca se dió con él, ni vivo ni muerto.

¡Qué profundo misterio hubo en esto, no es fácil de adivinar, pero que ha dejado una honda impresión que no ha sido fácil cicatrizar en el pueblo! La verdad es, que persona tan principal y tan digna y acreedora al cariño y respeto de todos, por sus condiciones y sentimientos humanitarios, su desaparición debía dejar un profundo vacío en nuestra sociedad por su caridad, á que se habia consagrado y á la que tan útil habia sido.

EL CABILDO Y LA DOMINACIÓN INGLESA

Apoderados los ingleses de la plaza de Montevideo, (1) respetaron á los funcionarios públicos en el ejercicio de sus actos judiciales y administrativos, y trataron de despertar la confianza en la población, reanimando los ánimos abatidos por el terror del desastre que habían sufrido.

Pero era tan profunda la herida recibida; eran tan justos los motivos de resentimiento y de rencor contra los procederes inusitados de los invasores en el Río de la Plata, y tan alevosos los medios que habían empleado, asaltando estos pueblos sin miramientos de ninguna clase, atentando de una manera inaudita á todas las formas y principios del derecho, que natural y aun legítimo era de esperarse el encono contra los incalificables abusos de la imposición del dominio que la Gran Bretaña pretendía imponer á estos pueblos.

---

(1) Véase el opúsculo citado: «La dominación inglesa en el Río de la Plata».

Posesionados de la plaza, Sir Samuel Achmuty dió toda clase de seguridades á las autoridades y á la población, y sea dicho en honor á la verdad en este particular, los dominadores correspondieron dignamente á esos deseos, proporcionando y facilitando todos los medios para inspirar confianza á todos y hacer olvidar el triste resultado de la lucha y de su dominio.

Cooperando eficazmente á las indicaciones del Cabildo, dedicaban su formal atención en captarse la buena voluntad del vecindario, no obstando en nada, ni oponiendo trabas ni inconvenientes para el ejercicio del culto católico y de las leyes municipales y la justicia del pueblo conquistado.

Estableciendo una franca organización en su marcha, protegian las ideas liberales y fecundaban las franquicias comerciales é industriales que España prohibía terminantemente á sus colonias, con esa política estrecha y mezquina que caracterizaba sus medidas exclusivistas y arbitrarias.

Para dar ensanche á esas ideas y defender los principios de intervención en las colonias españolas, propendieron de todas maneras á desacreditar el régimen absoluto, administración y política del gobierno de la Metrópoli, que bien ciertamente merecía la reprobación y censura, y para el efecto, fundaron un periódico titulado *La Estrella del Sud*, en

el que se atacaba el dominio español y se ensalzaba la dominación implantada, desarrollando las ideas progresistas y los fundamentos liberales diametralmente opuestos y en contradicción completa con los que los dominadores españoles sentaban como principios de gobierno.

Aquellas ideas eran nuevas completamente para estos pueblos, acostumbrados á obedecer, con las que se debieron sorprender naturalmente; las consecuencias de tales doctrinas no debían tardar en dar sus frutos, no en favor de los que las propagaban, sino en el interés legítimo de la América misma, que comprendiéndolas y haciéndolas suyas, sacudió al fin el yugo que la sujetaba á ese ciego despotismo, intolerable é intransigente de la madre patria.

El Cabildo, intermediario entre el ejército conquistador y la población dominada, ejerció toda su influencia para llegar á un completo acuerdo con los intereses que representaba, con el jefe británico.

Su difícil misión en aquellas circunstancias, manifiesta bien todo lo arduo de la empresa y cuánta habilidad se necesitaba para calmar los ánimos y llegar á su objeto, no ya entrando en un orden de cosas superior á la situación que desgraciadamente le cabía á Montevideo, que era forzoso respetar por ser un hecho consumado, sino ejerciendo su activi-

dad y celo aun hasta en los menores detalles, como revelan las siguientes notas que fueron dirigidas por el Cabildo al Gobernador británico:

Véase cómo se expresaba:

«Este Cabildo tiene particular cuidado de complacer á V. E., lo mismo que auxiliar en cuanto sea posible las disposiciones del Gobierno, sin desatender por un instante el bien público y la policía de esta plaza.

«V. S. puede estar seguro de esta verdad, y no atribuir á otra cosa, alguna falta que advierta de que V. S. se sirvió instruírnos en oficio de ayer, á que tenemos el honor de contestar.

«Una guerra causa en una ciudad tal disolución, que no se ponen en tono los varios resortes que la organizan, sino después de pasado mucho tiempo. La novedad de un distinto y repentino Gobierno, por dulce y suave que sea, como sin duda lo es el de V. S., altera los ánimos de los habitantes por meses enteros; se retraen unos de sus antiguas ocupaciones, se ausentan otros y faltan los más, que perecieron en la guerra.

«El diferente idioma, causa el inconveniente de no poderse explicar mutuamente sus sentimientos, los vencedores ni los vencidos, naciendo de esto una recíproca desconfianza entre unos y otros.

«La guerra, siempre cruel, todo lo asola y destruye, y de aquí se sigue que aquellos instrumentos destinados á conservar la felicidad pública, desaparecieran, y aun los materiales, que bien se hicieron pedazos ó inutilizaron; esta suerte tuvieron los útiles de panaderos, carniceros, carruajes y todos otros objetos.

«¿Y no sería pretender un imposible que un cúmulo de tantos males se remediara en el cortísimo tiempo de quince ó veinte días?

«El Cabildo se permite decir á V. S., que no tiene razón en persuadirse que fué omiso en cuidar que los carros destinados á la limpieza de la ciudad no han cumplido sus deberes.

«Los negros destinados á correr con los citados carros, ó murieron ó se huyeron, ó estuvieron á bordo prisioneros.

«Los bueyes, que estuvieron muchos días sin pastos, murieron ó los mataron nuestras gentes; las carretas de basuras se quemaron unas y se inutilizaron otras.

«¿Cómo, pues, querer que se reparen completamente estos daños en el corto tiempo de quince ó veinte días?

«Actualmente, como sucedió ayer, usando de la fuerza destinada á los trabajos militares y lo hacen cuando quieren las carretas de la limpieza.

«Si las tropas de V. S. tienen la culpa, no es justo que se le atribuya al Cabildo.

«Esto sucede y otras cosas que callamos por no molestar á V. S. Frecuentemente toman los esclavos de este vecindario y los llevan al trabajo por un día ó por medio día. Esto lo hacen regularmente cuando los cocineros van á la plaza á comprar, y en tales días quedan sus amos sin comer, porque no tienen cocinero ni con qué hacer la comida.

«El Juez de Policía, nombrado por este Cabildo, siempre tuvo á sus órdenes un sargento veterano de confianza que le auxiliase, haciendo cumplir sus disposiciones. En el día se necesita más que antes para que conozcan

todas las personas que son autorizadas por V. S. y con su acuerdo las providencias del Cabildo.

«Hoy se fijarán proclamas para que tenga efecto lo resuelto por V. S., en orden á que todos los vecinos junten las basuras que hubiesen frente á las casas, para que las tomen fácilmente los carros y se saquen afuera; pero hay el inconveniente de que no lo cumplan los Oficiales á sus órdenes, á no ser que V. S. particularmente se lo ordene.

«Remitiremos á V. S. copia de esos carteles que se sirve pedirnos, y se hará asunto de ello en el libro particular, pero si no pudiese hallarse intérprete que supiese bien la versión, será forzoso remitirla en idioma español.

«Por lo que respecta á las armas, este Cabildo no sólo pasó órdenes para que se entregasen, sino que además persuadió al pueblo verbalmente, que todos debían cumplir escrupulosamente esta orden.

«El Cabildo tendrá gusto de que V. S. se sirva hacer un nuevo registro que tiene meditado, porque espera que así se acabará de desengañar que este vecindario procede siempre de buena fe y que es muy dócil para cumplir las órdenes superiores.

«Sala Capitular de Montevideo, á 26 de Febrero de 1807.

«*Antonio Pereira.*

«Señor Gobernador de esta plaza, Sir Samuel Achmuty.»

En esta otra nota, revela el Cabildo los honrosos sentimientos que lo animaban por los desgraciados

de la ciudad, los que en honor de la verdad eran secundados por los dominadores.

Dice así:

«Excmo. Señor:

«El Hospital de Caridad exige de la humanidad la más preferente atención, y por tanto, no hay la menor duda que V. E. mirará con agrado nuestras instancias acerca de él.

«Los pobres desvalidos, desgraciados enfermos, se lamentan justamente al verse despojados del único alivio que la ternura de sus compatriotas les proporcionaba á sus dolencias.

«Todos estamos obligados á mirar por los pobres enfermos y á socorrerlos con mano compasiva, cediendo á beneficio de ellos una parte de nuestros bienes; pero, si lejos de cumplir con esta ley que impone la caridad, le quitásemos lo que legítimamente les corresponde, sería la más dura crueldad.

«Las tropas de S. M. B. tienen en esta plaza Hospital General además de otro particular cada regimiento; esto manifiesta bien claro que el cuidado de V. E. con los enfermos de aquellos que tienen la fortuna de estar bajo su mando, es conforme á los bellos sentimientos de la humanidad.

«Este Cabildo quería imitar á V. S. en esta parte, haciendo otro tanto á favor del pueblo de su cargo, pero le faltan facultades y poder, sin tener otro medio que el de representar esta y otras faltas, y esto siempre con temor de molestar.

« El Hospital de Caridad, pues, está ocupado por las tropas de S. M. B. Es tiempo ya, Excmo. señor, de que lo dejen libre á beneficio de los pobres, sus legítimos dueños.

« Las tropas de S. M. B. que se hallan en él, podrán trasladarse á las casas del señor Virey de Buenos Aires, en la calle de San Diego número 15, que al presente sirven sólo para juntarse á comer los señores jefes y oficiales en ciertos días de la semana, siendo aquellas habitaciones de suficiente capacidad para la traslación de dichas tropas. Pero, si el fin á que actualmente están destinadas dichas casas, fuere de tanta importancia que deba preferirse á la asistencia y curación de nuestros enfermos, en tal caso, podrá servir para la tropa que está en el Hospital, la casa de don José Molas, número 130, que se halla en la calle de San Miguel.

« De cualquier manera, esperamos de la bondad de V. E., se sirva mandar que el Hospital de Caridad se deje libre á beneficio de sus legítimos dueños, los pobres de solemnidad, á cuyo favor quedará muy agradecido este Cabildo.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« Sala Capitular de Montevideo, á 21 de Abril de 1807.

« *Antonio Pereira.* »

Sobre administración de rentas informaba de esta manera:

« Satisface este Cabildo á las preguntas de V. E., que se sirve hacerle en nota de ayer, diciendo que ni los se-

ñores Vireyes, ni los señores Gobernadores tienen en América conocimiento ni intervención en los caudales de la Municipalidad de Propios, conocido por dicho nombre Propios y Arbitrios.

«La administración y conocimiento de dichos caudales, corre á cargo de los Cabildos, de los cuales se nombran tres individuos que forman la Junta que se llama Municipal de Propios, á quienes privadamente é inmediatamente corresponde el manejo de dichos caudales.

«Esta Junta, á fin de cada año, presenta sus cuentas documentales al Cabildo, quien las examina, las aprueba ó pone los reparos que halla justos, después de lo cual se pasan á las Juntas Superiores de Propios que residen en las Capitulares, quedando copia en los Cabildos que hacen su remisión.

«Se pasará oportunamente á V. S. una relación de los caudales que goza esta ciudad por sus Propios; su distribución y aplicación, con lo demás que gustare el Excmo. señor General de S. M. B.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

«*Antonio Pereira.*»

Con respecto á policía, se expresaba el Cabildo así:

«Esta ciudad, en el día ocupada por un crecido número de comerciantes y otras clases oriundas de la Gran Bretaña, que así como todas las demás deben estar sujetas á las disposiciones de la Policía, de las cuales nadie

se puede eximir, porque tienen por objeto la felicidad pública y el bien general de todos.

«La Policía se halla mal servida, porque el crecido número de individuos de la Gran Bretaña no reconocen ni pueden reconocer la autoridad del Juez particular nombrado para conocer en ella, que lo es don Juan Vidal Benavides; de modo que el Juez no puede contenerlos en los desórdenes contra la Policía, como arrojar inmundicias á las calles, escombros, basuras, aguas sucias, etc.

«Para remediar este inconveniente, no hay otro arbitrio sino el que V. E. deberá dar orden para que dichos individuos de la Gran Bretaña le reconozcan y respeten como tal Juez de Policía y que obedezcan sus órdenes.

«Dios guarde á V. E. muchos años.

«Sala Capitular, á 23 de Abril de 1807.

«*Antonio Pereira.*»

LOS CUATRO BURROS

En los buenos tiempos de España, en este excelente vecindario de la ciudad de San Felipe y Santiago, que era como una sola familia que vivía en paz y concordia, no dejaron de haber sus notas discordantes que hacían un efecto diabólico entre la gente buena y sencilla.

Un tal Vargas, un tal Pernas, Santeceliz y un señor Passo, tenían el raro privilegio de tener intrigados á todos los buenos vecinos, y fueron tan temibles como el diablo mismo, y cansados algunos de los que habían sido sus víctimas, pusieron en planta un proyecto que fué muy comentado en aquellos tiempos, pero que ni por eso dejaron de seguir teniendo intrigado á todo el mundo y metiéndose siempre contra todo bicho viviente.

Un vecino llamado Soria, que tenía algunos principios de dibujante, pintó en un gran lienzo á los cuatro, poniéndoles unas inmensas orejas de burro, y un buen día apareció colgado en la entrada del

mercado, donde todo el mundo lo vió, tanto cuanto en aquel sitio no sólo se reunía la gente á comprar, sino que también los que lo habían visto iban con la noticia, y toda la gente se dirigía allí, una vez que sabían de lo que se trataba, y festejaban la cosa con grandes risotadas.

Figúrense cómo se quedarían los susodichos personajes cuando supieron el chasco de que habían sido víctimas, y como no eran personas que se quedaran sin hacer nada, reclamaron daños y perjuicios, é indemnización y prisión contra los autores de tal desaguisado que hería su dignidad y buena fama.

La autoridad mandó sacar el lienzo con alguna parsimonia, después que había sido contemplado bien, y se entabló el pleito contra los autores, que duró años y años y que nunca se acabó, porque las chicanas y argucias han sido de todos los tiempos, y los curiales y gente de justicia siempre han querido que se alarguen las cuestiones judiciales, pues de eso sacan provecho.

Al pie de los retratos había estas líneas:

¿Quién es el de orejas más largas?
Vargas.
¿Quién es el de más largas piernas?
Pernas.
¿Y quién de estos tiene el cacumen más escaso?
Passo.

¿Y quién de todos es el más infeliz?
Santeceliz.

Lo más curioso del caso es, que en la tramitación del expediente, pidiendo la parte vista de él, el Juez puso al pie la siguiente resolutoria: *traslado el escrito con los cuatro burros,* lo que enardeció más y más á los que habían servido de mofa al vecindario, y con sobrada razón.

Y no era para menos que se sulfurasen, pues que se prestaba aquello á interpretaciones bastante equívocas, y cuando menos se podría sospechar que el Juez era también parte en el ridículo en que se les ponía con aquella providencia.

DATE TONO, JUAN ANTONIO

Cuentan las crónicas, que el General don Juan Antonio Lavalleja, era un hombre que no tenia ni grandes pretensiones ni ambiciones por figurar, y que le bastaba saber que reconocían en su persona al prócer de nuestra Independencia.

Así es, que debiendo haber figurado en política y en los altos puestos de su país en primer lugar, nunca, ó pocas veces, llegó á ocupar la dignidad de Presidente ó Ministro, aunque más no fuera que transitoriamente, y ocupó una sola vez el poder algunos días.

El carácter de don Juan Antonio era en extremo sencillo, y no lo llevaba á ocuparse gran cosa de sus ambiciones.

Pero su consorte doña Ana, no era así, y se impacientaba en ver que su esposo fuese demasiado campechano y dejara que otros que no habian hecho lo que él, se llevaran la palma y ocuparan los altos destinos de su país.

Siempre, con este motivo, lo reconvenía y lo incitaba á que no fuera tan demasiado bueno y campechano; que se diera la importancia que tenía, y concluía siempre con la frase: *Juan Antonio, date tono.*

Tanto y tanto le repitió aquello, que don Juan Antonio empezó á comprender que debía ocuparse más de política, y también incitado por algunos descontentos con el Presidente Rivera, se puso al frente de una revolución que tuvo un fin desgraciado, y tuvo que refugiarse en el Brasil, donde fué internado y vigilado por requisiciones del Gobierno de su país.

Verdad es que Oribe, con quien contaba para la revolución, y hay quien aseguraba que estaba en ella, se puso de parte de Rivera á última hora, y lo sostuvo, lo que dió un resultado desgraciado á la empresa y fracasó. Esto fué el motivo para que Rivera trabajase por Oribe para sucederle en el mando.

Mal le salió á don Juan Antonio aquella empresa, y resonarían siempre en sus oidos los consejos de su consorte de que se diese tono, pues que no dejaría de sufrir viéndose en el ostracismo, tal vez por tanto repetirle que se diese tono, á pesar de todo lo legal que hubiese sido la revolución contra Rivera.

LA CUENTA CÉLEBRE DE UN DOCTOR

El General don Frutos Rivera tenía su reunión de amigos, donde se jugaba á la malilla, al solo, y se tiraba en grande la oreja á Jorge, como dicen, y pasaban en ese entretenimiento algunas horas de la noche, cuando no se amanecía.

Doña Bernardina, su consorte, también participaba algunas veces, y se entretenía con algunas otras damas en matar el tiempo así, cuando no había teatro, que no había más que el antiquísimo y nunca bien ponderado de San Felipe y Santiago, que tanto entretuvo á nuestros antepasados, trabajando en él algunos muy buenos actores y cantores ó también algún sarao ó fiesta patria, en que se ostentaba todo lo que se podía para realzarla, y había revistas, *tedéum, besa-manos, palo enjabonado, rompecabezas, calecitas,* y á la noche fuegos artificiales, iluminaciones y función de gala en el teatro, en donde se cantaba el himno nacional y se vivaba al Gobierno y á las autoridades todas, y esos hechos

grandiosos de la patria se festejaban todos con gran lujo y de rigurosa etiqueta.

Entre los concurrentes á jugar á la malilla, había un asiduo tertuliante entre otros: era un doctor inglés llamado Canstant.

Años y años, no perdió una noche de ir á echar su siete de bastos, y cuando las peripecias de la política trajeron alguna perturbación al país y don Frutos tuvo que abandonar el mando, recibe una carta cerrada en que con gran asombro ve una cuenta de abultada cantidad que le pasaba por asistencia reiterada á su casa.

Figúrense cómo se quedaría Rivera con tan extraño proceder, y todos los que supieron el caso. Pocas cosas podían sorprender más que aquella cuenta, pues Rivera pocas veces había estado enfermo y no había tenido para qué consultarlo como facultativo.

Pero el médico, interesado en hacer valer sus derechos, manifestaba que no podía haber concurrido á la casa sino como facultativo, aunque no hubiese nadie enfermo.

Se tomó á la broma tal cuenta, y no sabemos si algo le daría Rivera, porque sabemos que no era muy escaso en dar, ó si bien la dejaría para pagársela en los tres plazos consabidos: de tarde, mal y nunca; pero la verdad es, que fué bien original

aquello y que dió materia para que se ocupase mucho la gente que supo aquel modo de asistir á la *malilla* y cobrar honorarios facultativos.

ECHAGÜE EN CAGANCHA

Fué verdaderamente célebre la acción que tuvo lugar en Cagancha, entre las fuerzas que mandaba el General don Frutos Rivera y las de Rosas, comandadas por el General don Pascual Echagüe.

Después de un reñido combate, el triunfo había sido de este último, y ya la victoria parecía inclinarse de su lado, cuando un cambio inesperado sobrevino y dando vuelta y cargando los restos de las fuerzas de Rivera que pudieron reunirse á las voces de sus jefes, sorprenden á Echagüe, dueño del campo de batalla y ponen en completa derrota á sus fuerzas que momentos antes eran las triunfantes.

Cosas son estas de la guerra, en que no hay seguridad alguna y que con mucha razón se puede decir que lo improbable es cosa que muchas veces sucede, y así hemos visto derrotados á Generales de gran fama por quienes menos se esperaba; entre otros hechos antiguos y modernos tenemos la de-

rrota sufrida por el gran guerrero Marco Antonio por Lepido y Augusto César, y el héroe del siglo, Napoleón I, por Wéllington.

Pero lo que fué causa principal para que las tortas se volviesen pan, en aquel caso, fué que la gente de Echagüe, después de triunfar y poner en fuga á la gente de Rivera, se entregaron al robo de las carretas y á proveerse de cuanto había en éstas. En esa ocupación los sorprendió Rivera y su gente, y los que habían derrotado, salieron derrotados á su vez, pero para no volver á empezar la jornada, pues casi todos cayeron prisioneros ó quedaron en el campo, escapando muy pocos, entre éstos el General don Pascual, que no sujetó la rienda sino cuando ya estaba fuera de la Banda Oriental.

UN PARLANCHÍN FURIBUNDO

Cuéntase que existía en esta ciudad un vecino llamado Vargas, que no daba tregua á la charla ni lugar á que nadie hablase más que él, y que era como el famoso capitán que Bretón de los Herreros ha retratado en su «Marcela ó cual de los tres»:

«Que en soltando la sin hueso
A ninguno daba cuartel.»

Parece que todos le huían como á pleito, pues que una vez que daba con algún conocido, no lo dejaba, y horas y horas lo entretenía con su charla sempiterna.

Entre otras muchas cosas que se referían de su hambre de hablar, cuéntase, que estando su señora muy apurada con dolores de parto, salió de su casa para ir á buscar á la partera, muy ligero, pero por el camino encontróse con un conocido, y olvi-

dándose á lo que iba, emprende conversación con él, y se pasa horas y horas como de costumbre, charla que charla, hasta que al fin se acuerda á lo que iba, y entonces va á buscar á la comadrona.

Cuando llega á su casa, ya su señora hacía tiempo que había dado á luz con toda felicidad un rollizo niño, que le fué entregado al entrar.

UNA BUENA NUEVA

Hay familias que tienen un tipo especial; las hay que viendo á uno de sus miembros, se puede decir que se han visto á todos. Así sucedia con cierta familia, que un poco más tarde habia de denominar Juan Carlos Gómez, de nido de cotorras, ó bien, en familia cara para la Nación, pues todos eran empleados.

Entre tantas cosas que se cuentan, refieren que en la guerra de la Independencia, cuando tuvo lugar la acción de Ituzaingó, uno de ellos, que no se encontró en la batalla, supo que habia sido ganada la acción, y en vez de incorporarse al ejército de Alvear, dió media vuelta y más que volando se fué á comunicar al Director Supremo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata tan fausta nueva, y primitivamente antes que el general en jefe tuviera tiempo de haberlo comunicado, llegando á Buenos Aires con tal velocidad, que á todos les parecía imposible que pudiese haber andado en tan poco tiempo tanto.

Figúrense cómo no lo recibirían, cuando todos estaban esperando llenos de ansiedad el resultado de aquella campaña feliz del ejército mandado por el General Alvear en la Banda Oriental; poco menos que en andas lo condujeron á la casa de Gobierno, y cuando se vió poco después confirmada tan feliz nueva, las campanas, cohetes, bombas, cañones, empezaron á hacer un ruido infernal, y todos alegres no sabían qué hacer con el mensajero que primero les trajo la noticia.

Fué un verdadero héroe sin serlo, y nada más que por un rasgo de viveza muy característico en esa familia típica de ellas.

Es inútil decir, que no fué sin provecho haber galopado tanto y madrugado más, pues le valió un ascenso y algún dinero y poder usar los cordones y medalla decretadas para los vencedores de la acción de Ituzaingó. Esto quedó como proverbio, y las vivezas generales de esta familia llamaron siempre después la atención, pues las había buenas y tontas.

UN PROVISOR Y SU COMADRE

Hubo en tiempos atrás, un buen sacerdote que tenía, entre otros débiles, un culto especial por los animales y que entretenía sus ocios en jugar con ellos con el mayor gusto. Este era el provisor Fernández. Poseía un excelente carácter, y era querido de todos los que lo conocían y respetado por los que sabían lo que era: un verdadero sacerdote ejemplar.

Poseía una perrita que le había puesto el nombre de *comadre*, y con la que se entretenía en las horas perdidas que no rezaba ó estaba entregado á su ministerio. En cuanto entraba á su casa, lo primero que hacía era llamar á la *comadre, comadre,* y el animalito inmediatamente venía á hacerle fiestas, á saltarle y á lamerle las manos; y aquel buen sacerdote se ponía á correr, á esconderse, para que lo buscase y así pasaba las horas en ese entretenimiento.

Lo más curioso era que tenía la *comadre* su asiento en la mesa y se le servía como si fuese á

una persona, y su cama donde dormía y vigilaba cualquier ruido, pues era muy centinela y á cada momento ladraba, y el provisor avisado, si era persona conocida, la llamaba: *comadre, comadre,* es *don Fulano,* y entonces se callaba.

El provisor referia cosas verdaderamente increíbles de la *comadre,* y creemos que aunque hay inteligencia en esos animales, exageraba las excesivas cualidades de su perra.

Decía que no le faltaba más que hablar, que todo lo adivinaba, lo interpretaba y que sabía juzgar bien. Así es que se ponía muchas veces á conferenciar con su *comadre* y á hablar como si le entendiese.

Se reían de esto muchos, como era natural, pero él no les hacía caso y seguía adelante con su costumbre, y cuando alguno que otro solía increparle que por su posición no era bien aquello, y que era hasta falta de buen sentido tratar á los animales como gente, contestaba:

— « Déjenme con mi gusto; estos animalitos son más fieles que los amigos, que nos venden y nos dan desengaños. »

Esto revelaba un juicio bien cierto y un alma benévola. El día que murió la *comadre,* fué de luto para el provisor, y el sentimiento que tuvo, lo enfermó de tal modo, que hubo que llamar médico,

pues como vemos era un alma de Dios, capaz de condolerse por todo y de todo, y hasta de haberse muerto de sentimiento ó pena por su perra.

EL MATE DE LAS MORALES

Tanto se ha hablado de este famoso mate, que vamos á ocuparnos de él.

Cuentan las crónicas, que la tal familia Morales, cuando tenía alguna visita, le decía, cuando se iba á retirar:

—«Espérese, no se vaya; va usted á tomar un matecito.»

Y tanto lo esperaban, que viendo que nunca llegaba, se iban sin haberlo probado.

Pero lo que no saben ustedes, fué lo que les pasó con un chusco, que cansado de que le ofreciesen el susodicho y nunca visto mate, las fumó de lo lindo en cierta ocasión.

Sucede que estando en la casa charlando un gran rato, alrededor de toda la familia, pues era costumbre entonces que cuando alguien visitaba en alguna casa, salían hasta los chiquillos á saludar, y era de buena crianza preguntar hasta por los gatos y los perros si los había; como era de práctica,

al irse á retirar, le salieron con el estribillo de costumbre:

—«No se vaya usted, va á tomar un matecito.»

El visitante dióse cuenta de que el tal mate no iba á venir, como siempre sucedía, y empezó por excusarse de no tomarlo y de que no se incomodasen.

—«Incomodidad ninguna, le contestaron; tenemos mucho placer.»

Y pasaron horas y más horas y seguía la charla, pero el mate nunca llegaba, hasta que de pronto el hombre mete las manos en los bolsillos de la levita y saca un papel con yerba y otro con azúcar, y les dice:

—«Traigo aquí lo que se precisa para el mate que ustedes me han ofrecido y ofrecen con tanta insistencia á todos, sin que jamás le veamos, y tal vez será porque no tienen cómo cebar el mate.»

Figúrense cómo se quedaría de cortada aquella gente, pues fué una buena lección que les dió; pero, ¿creerán ustedes que se enmedaron? Pues no; siempre siguieron lo mismo, ofreciendo el mate proverbial que nunca se pudo ver ni tomar.

LAS PREGIOSAS RIDÍCULAS

Hubo una familia que se distinguió mucho por su belleza, aquí en este benemérito pueblo de Montevideo, donde no escasean las caras lindas y mujeres hermosas, y por las que todos se bebían los vientos, como generalmente dicen; pero que al acercarse y tratarlas, se caía todo el encanto á los pies y se quedaban fríos todos.

Tenían especial fraseología y buscaban aquellas palabras y conceptos más heterogéneos y retumbantes, que dejaban, las más de las veces, en ayunas, sin saber qué querían decir, y alguna que otra vez ponían en conflicto á más de uno.

Torturaban de tal manera las imágenes y los pensamientos, que daba horror, y aunque alguna que otra sonrisa apareciese en los labios de alguno que las oía , no se daban por entendidas y seguían impertérritas diciendo cada disparate más grande que un Templo.

Se ofrecía hablar del tiempo, pues salía á lucir

toda la mitología; llovía, se abrían las cataratas del cielo para ellas, aunque cayesen solo unas cuantas gotas; si había seca, era un tiempo implacable, insoportable, árido; lucía el sol, pues me le imponían toda clase de epítetos: el rubicundo Febo, el fervoroso, el rosado, el esplendoroso, el hermoso, y otras cosas que acaban en *oso;* se hablaba de la luna, y la llamaban pálida, tenue, cariñosa, tímida, cándida, etc.; de la aurora, la rosada, la blanca, que con su carro de oro asomaba despidiendo rayos; y sería cosa de nunca acabar.

Los objetos más insignificantes tenían nombre adecuado para ellas; la casa que habitaban, era la mansión feliz ó el santuario de la familia; á la sala la llamaban el mentidero oficioso; al comedor, el centro de la alegría; al aposento, el nido de Vénus; á la cocina, el receptáculo, etc. Al café le llamaban el néctar de los dioses; al agua, el licor divino; á la leche, licor lacteo; al vino, el sumo de la vida, etc.

Se trataba de algún accidente imprevisto ó accidental: lo clasificaban de fenomenal, piramidal, extemporáneo. Para significar algo hermoso, de sublime, esplendente; para lo feo, de repelente, espantable, etc., etc. Para la juventud, la primaveral edad; para la vejez, la horripilante senectud.

Era, en fin, toda una jerigonza de palabras retumbantes, rimbombantes, la que lucía aquella familia en su conversación.

«Hoy Febo luce todos sus esplendores,» decían si había un lindo día.

«¿Y cómo lo trata á usted la veleidosa y voluble fortuna? ¿Se siente satisfactoriamente satisfecho de su salud?» le decían al que iba á visitarlas.

«¿Quiere ser usted el caballero andante de la virtud, ó se entrega á la concupiscencia?»

Y así ensartaban cuanto dislate podemos imaginarnos, y era cosa de tener que refrenar mucho la risa, pues de no se comprometía cualquiera con oir tanto y tanto disparate.

EL PADRE ALBORNOZ

Era en tiempos de la buena España, el padre Albornoz, más conocido que la ruda. No habia beato ni beata, más éstas que los primeros, que no supieran quién era; para todo el padre Albornoz era necesario; se entiende para cosas espirituales, pues para las materiales él se bastaba, pues que era un gastrónomo de esos que como Heliogábalo, engullen cuanto pueden y que nunca están satisfechos. Tenía, pues, fama muy renombrada de ser un bonachón de primera fuerza, como buen hombre gastrónomo que era, y en el convento de franciscanos, donde se albergaba su humanidad, era el respetable *factótum*, diremos así, para todo. Se tratara de grandes fiestas como de cualquier detalle, por más insignificante, el padre Albornoz tenía que ver en todo y por todo.

Tenía entre otras dotes, un carácter seráfico, y lo consideraban un santo bendito, la rara virtud de curar, sin más que quererlo, las enfermedades más

incurables, y se contaban miles de verdaderos milagros que había hecho, mejorando enfermos deshauciados y levantando muertos. Pero para que este bendito padre se decidiese á hacer esas curas, era preciso hacer algo contrario á lo del *Médico á palos* de Moliere; no se conseguía nada de aquel reverendo, si no lo convidaban á comer algún plato de aquellos que más le gustaban, como una cacerola de buen bacalao, ó bien una raya con *aliole*, y que acompañado con vino bueno y excelente español, se le presentaba y comía generalmente toda una cazuela entera. Entonces se decidía su paternidad á ver al enfermo y á curarlo, porque era lo mismo verlo que curarlo, y de aquí que lo considerasen como un santo varón que debía ir calzado y vestido al cielo. Pero no sabemos por qué el reverendo prior del convento hubo de notar algo que no era muy bueno, ni que se ajustaba á las ordenanzas y reglas de la Orden, y amonestó á Albornoz; pues parece que su celda siempre estaba con luz y se sentían voces que no eran de frailes, y le mandó decir por el lego lo siguiente:

Dirás al padre Albornoz,
Que en sonando la oración,
Y poniéndose su capuz,
No haga ruido y no tenga luz
Y que rece con devoción.

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

La celebridad de este convento en tiempos de la madre patria, fué inmensa para este pueblo. Los reverendos franciscanos gozaban de una gran fama de hombres de saber y de inteligencia, y no dejaron de contribuir en mucho para el desarrollo de la instrucción, que aunque era limitada, no por eso dejaba de ser sólida, y nuestros grandes hombres allí bebieron las primeras inspiraciones del saber, pues casi todos los que sobresalieron, fueron educados en aquel convento.

Fray Cirilo Almada, cuya celebridad se aumentó después en Europa, fué el editor de la *Gaceta de Montevideo*, que se imprimía en el convento, y que con ciertas limitaciones y restricciones propias de aquellos tiempos, que España imprimía en todo, no dejó de distribuir alguna luz en las obscuridades de atraso en que vivía este pueblo, como todos en los que dominaba España, é imprimía su política refractaria á todo progreso, á toda independencia y á toda libertad.

¡Qué vida no pasaban aquellos reverendos padres!...

Nos parece verlos, gordos, rechonchos, paseándose por los vastos corredores de su convento, sin aflicciones, ni celo, ni penas, sin nada en fin que los mortificase; entregados á sus rezos únicamente y á cumplir la disciplina de su Orden; ajenos á todas las veleidades del mundo, á todas las tristes decepciones de la vida; sin sufrimientos, sin desengaños por la lucha por la existencia, en que tenemos, los que no nos encerramos entre los muros de un convento ó entre cuatro paredes, continuamente que experimentar, á cada momento y á cada paso, poniendo á prueba nuestra fuerza moral y material, cayendo los débiles, los pobres de espíritu y los que no tienen bastante energía y valor para soportar todos los embates de la mala fortuna, de los contratiempos, de la adversidad, con que el mundo sella todos los actos de la vida de los que andamos por este mundo de engaños, de decepciones y de desengaños.

Sabemos que la Orden de los franciscanos nunca fué demasiado exigente en cuanto á las prácticas religiosas, y no son tan fanáticos como los dominicos, cartujos y otras Órdenes, no hablando de la famosa Compañía de Jesús, porque esa ya se conoce bien y no hay para qué hablar; así es que la instalación y

permanencia en el país de ese convento, en nada alteró la buena cordialidad con sus feligreses, y aun más, se mantenían en un pie afectuosísimo las buenas relaciones entre frailes y vecinos.

Daban frecuentes fiestas religiosas, y la del día del patrono, duraba siete días, en donde había abundancia de todo; se servía chocolate ¡y qué chocolate! de chuparse los dedos, dulces, vinos, etc.; en fin, echaban las puertas por las ventanas, como dican vulgarmente; habia fuegos de artificio á la noche, después de la gran función que con toda pompa tenía lugar en la Iglesia, y de la procesión á que concurrían todas las autoridades.

El gobierno patrio hizo cesar la Orden, se apoderó del convento y de todas sus pertenencias, y los reverendos franciscanos no tuvieron más remedio que inclinarse y resignarse á verse despojados y lanzados á la calle por un abuso de fuerza, pues que con el nombre de libertad y de progreso se cometen muchas fechorías.

LAS CHORREADAS

Había unas jóvenes, allá por los buenos tiempos de marras, que fueron conocidas por ese sobrenombre. La verdad es que entonces todos tenían mote, como dice don Frutos el del *Pelo de la dehesa,* de Bretón de los Herreros:

«En mi tierra todos tienen mote,
Tío Perico, tío Tozuelo,
Tío Lechuga, tío Perote.»

. . . . . .

El caso es que á esa familia no se la conocía sino por ese sobrenombre, y era que todas eran tan negligentes que no se cuidaban de limpiarse cuanta mancha tenían en sus trajes. Los mozos que las visitaban, se reían en grande al verlas muy peripuestas y con cada mancha que era una atrocidad; y sin darse cuenta del beneficio que daban, se quedaban muy serias, recibiendo visitas y no ocupándose para nada de las señales grasientas que tenían

estampadas en el traje, y que hacían una especie de salpicado de todos colores.

Cuentan que uno de los que festejaban á aquellas muchachas, que no por ser sucias dejaban de ser graciosas, á una que era la mejor parecida, le quiso imponer que pusiera más cuidado en su traje, pues que era señal de indolencia, de abandono y aun de falta de amor propio aquel descuido; pues fué lo bastante para romper su compromiso y no querer ya nunca saber de él. Es que se habían connaturalizado en vivir así y creían que era la cosa más natural del mundo presentarse con cada lamparón en sus trajes que daba miedo, y que era como para que les disparase todo el mundo, pues era aquella prueba manifiesta de una falta de limpieza completa. Y sin embargo, á pesar de esto, se casaron, cuando invadieron los portugueses el país, pues como estos buenos patricios no se andaban en muchos pelillos para tener esposa, no tenían muchos escrúpulos para casarse con cuanta mujer había, buena ó mala, linda ó fea, vieja ó joven, en este pueblo, y así les tocó la suerte á las *chorreadas* también de no quedarse para vestir santos, y una de ellas se casó con un portugués llamado Vilaza.

LA FONDA DE LA GALLEGA

Así como hubo en aquellos buenos tiempos de España, un café celebérrimo del tuerto Adrián, que hemos ya descrito, hubo también, entre otras casas célebres, un negocio de hostería que gozó de gran fama y que fué conocida por «fonda de la gallega».

¿Y saben ustedes por qué? Pues nada menos que porque nadie era capaz de hacer una cazuela de bacalao, de raya ó de lenguado, mejor que la gallega, y que según nuestros padres, era cosa de chuparse los dedos. De lejos no más se sentía el olor é incitaba á comer á la gente y se le hacía la boca agua á todos los aficionados á platos buenos y suculentos, y nadie se desdeñaba de entrar en la fonda de la gallega, en donde existía un republicanismo completo, pues la marinería tenía su punto de reunión allí, pues quedaba en la plazoleta denominada del «muelle viejo», y por consiguiente, cerca del mar; de ahí que fuera muy concurrida por la gente cruda de pelo en pecho, que huele á aguar-

diente y á brea. ¡Cómo habría allí de escenas pornográficas con aquellos parroquianos! La verdad es que la gente comía bien y se divertía mejor en aquel tiempo, y que no se andaba en reparos para entrar á cualquier mesón á echar un buen trago, y bien podían decir como el poeta:

« Si es ó no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fué
La invención de la taberna.
Porque llegar allí sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bébolo,
Págolo y voyme contento. »

Había, pues, una despreocupación completa y no existían tantos reparos como hoy; verdad que era bastante ser honrado, y lo demás poco importaba. No por entrar en un café, ó en la taberna, ó en un fondín de mala muerte, nos va á hacer mejor ó peor de lo que somos; esa es la verdad, pero si hay algunos hoy que lo creen así, en cambio hay muchos que creen que su dignidad se halla comprometida y su reputación también, en ello. ¿Sabes que vi entrar á Fulano en tal parte? Sí; pues si es un perdido que no repara en entrar á una taberna ó en cualquier parte. Y no hay más: corre la voz y adquiere fama

desastrosa el pobre que no anda con los reparos de mirar á donde entra.

Pero con esto nos vamos olvidando de la fonda de la gallega, á quien vamos á describir muy ligeramente. Figúrense una de aquellas manolas de Madrid, de garbo, una de aquellas barbianas de los barrios bajos, que mitad hembras y mitad machos, son capaces de soplar al más pintado unas verdades de á puño y también unas buenas cachetadas.

La popularidad de la fonda de la gallega fué no menos que por las buenas cazuelas de pescado que se hacían, sino también porque la gallega era lo que se llama entre la gente de bronce, una real moza.

Era alta, robusta, de buena presencia, airosa, como que tenía buena sangre española, trigueña, ojos negros; en fin, era lo que se podía llamar bien parecida.

Así es que no sólo iban á comer rico bacalao y tomar buen vino, sino que iban á recrear la vista viendo á la gallega, que era lo más campechana del mundo, y desde que ya lo veía á uno, era como si toda la vida lo hubiese tratado.

«Vamos á lo de la gallega», era la orden del día entonces, así como hoy se dice: «vamos al hotel de las Pirámides, ó á la Rotisserie». ¡Qué cazuelas aquellas tan renombradas! ¡Qué fama mejor adquirida! Cada cual se hace célebre en cualquier cosa y

no es lo menos mal hacerse por la bucólica, ó por quien nos satisfaga nuestro buen apetito, y en esto, nuestros padres le tenian eterna gratitud y buen recuerdo á la famosa gallega que tanto placer al estómago y al paladar les proporcionó.

Aun alcancé yo su fama, aunque ya no existía la gallega ni su fonda, y oía hablar con gran entusiasmo de aquellas cazuelas de pescado que hacía y que nadie entonces, ni después, ha superado, según opinión general.

Hubo en aquella casa un suceso lamentable que también recuerda á la gallega, y fué un asesinato horrible cometido en un capitán de marina llamado Fortes, que se había casado con una hija de aquélla.

Una noche, al doblar una esquina de la plazoleta del muelle viejo, donde existía la fonda, uno que lo acechaba, le hundió un puñal en la espalda y desapareció sin que nunca se supiera quién fué.

Fortes no dijo ni ¡ay! y cayó redondo casi á la misma puerta de su casa, muerto.

Algunas desavenencias que tenía con su suegra y su mujer, hicieron creer que podían haber sido ellas las que lo habían mandado asesinar, y fueron presas; estuvieron muy comprometidas en aquel crimen, y después de mucho tiempo pudieron, á duras penas, verse libres, y lo que hubo de más curioso, es que estando en la prisión la que fué es-

posa de Fortes, salió casándose por segunda vez con uno de los oficiales que hacían la guardia de la cárcel.

UNA HEROÍNA ORIENTAL

Refieren las crónicas, que en tiempos de la invasión portuguesa á este territorio, uno de los generales contrajo nupcias con una hija del país, como tantos otros.

Cuando tuvo lugar la desocupación, su consorte, como era natural, lo siguió, pues es sabido que la mujer sigue á su esposo; y en las guerras que Portugal tuvo que sostener contra los imperiales de Napoleón, á aquel general le fué encomendada una acción de armas. Su esposa lo acompañó á aquella campaña, y al lado suyo, montada en brioso corcel, exponía su pecho á todos los azares de la batalla, cuando su marido es herido por una bala que lo arroja del caballo y queda el ejército sin jefe. La batalla se ve comprometida por esto, y los soldados se amilanan, pues se sabe bien el efecto moral que produce un acontecimiento de esa naturaleza en el ánimo de los soldados y se expone á perderse.

Entonces, aquella valiente oriental, se pone al frente del ejército, les da el ejemplo de afrontar el peligro, y á la cabeza de aquellos soldados, triunfa del enemigo, que es derrotado completamente.

Aquella acción le mereció grandes honores y distinciones, y el reconocimiento de la nación portuguesa, que salvó su honor en aquella batalla, por el ánimo valeroso de una mujer.

Esa heroína verdadera, se llamaba Dolores Berbesé, y su nombre está grabado y figura entre las grandes heroínas dignas, como una Juana de Arco, una Juana Hachette, y tantas otras que fueron grandes porque salvaron su patria.

No hemos podido dejar de citar este hecho heroico, pues que tal vez para muchos era desconocido, y ya saben ustedes que hemos tenido una mujer oriental que fué la heroína que salvó el desenlace de una gran acción, poniéndose al frente de un ejército y dando ejemplo de un valor á toda prueba, y saludándola el triunfo de la victoria cuando amenazaba perderse todo en el campo de batalla.

UNA BALA ALEVE

Cuando el sitio de Artigas á esta plaza y la de los porteños también, en la guerra contra los españoles, á los que no llamaban más que godos, se divertían unos y otros en estar ametrallándose día y noche: los de afuera y los de adentro, á cada momento, sino hubiese sido que causaron algunas desgracias lamentables, pues de las más, ninguna bala daba en el blanco, y por cien acertaban una. Pero se entretenían en estarse cambiando balas de cañón y granadas, y tanto se abusaba de aquello que, como dice Figueroa en su «Diario Histórico», refiriéndose al poco caso que ya les hacían:

«Durante todo el día los contrarios,
A la plaza acometen varias veces,
Mas Quijano y Rodríguez con sus fuegos
Del puerto y ciudadela los rechazan.
Sin causar muerte alguna, por la noche,
Arroja el sitiador ocho granadas,
Que ya hasta las mujeres sin pavura
Cual fuegos de artificio contemplaban.»

Pero no siempre fué así, y él mismo entre otros episodios jocosos, cita el siguiente:

«El cuaresmal sermón de San Francisco
Acabó en confusión y gritos fieros,
Pues plugo al sitiador mandar diez balas
Con fija dirección hacia aquel Templo...
«Hijos! no hay que temer... Dios nos escuda!»
Gritaba con fervor el misionero;
Mas silba una redonda, y el buen padre
Desconfió del escudo y saltó al suelo,
Cual gallinas se agitan bulliciosas
Cuando un gato atraviesa el gallinero,
Así en revolución, y aun cacareando,
Salta y corre el crecido mujeriego.»

El caso que vamos á referir, fué algo de lo más tremendo, una verdadera desgracia, la más lamentable posible, producida por una de esas hirientes balas que arrojaban desde el campamento sitiador, que vino á producir el luto y la consternación en el seno de una familia, con la circunstancia de que cortó el hilo de la existencia de una joven que debía contraer ese mismo día nupcias, y que estando al lado de quien había de ser su consorte, en la mesa, en medio de la alegría, de las luces y de los manjares, cortó de pronto el hilo de su existencia, y entrando por una ventana y penetrando por ella le arrancó la cabeza y llenó con su sangre la mesa

y de consternación y espanto como era consiguiente á todos, quedando en un instante cadáver, la que momentos antes llenaba toda la mesa con sus gracias.

Fué verdaderamente casual aquello, y que horrorizó á todos; venir á arrancar la cabeza y dar muerte á aquella joven una bala en medio de una fiesta de familia, y en momentos que debía casarse.

La familia á que pertenecía, era la de don Francisco Magariños, que fué muy opuesta á la revolución y que atribuyeron á eso aquella gran desgracia, sacando partido de cosas que no tienen nada que ver, pues aquello no fué más que un hecho casual y muy lamentable bien ciertamente.

¡Cuán distante estaría aquella desgraciada joven, que había de tener tan horrible fin, cuando llena estaría llena su alma de todas las ilusiones de casarse con quien amaba!...

EL HUECO DE LA CRUZ

Hay lugares siniestros en los pueblos, que están rodeados de pavor y misterio, que atemorizan á la gente y que al pronunciar su nombre sólo, ya les tiemblan las carnes á los timoratos y á los pobres de espíritu.

Esto sucedió con aquel lugar llamado el «hueco de la cruz». Allí se había encontrado á un hombre asesinado, en tiempos de España, y allí mismo se le había enterrado y se le había puesto una cruz.

Después, como la superstición es común entre el pueblo, dieron en decir que vagaba el alma del finado por aquellos sitios, y que se veían allí cosas de hacer parar los pelos al más pintado; escenas de muertos, bailes macabros, luces fosforecentes, ahullidos de perros, ruidos extraños y cuanta cosa horrible imaginarse pudiera.

No sabían cómo conjurar todo aquello, hasta que á un vecino se le ocurrió poner remedio á esto, y que gozara paz aquella alma atormentada, y le

hizo edificar un pequeño nicho en el mismo sitio, poner una Virgen y encender una lámpara que la iluminase día y noche. Pues esto fué lo bastante para que como por encanto todo aquello desapareciese y ya no se viese ninguna luz, ni se sintiese ningún ruido, ni vagase ánima alguna en aquellas soledades. Pero antes de colocarse aquel nicho, hubo que regar con agua bendita todo ese sitio, bendecirlo y pedir que á aquella alma impenitente que vagaba por allí, le fuese concedido el perdón de sus pecados, y con tal motivo hubo una ceremonia de las que abundaban en aquellos tiempos de fe, y revestidos algunos curas fueron en procesión hasta aquel lugar, rodeados de gran pueblo y allí pronunciaron el *vade retro Satanás* y otros latinajos, roseados de agua bendita, con los que hicieron huir todos los espíritus maléficos habidos y por haber que campeaban por sus respetos en aquel lugar, y tenían atemorizados á todos.

OTRAS AVENTURAS DE OTRO JUAN SOLDADO

Así como hubo en España un ser real ó imaginario que llamaron Juan Soldado, lo hubo aquí también, de quien se cuentan cosas tan extraordinarias y estupendas que más no pueden ser, y que en mi niñez me referían algunos de los fieles y viejos servidores de la casa.

Entre las muchas cosas que recuerdo haber oído de este personaje, es el de haber ido y vuelto después del otro mundo, con su traje de soldado, haber recorrido el cielo, el purgatorio y el infierno; haberse visto con San Pedro y conversar en grande con él, ponerse de acuerdo para poder ir y venir cuando se le antojase y establecer una especie de comunicación entre ambos.

Las proezas de Juan Soldado rayan en lo increíble, y ya se ve, como tenía inmunidades inmensas, debían ser tan extraordinarias que pasmasen á las gentes y dejasen un imperecedero recuerdo.

Él solo derrotaba ejércitos, hacía y deshacía, se

metía en las más escabrosas empresas y salía sano y salvo. Entre los grandes despropósitos que se contaban de él, se refiere que una vez que lo creian muerto y encerrado en su ataúd, se le vistió con su uniforme y se le puso su fusil al lado y oficiándosele la misa de difuntos, rompió la tapa de pronto y se incorporó, y parándose, presentó armas cuando oficiaba el sacerdote. Es inútil decir que éste y todos los que asistían á esta ceremonia fúnebre, echaron á correr asustados de aquello, y que por más que Juan Soldado les gritaba que se parasen, fué inútil, y por más que corría más volaban ellos; tal fué el susto mayúsculo que recibieron.

Parece que llevaba todas las noticias que pasaban por este planeta á San Pedro.

—¿Qué tal andan por allá? le preguntaba.

—Mal, muy mal, se quejan mucho.

—¿De qué?

—De todo.

—Esa es la condición de todos ustedes los humanos; nunca están contentos con nada.

—¿Y de tu tierra, qué me dices?

—¿Qué le he de decir?

—Siempre los mismos, ¿no es verdad?

—Así es; aquello anda siempre al revés; la prueba es que tienen una esquina redonda y un arroyo seco y que como decía un inglés, dos y tres no son cinco allí.

—La verdad que es una lástima, pero tienen tus paisanos la culpa. En el gran congreso de las naciones que el Padre Eterno presidió y en que asignó tanto á tu tierra, buen clima, tierra fértil, posición ventajosa, riquezas, bellas mujeres, etc., le tocó en lote también tener malos gobernantes, y más que esto, vivir desunidos.

—Así es; nunca están de acuerdo con nada ni nadie. Y dígame, pues, no es poca lotería la que le cayó á mi tierra, que más le valiera no haberle concedido tanto, ¿durará siempre ese estado?

—Hasta que Dios quiera.

—Pues ya, señor San Pedro, podemos esperar.

—No, hombre, no seas tan desconfiado, pues no ha de ser hasta el dia del juicio.

—Allá entonces me las aguarden mis paisanos.

EL CAFÉ DEL AGUA SUCIA

¿Quién no ha oido hablar de este célebre café?

Su fama ha llegado hasta hace muy poco y se ha ido perdiendo como todo en el mundo, pues hace años que dejó de existir, y ya no se sirve café de agua sucia, á lo menos que sepamos, en ninguna otra parte, salvo que podría ser muy bien que hubiera creado fama sin razón y que se hubiera servido buen café, y que en otras partes, sin tal fama, nos sirvan café de achicoria ó de garbanzos, y no haya muchos escrúpulos en usar cualquier agua, buena ó mala, y como tienen su reputación muy bien sentada, nada les haga mella, y nos hagan tragar cada droga, sin saberlo, que sea como para reventar.

El celebérrimo café citado, existía en la esquina de Sarandí y Cámaras, frente á la Plaza Constitución, y á pesar del poco halagüeño nombre que tenía, era el más concurrido. La gente se había acostumbrado á ir allí y se había aclimatado á to-

mar café de agua sucia; es decir, ciertos prójimos, porque no todos tienen los mismos escrúpulos y, hay gente que así como tienen manga ancha para muchas cosas, no andan con muchos reparos ni hacen muchos ascos á lo que comen ó beben.

Allí no sólo se tomaba café *non sancto*, sino que se jugaba á la malilla, á la lotería de cartones que atraia á cuanto vejestorio había, para pasar las horas de la noche, y ganaban algunos vintenes, cuando no salían pelados y sin un cobre, y también tenían aquel recinto como punto de reunión para hablar de negocios ó de política, que siempre ó casi siempre los cafés sirven para ello.

El nombre y popularidad del «Café del agua sucia» lo debía todo á su primer dueño, ó mejor dicho á su fundador. Éste era un español que se prodigaba en grado extremo para agradar. No había detalle en que no estuviese; todo lo relativo al buen servicio, era atendido por él con escrupulosidad, y salvo las condiciones del buen café que se servía en su casa, era en todo lo demás, para aquellos tiempos, inmejorable. Tenía el achaque de hablar hasta por los codos, pues que era andaluz, y cuando empezaba, tenía á sus oyentes sin respirar, pues que nunca concluía, pero lo hacía con tal gracejo y agrado, que entretenía á sus clientes, que se pasaban las horas perdidas oyéndolo ensartar cuentos sobre cuentos.

El café citado, duró largo tiempo, y pasó á manos de diferentes dueños, pero lo que no pasó fué su nombre, que le quedó grabado hasta su desaparición.

Además, aquel café también fué célebre, como el café conocido por el del ruso, posteriormente, pues fué centro de conspiración. Allí se reunía la gente descontenta contra los gobiernos, en las horas de la noche y se tramaban las revueltas que eran tan frecuentes en los tiempos de antaño, y que por *quitame allá...* echaban por tierra las autoridades.

Allí se veían las caras siniestras de los que se ocultaban á los ojos de la policía, y que andaban á escondidas y á las altas horas de la noche, como aves de mal agüero.

LA ESQUINA DEL HACHA Y LA DEL ÁNIMA

«No pases mi vida,
No pases mi ñata,
Por aquella esquinita
Que llaman esquina del Hacha.»
. . . . . .

Esto cantaban en aquellos famosos tiempos, con guitarras y bandurrias, todos los mocitos que andaban por los barrios bajos encendiendo corazones y buscando camorras.

Esta célebre esquina del Hacha había sido teatro de un horrible asesinato: á un pobre hombre que tenía un negocio de pulpería, lo mataron allí con un hacha algunos ladrones, y sus parientes, que siguieron con el negocio, hicieron pintar en la puerta un hacha; de ahí provino su nombre.

Pero quedó por mucho tiempo el recuerdo horrible de aquel crimen, y la gente supersticiosa, que abundaba en aquellos tiempos, creía que por aquel sitio vagaba el alma del pobre muerto.

La esquina del Anima también fué teatro de otro crimen: un asesinato alevoso fué llevado á cabo una noche, en un buen hombre, en aquel paraje, que quedaba en las calles Maciel y Wáshington, entonces San Diego y Santo Tomás, y alguno de su familia hizo construir un nicho en la pared y puso una figura, que representaba un ánima en pena, que era alumbrada todas las noches, y que tenía su correspondiente alcancía.

No había nadie que pasase por allí en aquellos buenos tiempos, que no se sacase el sombrero, se persignase y dijera alguna oración, y si tenía posibles, como antiguamente decían, no echara una limosna al ánima que estaba en pena.

En todas partes donde se había cometido algún crimen, ponían algo para recordar, como se puede ver el hecho: ya una cruz ó alguna otra enseña, y entre los recuerdos de ellas, se nos viene á la memoria la siguiente inscripción que había en la pared de una casa:

« Aquí mataron á un hombre,
Con un acero cruel
Que el corazón le partió:
Roguemos á Dios por él. »

EL CRISTO

Rodeado de todo el respeto que siempre infunde una imagen, y mucho más en medio del camino, en un lugar aislado y que no era casi transitado, en los tiempos en que fué erigido aquel Cristo, trabajado en piedra, se presentaba á todos los presentes que se aproximaban á aquel lugar, y aun hoy que los tiempos han adelantado y está todo poblado por su alrededor, mírase con veneración, y pocos hay que no se descubran ante aquella capilla, al pasar.

Ese Cristo fué hecho colocar donde se encuentra, por dos hermanos catalanes llamados José y Luis Fernández, que tenían un negocio en aquel paraje, y tuvieron por devoción hacerle poner una luz todas las noches en un farol que colgaba del nicho.

¡Cuántas veces aquella luz habrá dado margen á creer en alguna ánima en pena, en aquella época de supersticiones, y á cuántos pobres desvalidos no habrá aquella capilla del Cristo, aislada, en medio

de un camino, servido de amparo, y á más de un extraviado viajero de guia, cuando estaba todo aquello desierto y en ruinas, y todos los edificios habían sido destruídos en la guerra grande! ¡De cuántas escenas sangrientas no habrá sido testigo, no sólo en la acción de los ingleses que tuvo lugar allí, como en las luchas fratricidas! ¡Cuántas promesas se habrán hecho ante ese Cristo, por muchos que implorando su protección habrán, de verdad, pedido alivio á sus males, ó á los sufrimientos de algún ser querido, y debió tal vez haber hecho y realizado muchos de los que llaman milagros, pues hasta hace muy poco ostentaba aquella capilla, por todas partes, corazones, piernas, ojos, brazos y figuras de plata, colgados alrededor de aquel Cristo, que han desaparecido, no sabemos si furtivamente ó bien si han sido recogidos por algún encargado de cuidarla.

Siempre recordaremos á una pobre mujer que de rodillas y con los brazos abiertos, rezaba ante aquella imagen, y que cuando iba á mi quinta, veía al pasar; detenía el caballo, y sacándome el sombrero, me bajaba y me ponía á contemplar la devoción de aquella pobre mujer.

Tantas veces la encontré y ella me vió, que fijándose al fin en mí, me reconoció ya como una cara conocida y se puso á hablar conmigo.

—Habrá usted visto, caballerito, me dijo, pues

entonces yo era muy joven, que siempre me encuentra usted implorando la clemencia de Dios.

—Sí, le contesté; la veo á usted siempre.

—Pues bien; ¿debe usted suponer que soy bien desgraciada?

—Sí, cuando se implora la protección divina, es porque uno no es feliz.

—Ah! señorito, si supiese las hondas penas que atormentan á este pobre corazón, si pudiera leer en él cuánto ha sufrido y cuánto sufre, vería usted que soy la persona más desgraciada del mundo!

Traté de indagar en qué consistía la aflicción de aquella desventurada, pero nunca alcancé á saberlo, y después no la vi más y no sé si se habría muerto ó qué se había hecho.

Pero lo más curioso de aquel Cristo, y esto debe señalarse como un verdadero milagro, es, que en todo el tiempo de la guerra grande, como llamaban al sitio de los nueve años y meses, en medio de la lucha diaria de aquel lugar era teatro, en que se batían con encarnizamiento; que todo se destruyó por todas partes, casas, quintas y cuanto había, y se arrasó todo, aquella capilla fué respetada y quedó en pie, á pesar de que por todos lados estaba acribillada de balas. Una bala de cañón le había llevado un pilar; otra le había torcido la cruz que tenía en la cúspide, y en fin, por todas partes no se

veían más que agujeros de balas; verdad es que se cruzaban en aquel paraje como granizada, cuando habían ataques, que era casi siempre. Pero lo más extraordinario es, que á la imagen de Cristo no alcanzó á tocarla ninguna bala, quedando intacta, como aun puede verse.

EL DOCTOR MANDUTI

En aquellos famosos tiempos en que figuraban celebridades tan populares como la del doctor Manduti, nadie se enfermaba seriamente sino para morirse, pues como todo tiene término en la vida, la humanidad debe pagar su tributo á la naturaleza.

Verdad es, que se hacía vida sobria, no se andaba como ahora á la pesca de emociones fuertes y deleites, y las pasiones eran sumamente tranquilas. Así es que, los médicos, poco tenían que hacer, y aunque no se morían de hambre, poca mosca, como dicen, recibían; y la verdad es, que á pocos tenían que despachar para el otro mundo, pues era Montevideo de muy diminuta población, y con tres ó cuatro medicastros tenía más que suficiente, pues era prueba de su buena salud, porque se sabe bien que donde hay muchos médicos, hay muchos enfermos, y cuantos menos hay de ellos, hay menos entierros.

Manduti tuvo su época de renombre y apogeo en esta benemérita ciudad de Montevideo; la verdad

es, que no era como aquel *célebre doctor Rellenos, que con sus enfermos tenía dos cementerios llenos,* pues curaba con remedios sencillos, más bien dicho, vulgarmente llamados caseros, y las boticas poco negocio hacían en aquellos tiempos, pues pocas recetas se despachaban, y sanaban todos los que no se morían, ó les había llegado la hora suprema de irse por la posta al otro barrio, del que nadie vuelve, como sabemos.

Manduti era un hombre alto, grueso, muy encarnado ó de un color rojo subido, pues parecía que su cara brotaba sangre; iba vestido de negro siempre, usaba un galerón tremendo, guantes y un bastón con puño de oro.

Á caballo, pues en aquellos tiempos no había más que dos ó tres carruajes, uno del Gobierno, otro de mi abuelo y otro de Zamora, se manejaba para hacer sus visitas, que siempre hacía por las mañanas, y después se retiraba á descansar.

Era algo escritor y dió á luz un método curativo de todas las enfermedades, y un tratado sobre las flemas. No sabemos qué importancia científicamente pudieran tener esos trabajos, pero revelan algún estudio y conocimientos no vulgares.

UNA FUMADA

AL ILUSTRE RESTAURADOR DE LAS LEYES

No hay nada que pueda dar una idea de la humillación en que estaban sumidos nuestros hermanos los argentinos durante la dominación tiránica de Rosas.

Poco es decir, que ni á un semidiós le habrían hecho tantas demostraciones de verdadero servilismo, para que aun las señoras tiraran de su carruaje y llevaran su retrato en andas y lo colocaran en la Catedral, en el altar mayor, y basta sólo esto para dar una idea de lo que no harian por demostrar simpatías al ilustre restaurador de las leyes.

La verdad es, que Rosas hizo lo que quiso en el largo período de su dominación, que alcanzó á más de veinte años, y gobernó como le dió la gana, y aunque tenia Cámaras y presentaba su renuncia todos los años, porque no podía ya con el peso y responsabilidad del poder, buen cuidado tenían de no admitírsela, y le rogaban encarecidamente que si-

guiese haciendo el sacrificio de gobernar por el bien de la patria argentina.

Como siempre casi sucede en aquel sistema de gobierno en que lo arbitrario estaba á la orden del día y que todo dependía de la omnipotente y férrea voluntad de don Juan Manuel, había notas cómicas verdaderamente, que contrastaban con las violencias y crímenes que se cometieron entonces, que infundían el pavor y el miedo entre todos los habitantes de Buenos Aires y de las provincias, pues no era para menos, con las fechorías que hacía la famosa sociedad de la *Mazorca,* para tener siempre pendiente de un hilo la muerte sobre todos, y que entre otras cosas hacía expender cabezas de degollados en carros de duraznos ó en carnicerías, ó aparecían ensartadas hasta en las lanzas de la columna de la plaza Victoria, para infundir el miedo y el terror.

Pero en medio de estas escenas tremendas, había tanto de grotesco y tanto de cómico en las cosas de la santa federación de Rosas, que había para reir en grande.

Don Juan Manuel de Rosas quiso á todo trance humillar á sus enemigos, y lo consiguió; lo quiso también con los extranjeros, y también lo consiguió, pues era esto todo su anhelo ardiente: á un ministro brasilero lo hizo, de uniforme, pasar por la

humillación de ayudar á Manuelita, su hija, á matar un chanchito; á un ministro inglés, de gran gala, le hizo pisar maíz para mazamorra en un mortero; y en fin, sería cosa de nunca acabar. Á don Eusebio, el célebre loco, lo vestía de general y lo mandaba en su reemplazo á representarlo en algún *Tedéum* ó á algún besamanos. Al padre Biguá, un sacerdote, loco también, le hacía decir misa en Palermo y después le hacía también predicar las cosas más disparatadas que se podían imaginar y que le ordenaba Rosas que dijera.

Á nadie le era permitido dejar de usar cintillo y no vestir de colorado, y no empezar sus cartas sino con el lema de «¡Viva la santa federación! ¡Viva el ilustre restaurador de las leyes! ¡Mueran los inmundos, asquerosos salvajes unitarios, enemigos de Dios y de la patria!», pues que se exponía á una solemne paliza, si no era algo peor. A las unitarias que no iban con tamaña moña colorada, se las pegaban con brea, lo que era un verdadero refinamiento de barbarie. Las casas, exteriormente y en el interior, estaban todas pintadas de colorado; la gente vestía de colorado, y como alguien dijo, parecía Buenos Aires el infierno ardiendo en llamas, mezcladas de sangre y lágrimas.

En fin, la humillación era completa, y Rosas podía estar satisfecho de haber conseguido por medio

de su sistema, implantar su régimen oprobioso y dominar aquel gran pueblo de grandes caracteres, que fué siempre su afán. Se deshizo de todos los que le podían hacer algún mal, de Lavalle, cuyo dramático fin conocemos; de Quiroga, de López, y en fin, de todos los que alguna sombra podían hacerle y poner su poder en jaque.

En medio de esa dominación completa, en medio de ese estado de terror en que nadie osaba respirar fuerte, como dicen, hubo un joven llamado Villegas, que se atrevió á burlar á Rosas y á jugarle una mala partida. Y nada menos era la broma que cobrar una fuerte cantidad con la firma del tirano. Y puso en planta su obra: se embarcó en Montevideo en una balandra y se dirigió á Buenos Aires para ese objeto.

Era preciso hacerse cargo bien de lo que era Buenos Aires entonces, donde el terror y el miedo á Rosas era cosa que imprimía en todos una especie de espanto.

Así es que el proyecto de aquel joven era una cosa más que audaz, pues iba jugando su vida en la temeraria empresa en que se iba á meter.

Llegó á Buenos Aires de noche y se desembarcó en uno de los puntos lejanos del puerto, y al otro día puso en pie su obra: se presentó á la Tesorería General con una orden apócrifa por una fuerte suma,

donde estaba la firma de Rosas, que había tan bien falsificado, que el tesorero inmediatamente pagó, pues las órdenes del tirano eran cumplidas en el acto. Pero no por esto dejó de extrañar algo el tesorero, y en seguida fué á dar cuenta de que había sido paga aquella orden, al mismo Rosas. Éste, que no tenía conocimiento alguno, se sorprendió, y le manifestó que no había dado ninguna orden de pago y menos por tan crecida cantidad. Pidió el documento, que le entregó el tesorero, y vió entonces su firma tan bien imitada que no podía estarlo mejor, y entonces comprendió que aquello había sido una estafa verdadera, é inmediatamente dió órdenes terminantes que buscaran á todo trance al falsificador. Se pusieron todos en su busca y no daban con él: se impacientaba Rosas y amenazaba con castigos severos si no se lo traían vivo ó muerto, hasta que perdidas todas las esperanzas de capturarlo, al otro día el dueño de una casa donde se hospedaba, vino á denunciarlo, y entonces cayó en manos de la autoridad.

El haberse dejado estar esa noche del suceso fué la causa de su perdición, y el que la fumada no la hubiera logrado por completo, pues que si se embarca inmediatamente, la hubiera realizado, infiriendo unabur la sangrienta al ilustre restaurador.

Inútil es decir, que pagó cara su osadía, pues fué

fusilado inmediatamente, porque Rosas para eso se pintaba solo, y no andaba con muchos escrúpulos para mandar despachar á cualquier projimo al otro mundo.

FUSILADO POR MI ORDEN

Uno de los hechos más tremendos é injustificables que registran los anales de sangre de las luchas fratricidas en estos países, fué sin duda el fusilamiento del General don Manuel Dorrego, Gobernador de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por orden del General don Juan Lavalle.

El General Dorrego que había servido á su patria con abnegación y verdadero entusiasmo; que había propendido á normalizar las funciones de la política, asegurando la paz y moralizando la Administración, que había encontrado en el más deplorable estado al recibirse y hacerse cargo del poder; que, en fin, no había perseguido ni perseguía á nadie por sus opiniones, y que había sido el más grande cooperador de la libertad de este pueblo, en poder entonces de los brasileros, ocupaba un rango superior en la opinión pública antes y después, como lo ocupará siempre en la historia de su país. Dorrego estaba en cuerpo y alma consagrado al bien público; había

tenido y tenía que vencer inmensas dificultades propias, y como consecuencia de la vida borrascosa que había llevado su patria, en medio de la perpetua agitación y de la revuelta en que había vivido; y así es que, todo tenía que resentirse: política, Administración pública y finanzas, de aquel estado embrionario de un país, que tanto había tenido que luchar por su libertad y por ahogar el espíritu de discordia encendido en mal hora desde los albores de su Independencia.

Concluida la campaña contra el Brasil, en la Provincia Oriental, con el lauro de la victoria, el ejército argentino, á las órdenes del General Alvear, volvió á su país, y aun rebosando en entusiasmo por el feliz éxito obtenido, vino á marchitarlo el espíritu de sedición que contra la autoridad de Dorrego encabezó Lavalle ya al pisar la tierra natal.

El 1.º de Diciembre del año 1828, este General se presentó en la plaza de la Victoria, á la cabeza de su regimiento, y echaba por tierra la autoridad de Dorrego. Convocó al pueblo para nombrar Gobernador interino, y reuniéndose en el convento de San Francisco, en número más ó menos de doscientas personas, fué nombrado Lavalle en ese carácter.

En tanto, Dorrego había ganado la campaña, había reunido algunas fuerzas y se disponía á repri-

mir la sedición, lo que hubiera así sucedido, pues todos se disponian á hacer respetar su autoridad, cuando por una de esas extrañas coincidencias que tienen lugar en la historia de los sucesos, vino á producirse una seria divergencia entre algunos de los jefes, y como consecuencia, la sublevación del mayor Acha y Escribano y otros, y apoderándose de Dorrego, se pasaron á la revolución y se lo entregaron á Lavalle.

Éste, sin más ni más, le ordenó que se preparase á morir dentro del término de una hora.

A lo que contestó Dorrego de palabra á quien le había llevado la orden: «Dígale que el Gobernador y Capitán General de la provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, queda enterado de la disposición del señor General.»

Su fusilamiento siguió á la orden, y así se consumó aquel atentado y crimen que no hay nada que justifique y que fué un verdadero asesinato político y que trajo tantas desgracias como consecuencia.

He aquí la célebre nota donde Lavalle daba cuenta de aquella sangrienta medida:

« Navarro, Diciembre 13 de 1828.

« Señor Ministro:

« Participo al gobierno delegado, que el Coronel don Manuel Dorrego acaba de ser fusilado *por mi orden,* al frente de los ejércitos que componen esta división. »

. . . . . .

« Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires que la muerte del Coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacerle en su obsequio.

« *Juan Lavalle.* »

UN PRETENDIENTE PETARDISTA

Cuentan las crónicas, que allá por los tiempos de las disidencias del General Artigas con los porteños, hubieron cosas curiosas, como que siempre las ha habido y las habrá, mientras nos alumbre el sol y haya vida en este planeta, pues la humanidad siempre será la misma. Y una de ellas fué la estupenda ocurrencia de algunos apóstatas de la revolución, de andar de aquí para allá buscando princesas y príncipes para coronarlos en estas regiones, donde, como se sabe, todo respira libertad, aire, cielo y tierra, luz y sol.

Los trabajos de la célebre sociedad secreta titulada *Logia Lautario*, instalada en Buenos Aires, tenia ramificaciones en todas partes, y que tenían por objeto monarquizar á estos pueblos, desencaminando el objeto de la revolución, encontró, como se sabe, en el benemérito General Artigas y en los orientales que seguían su bandera, el irresistible baluarte contra el que tuvieron que luchar y al fin sacrificar para llevar á cabo su temeraria trama.

El vasto y criminal plan de formar una monarquía bajo el nombre de *Reino Unido del Río de la Plata,* en que entrarían los pueblos argentinos, Chile y Perú, había sido hábilmente urdido y preparado, y aunque había fracasado muchas veces por imprevistos sucesos, no por eso se desanimaban ni desmayaban en llevar adelante su empresa.

Las negociaciones con la princesa Doña Carlota, aunque de carácter reservado entonces, fueron después muy luego conocidas, y se puede ver comprobado en las memorias de su secretario Presas, lo que indujo á enviar tropas portuguesas á esta banda, desprendiéndose dicha princesa, para costear esa expedición, hasta de sus alhajas, queriendo imitar con esto á la gran reina Isabel de Castilla, en empresa más colosal.

Posteriormente, la misión de Zarratea á Europa no tenía otro objeto sino trabajar por la monarquía.

La firme idea y contracción de esos trabajos, llevó al directorio de Posadas hasta pretender el desmembramiento de la metrópoli, formando la provincia argentina un reino separado, y para el efecto, se fijaban en el infante Don Francisco de Paula para coronarlo y ponerlo al frente de la monarquía, negociación que fué secundada por el conde de Cabarrus. Más tarde se pensó también en don Manuel Godoy para ofrecerle la corona, lo que quedó sin efecto, por la caída de aquel favorito.

En fin, la víctima de esta trama infernal fué la Banda Oriental, y el elemento que contrarrestaba todos esos proyectos y todas esas mezquinas combinaciones cuanto criminales proyectos, fué el General Artigas, quien, después de haber pugnado y luchado con brazo firme por la Independencia y libertad de su país, que querían encadenar, fué á morir en el ostracismo.

Pueyrredón fué el principal instigador de la ocupación de la Banda Oriental; los historiadores brasileros atribuyen el triste honor de su iniciativa á don Nicolás Herrera, y los argentinos á don Manuel José García, que estaba como enviado extraordinario en Río Janeiro.

La verdad es, dice el historiador General Mitre, que Pueyrredón encontró el hecho establecido y hubo de contemporizar con el mal; que Herrera y García cooperaron más ó menos directamente á su realización.

Sabemos el resultado que al fin consiguieron, que fué el de sujetar á este pueblo al yugo de la esclavitud.

Entre los candidatos para ocupar el trono de la soñada monarquía, hubo un príncipe de Mónaco, que no tenía en qué caerse muerto, y á quien Zarratea conoció en París, y que se adhirió de tal manera al General, que era su sombra. En todas partes lo

encontraba y lo veía y no podía librarse de él; era un insigne petardista, que á cada momento le pedía dinero, probablemente á cuenta de lo que le podría dar el prometido reinado en ciernes. Uno de tantos principillos que tenía muy buenos pergaminos de títulos de nobleza, pero que no tenía un cuarto y que se hallaba arruinado, y que por lo mismo no tenía más que trampas.

LOS GUAPOS DE ANTAÑO

Era, en tiempos antiguos, en estos países, muy común el que hubiera cada tipo de esos que pasan por *guapos,* que nadie había que les tosiese, ni los mirase aun, pues por quítame allá, lo despachaban á uno para el otro mundo. Campeaban por sus respetos en la campaña y se hacían terribles, tanto era así, que la autoridad misma tenía que transigir con ellos, y la imponían, pues eran verdaderos caudillejos; disponían como señores feudales de bienes y haciendas, y de vidas y honras, y se les temía más que á una espada desnuda.

Cuentan que no toleraban rivales, y que cuando uno de esos guapos sabía que otro había hecho tales ó cuales proezas, que merecían, cuando menos, que le dieran cuatro tiros, y que causaban admiración é infundían respeto entre los que lo sabían, iban en su busca á desafiarlo y á pelear con él. Un tal *Santa María* era uno de esos guapos que tenían renombre entre el paisanaje y á quien todos respetaban. Otro,

de igual temple y que pasaba por guapo y valentón, se costeó de Entre-Ríos, atraído por su fama, para medirse con él; y así, sin más ni más, fué á donde se encontraba Santa María á provocarlo y á pelear.

Se convino entre ambos que al día siguiente saldrían de mañana para el campo y que en combate singular decidiría la suerte quién era más valiente de los dos. Y así lo efectuaron: solos llegaron al paraje designado, se prepararon, desenvainaron las dagas, se pusieron, doblado el poncho en el brazo para escudarse y parar los golpes, y empezaron á pelear. Eran dos valentones dignos de mejores hazañas que la de provocarse y medirse por emulación y celos; pelearon con ardor, y nada se habrían hecho, sino fuera que en un descuido de Santa María, su rival le da un tajo en la cara, que es la mayor ofensa que pueda hacérsele al paisano, y entonces, ciego de ira, éste le da una puñalada á su heridor y lo tiende á sus pies muerto.

¡Cuántas de estas escenas no podrían contarse de nuestros guapos, que á cada instante jugaban la vida por menos de nada y que vivían en continua pelea!

SINGULAR MODO DE GOBERNAR

Gobernar, ha dicho un publicista, es poblar; pero aquí, en nuestro país, es despoblar. Desde tiempos atrás se viene practicando toda una marcha de irregularidades y verdaderas anomalías por algunos de nuestros gobernantes, que contrastan hasta con el buen sentido, hasta el punto de que verdaderamente no se puede vivir aquí; y piden que vengan emigrantes para poblar, y cada día hay una gabela más, un nuevo impuesto, una nueva contribución, que pesan sobre el pueblo de una manera tal, que no lo deja adelantar, y que no habiendo equilibrio entre lo que gana y lo que paga, el estranjero se ve en el caso de abandonar el país.

Cuentan que allá por los tiempos pasados hubo un gobernante que se afanaba mucho en que no viniera emigración, porque decía que peligraba la nacionalidad oriental, así como posteriormente y en nuestros días, otro manifestaba que había de ver con alpargatas á los comerciantes, como si pudiera exis-

tir país sin comercio y sin producción : y casi lo consigue.

Lo más curioso del caso es, que aquel gobernante, alarmado con la emigración que afluía á estas playas en busca de mejor fortuna, quería privarles la entrada, y hubo que convencerlo á duras penas que sus temores eran infundados, y que no había por qué tomar medidas para detener la corriente de la emigración, que fecundaría con su labor las fuentes de las riquezas encerradas en nuestro suelo fértil, y daría ensanche al progreso y desarrollo á la industria y al comercio.

A pesar de que dejó sin efecto su resolución, siempre se quedó en su mismo modo de pensar, y no sólo veía una amenaza á nuestra Independencia con la venida de tantos inmigrantes, sino que atribuía todos nuestros males al contacto de la gente que nos llegaba de afuera, que traían todos los vicios de pueblos corrompidos y todas las inmoralidades, según decía, de sociedades perdidas.

Vaya uno por lo otro; verdad es que deseaba un mar de fuego entre la Europa y la América un gran hombre americano, y no es extraño que, entre nosotros hubiera uno que tuviera las ideas que hemos dado á conocer, aunque bien barrocas, bien ciertamente.

UN PLEITISTA SEMPITERNO

Hubo un tipo especial en este pueblo, que tenía hambre y fiebre de pleitear, y que cuando no tenía cuestiones propias, compraba los pleitos para continuarlos por su cuenta.

Era un vasco francés que se llamaba Valentín, dueño de una cancha de pelota que hubo en tiempo atrás en la calle del 18 de Julio, y que como buen vasco, era porfiado, y que cuando se le ponía algo en la cabeza, no había forma de que se la sacasen, ni que cambiara de opinión, pues más fácil hubiera sido remover el Cerro.

No andaba sino por los Juzgados para informarse cómo iban sus pleitos, que según parece, alcanzaban á veinte ó más, según su propia declaración, una vez que encontrando á un amigo le preguntó por el monto de ellos; y gozaba en tenerlos, se entretenía y era una especie de negocio que hacía, en los que en unos salía bien y en otros mal, y cuando no los tenía, andaba aburrido, sin saber qué hacer,

y así vivió y murió pleiteando por entretenimiento y por gusto.

Se había connaturalizado con aquello, tanto como otros que les huyen como á la peste á los pleitos; él no: los buscaba y estaba en su elemento entonces, y andaba de aquí para allí, en Juzgados y en Escribanías, indagando y rebuscando antecedentes, presentando escritos, recibiendo notificaciones, y no se encontraba otra cosa en los estrados que al insigne pleitista don Valentín.

Era un hombre bajo, delgado, de complexión nerviosa, de movimientos rápidos, de cara muy rosada, y á quien se le veía siempre caminando muy ligero con autos y expedientes, llevándolos bajo del brazo.

Encontraba á algún conocido, ¿y quién no lo conocía? se paraba, conversaba un momento, y seguía muy de prisa restregándose las manos, con el semblante alegre y cantando, pues era un ser feliz pleiteando.

EL TIGRE DE LOS LLANOS

No hemos podido prescindir de ocuparnos de algunos de los personajes argentinos, á pesar de que sólo debíamos hacerlo de los hombres y de las cosas de Montevideo, según nuestro propósito, pues hay bastante de qué ocuparse en casa, para pedir nada afuera, como dicen generalmente.

Pero los argentinos son nuestros hermanos: así es, que no hay por qué no considerarlos también como de casa. Vamos á hablar ahora del más célebre caudillo argentino.

¿Quién no ha oído hablar del Tigre de los llanos?

¿Quién no de Facundo Quiroga, que dominaba todo el Sur de Buenos Aires, Mendoza y casi toda la campaña argentina?

¿Quién no de sus hechos, bárbaros los más, algunos nobles, que tan bien ha descrito Sarmiento en la vida de este caudillo, en su obra *Civilización y barbarie,* que es un verdadero estudio concien-

zudo de la época que atravesaban estos pueblos en los tiempos de atraso y de barbarie entonces?

Facundo Quiroga era la encarnación del gaucho; era el prototipo del hombre de acción, mezcla de valiente y de bandido, de rufián y de hombre de bien; capaz de realizar grandes empresas, como bajar á la última esfera del rol de un vil asesino; que hubiera sido un héroe en otro medio, en otro teatro, si hubiera podido desarrollarse en otra sociedad más adelantada, más preparada que la que le ofrecían las numerosas soledades de los campos argentinos y la vasta Pampa.

Vamos á narrar un hecho que lo revela completamente.

En una de esas acciones en que continuamente jugaba la vida, pues que no vivía sino en medio de la pelea, Quiroga, que entraba en la lid empuñando su lanza que daba muerte á donde alcanzaba, sostenida por su pujante brazo, atraviesa á uno de los tantos que hería ó daba muerte. Á lo menos, lo creyó así, pero lo que había atravesado era el poncho del que creía haber herido, y éste, entonces, dando un salto del caballo, se abalanza á Quiroga, monta por la grupa de su caballo y lo toma de atrás y lo deja sin acción. Quiroga forcejeaba por zafarse, pero inútilmente; era un hombre de una fuerza tremenda, que me lo tenía sujeto como en un cinturón de hierro.

En esto ven los ayudantes lo que le pasaba á su jefe, y van á librarlo; quieren matarlo, pero temen hacer mal á Quiroga si erran el golpe, y en estas circunstancias, viendo este caudillo que no podia desasirse de aquel hombre de fuerzas atléticas, le dice:

—Déjame ó mátame.

—Lo dejo, si me promete dejarmela vida.

—Si, te lo prometo.

—¿Me lo jura?

—Te lo juro por el nombre de Quiroga.

—Me basta con eso.

Y entonces lo soltó. Cuando lo hubo soltado, todos se le quisieron ir encima, y lo hubieran hecho pedazos, si Quiroga no les gritase que al primero que tocase á aquel hombre, lo atravesaba con su lanza, y que quería que nadie le hiciese daño.

Como este acto, tiene una porción de hechos que hacen ver que tenia condiciones de hombre de honor, incapaz de faltar á su palabra jamás aquel sanguinario personaje que sembraba el terror y el espanto en la República Argentina, y á quien conocian por el *Tigre de los llanos*.

DON PELEGRÍN

Hubo un célebre personaje que tenía la manía de curarse por el método Raspáil, y que era un fanático admirador de las propiedades del alcanfor, hasta tal punto, que olía de una cuadra á este medicamento. Y no es esto exageración, pues lo llevaba en todos los bolsillos: de la levita, del chaleco y de los pantalones, y hasta lo llevaba colgado del cuello en una bolsita, y se lo ponía en polvo hasta en las medias, pues así creía que se resguardaba de todas las enfermedades habidas y por haber, conocidas y por conocer; en fin, era un famoso y consumado pasionista del alcanfor, más que el mismo Raspáil, que como sabemos, con él pretendía curar todas las enfermedades, y que según su opinión era una especie de « sálvalo todo ».

Don Pelegrín era profesor de piano; era un hombre alto, delgado en extremo, transparente y aun diáfano, pues creemos que el exceso de alcanfor lo había puesto así y lo tenía pasado y descompuesta

la sangre. Habia, con su método, enterrado tres mujeres, pues se habia casado tres veces y las habia reducido á su sistema, pues eso sí, no sólo se administraba el remedio, sino que era un propagandista incansable de él, y en su casa todos estaban sometidos á su régimen, y su familia y utensilios y ropa, y aun mismo sus relaciones estaban impregnadas de alcanfor.

Pelegrín tenía todo su tiempo empleado con sus lecciones de piano; casi todas las muchachas eran sus discípulas. Era una especie de don Basilio, que como él, estaba lleno de resabios y de desconfianzas. Le daba por recelar de todo el mundo y comunicaba sus recelos á cuantos querían oírlo. Más de una vez le oímos hablar de la murmuración con aire de agonizante en vida, y en sus momentos lúcidos, que los tenía como todos los prójimos, se hacía notable como aquél, hablando á don Bartolo de la calumnia.

DON DEOGRACIAS

Era una excelente persona este señor, que figuró allá por los tiempos de la madre España, y que alcanzamos á conocer ya en edad provecta. Era un original tipo en toda la extensión de lo que cabe decir. Don Deogracias, como don Matías el del célebre Cementerio de Momo, que compuso Martínez de la Rosa, le cuadraba bien su epitafio, pues también

«Daba gratis al año
Pésames, Pascuas y días.»

pero no sólo se complacía en esto, sino que era una especie de pájaro de mal agüero, que en todas las casas de los enfermos de algún cuidado se le veía, y que como una especie de lechuza, parecía anunciar la muerte. Ayudaba á bien morir á todos los enfermos que visitaba, pues parecía que bastaba que entrase don Deogracias á una casa, para que ya se muriesen.

¡Pobre don Deogracias! y él lo hacía con su me-

jor voluntad; pero con esa buena voluntad y todo lo demás, el caso era, que los que visitaba, sino todos, la mayor parte se iban para el otro mundo. Siempre, sí, andaba con cara de Pascuas; podría enterrar á muchos, pero su fisonomía era siempre jovial, y no en balde se llamaba Deogracias. Y *Deo gracias* era la palabra de introducción para cualquier parte adonde quería entrar, y no sabemos á ciencia cierta si por tanto repetir el *Deo gracias*, le quedó ese nombre, ó bien si era el suyo legítimo.

El caso es, que como le tenían miedo porque lo creían un enterrador de primera fuerza, pues á casi todos sus amigos los había acompañado al Cementerio, la gente, cuando lo veía pasar, murmuraba:

« Ahí pasa don Deogracias
Que va anunciando desgracias. »

Pero no lo hacía con mal fin; no como otros que conozco, que tienen por objeto lograr ventajas de la gente rica, y cuando hay algún enfermo no lo dejan, y siempre sacan algo de provecho; don Deogracias, á lo menos que sepamos, no hacía diferencias entre pobres ni ricos y á todos visitaba, y no sabemos que lucrase con nada.

EL DICTADOR FRANCIA Y SU MUERTE

No porque hablemos de los hombres y de las tradiciones de Montevideo, dejaremos de vez en cuando de ocuparnos de nuestros vecinos.

Nada podrá jamás dar una idea de la tremenda tiranía á que estuvo sujeto, bajo la mano férrea del dictador Francia, el Paraguay, durante casi medio siglo.

Todo es poco para expresar el profundo terror que había implantado en aquella desgraciada República, que sólo el nombre tenía de ella, pues reinaba la más refinada barbarie y la tiranía más espantosa, en aquel desventurado pueblo. Francia había secuestrado á su país de todo contacto con el mundo: se había encerrado y no permitía que ningún extranjero pisase el suelo paraguayo. Desde el principio de su dominio absoluto no quiso tener contacto ninguno con los hombres de la revolución; hizo, por su cuenta, la guerra, y dominado por la idea de que estos pueblos no estaban en situación

de darles instituciones demasiado liberales, se había divorciado de los generosos propósitos de los hombres que proclamaban los dogmas de libertad, y se había encastillado en su país, no queriendo saber nada de otros principios que los que implantaba en su país desgraciado. Parece increible que hubiese podido soportar aquel pueblo de verdaderos héroes, á un tirano tan singular como aquel, y durante tanto tiempo. Se cree que el dictador Francia era un enajenado ó un verdadero maniaco; la verdad es, que dió tantas pruebas de locura, que no hay cómo ponerlo en duda. En su sistema de terror, no ha habido nadie que lo iguale, y en su refinamiento de barbarie tampoco.

Como un ejemplo de esto, es bastante decir, que durante todo su periodo de dictadura, se complacia en fusilar dos veces por semana á muchos desgraciados que tenía sepultados en los calabozos y prisiones del Paraguay, ante su propia presencia y bajo un naranjo que tenía en una de sus propiedades. Era tal el miedo que se le tenía, que cuando se le veía pasar, se hincaban todos como si pasase el Santisimo Sacramento, y no se levantaba nadie hasta que él lo permitia y les hacía alguna señal para que lo hiciesen.

Vamos á narrar ahora su muerte, lo que dará una idea de cómo había subyugado á aquel pueblo.

Se lo hemos oído referir á un anciano médico que era de toda la confianza de Francia. Parece que el dictador era amigo de comer á deshoras, y que le gustaba mucho la carne de cerdo. Cierta noche que había cenado y había comido algo más de lo regular, se sintió malo y mandó llamar al médico de su confianza. Éste, en cuanto lo vió, ya lo encontró de mucha gravedad, y algo le significó al dictador, pero no quiso decirle del todo la verdad, por temor de lo que le podía pasar.

Le recetó algo, y Francia le recomendó bajo severas penas, que cuidado con que dijera á nadie que estaba enfermo, lo que ya el médico se hubiera librado bien de hacer. Al día siguiente vino á visitarlo, y lo encontró malísimo y en peligro de muerte, y no había cómo disimular el desenlace, pero como nadie estaba al lado de Francia, más que un militar, que era el hombre único de toda su confianza, no atreviéndose á decirle nada, le encargó á éste que era preciso que le dijera que estaba en inminente peligro y que debia arreglar sus cosas y mandar buscar un sacerdote para confesarse y prepararse á bien morir. El miiitar, que oyó esto, no quiso saber de nada, y el médico no tuvo más remedio entonces que hacerlo, por salvar su responsabilidad, pero con medias palabras y muy poca confianza y valor; pero Francia, desde que empezó á

comprender lo que quería decirle su médico, creyó que no debía ser sino por ignorancia, ó bien que había sido pagado para envenenarlo, por sus enemigos, y se enfureció de tal modo con él, que en aquel estado, y determinando en medio de su arrebato que lo iba á hacer fusilar, le vino una fuerte congestión y murió.

El médico y el ordenanza de Francia se quedaron perplejos; no sabían cómo hacer para manifestar su fallecimiento, pues aun después de muerto le tenían miedo, y así abandonaron la casa mortuoria, y á los dos ó tres días de fallecido, recién supieron que el dictador había sucumbido.

El más profundo silencio hubo en aquel pueblo cuando se supo afirmativamente que se había librado el Paraguay de su más cruel verdugo; pero el miedo á su persona no se desprendió del pueblo, aun simplemente recordando su memoria, pues aquel extraño y raro personaje había sabido infundir tal espanto, que aun después de muerto se le temía.

LOS DRAGONES DE LA PATRIA

El más renombrado cuerpo del ejército del General Artigas, fué el que formaban los «Dragones de la Patria».

Como la guardia vieja de Napoleón, era ese cuerpo el que, después de reñido combate, daba el triunfo de la victoria, en las acciones guerreras que aquel adalid de nuestra Independencia ganaba contra los enemigos de la libertad.

«Los Dragones de la Patria» lo formaban gente aguerrida, veteranos que habían figurado en cien combates y que habían dado muchas pruebas de valor.

Lo comandaba el coronel Valdenegro primeramente, y después Rivera.

Valdenegro era una de las figuras más sobresalientes de la revolución, después del General Artigas. Era un militar aguerrido que reunía á sus aptitudes guerreras, dotes de poeta y hombre de letras.

Era de gallarda apostura, alto, de modales atrayentes y que se imponía desde que se veía.

Este era el jefe que primero comandó á «Los Dragones de la Patria»; en cuanto á Rivera, sabemos todo lo que había de perspicacia y talento militares en su persona.

«Los Dragones» dieron días de gloria á la patria. Las acciones del Cerrito y Las Piedras fueron campo de sus hazañas y le conquistaron el laurel de la victoria al invicto General Artigas, prócer de nuestra Independencia. En esa lucha titánica, en que aparecen como seres extraordinarios nuestros prohombres, nada es bastante para apreciar bien toda la grandeza que había en esos héroes verdaderos, que significaban todo lo más caro ante la sagrada causa de la libertad. El Cuerpo de Dragones se señaló siempre por su fidelidad á Artigas, hasta el momento de su desgracia y de sus desastres; lo acompañó hasta ser internado al Paraguay, y allí, los restos de los que habían sobrevivido á las duras persecuciones que Ramirez les hizo, fueron desarmados, y tal vez muchos de ellos morirían como su jefe, en país extranjero, lejos de su patria, bañando con sus lágrimas el pan de la hospitalidad que les diera el dictador Francia.

UN GENERAL QUE ERRÓ DE VOCACIÓN

Indudablemente, hay muchas personas que basta verlas solamente, para decir: tal ó cual ha errado de vocación; ó bien: nació para tal cosa y no para lo que desempeña; ó verbi-gracia: nació para cura ó para sacristán y no para militar ó abogado ó médico.

Asi sucedia con uno de nuestros Generales, pues era sólo bastante verlo, para decir de él: erró de vocación; y eso que ganó batallas y fué muy patriota; pero con todo ello, no era su carrera la militar, pues era como si á un Santo Cristo le hubieran colgado un par de pistolas, pues figúrense que el dicho General era un hombre alto, flaco, de un carácter y de una mansedumbre proverbial, que mejor se adaptaba para cosas de Iglesia que para actos marciales. En la Guerra Grande, lo veíamos montado en un caballo escuálido, caminando paso á paso, muy tieso, dejando colgar las riendas y siempre con su modo imperturbable, hubiera alarma ó no en la línea.

Le llamaban *Nuestro Señor de la Paciencia,* y creemos que era muy justificado el nombre.

—General, le preguntaba alguno que otro conocido: ¿es cierto que hay alarma en la línea y que el enemigo avanza?

—No lo crea usted, son paparruchas, le contestaba, y seguia con toda calma y tranquilidad, paso á paso su camino.

Al verlo así, muchos se tranquilizaban, pero los que lo conocian bien, no se daban por muy satisfechos de los peligros que amenazaban á la ciudad, pues que sabian que aquel General no se alteraba por nada de este mundo. Creemos que le hubiera venido mejor indudablemente haber seguido la carrera eclesiástica y vestir hábitos; y que siendo militar, habia errado de vocación, pues era un alma bondadosa en grado extraordinario.

LA MUERTE DE MUESAS

En la acción del Cerrito, ganada por los patriotas, hubo un incidente que tal vez dió por resultado, en gran parte, que la batalla se decidiera en favor de las huestes de Artigas. El General Muesas, que pasaba por un militar aguerrido y de profundos conocimientos, y que mandaba el ejército español, era un hombre enormemente grueso, que no había cabalgadura que le pudiera resistir el inmenso peso que tenía, y que tenía que aplastarla á la cuadra de haber andado montado, aunque hubiera sido un caballo frisón. El día de la batalla había un sol ardiente, sofocante, y bajo sus rayos y una atmósfera de fuego, se puso á la cabeza del ejército, que alcanzando al Cerrito donde lo esperaban los patriotas, fué inmediatamente trabada la acción, que duró algunas horas, y que dió por resultado el triunfo de las armas de los patriotas, derrotando completamente á los españoles.

Al llegar á la falda del Cerrito, Muesas, fuese

por insolación ó porque estaba propenso á congestiones por su obesidad, el caso es que cayó de su caballo, muerto, lo que impresionó de tal manera, como era natural, al ejército realista, que desde entonces empezó la derrota, pues no hay nada que desmoralice más el ánimo del soldado, que un suceso de esta naturaleza, que ver morir á sus jefes en medio de la acción, aunque no sea por muerte violenta, pues se ven desde entonces desorientados y perdidos, por frustrarse los planes que debía tener que desarrollar y que poner en planta su jefe; y desde que empezó la acción del Cerrito, ya se preveía que iba á ser ganada por los patriotas, como así sucedió, debido á esa circunstancia más que todo, pues los españoles eran doble en número de fuerzas á los patriotas, y tropas más aguerridas.

INDICE

INDICE

	PÁGINAS
DEDICATORIA	5
El antiguo Café de «San Juan»	7
Una broma de Manzagano	15
El tío Coleta	24
La casa endiablada del Padre Sauco	29
El célebre Juancho	35
La casa de las ánimas	41
Un poetastro portugués	46
Un Gobernador entendido	53
Un Intendente suspicaz	57
Otras cuentas de un Gran Capitán	60
Las alarmas falsas de Pacheco	65
Manera de desbalijar á la gente en el Sitio Grande	69
La plata acuñada	73
Las indirectas de Tardáguila	76
El célebre don Pascualón	81
Una causa célebre ó la justicia en tiempo de España	88
El asalto de la plaza por los ingleses	94
El poeta Figueroa y las toraidas	114
La Mariscala	122
El maestro Barchilón	125
Otorguez y los godos	130
El Delegado don Miguel Barrero	138

PÁGINAS

Siete chaquetas 150
Cacareando y sin plumas 155
Dos Presidentes 158
Don Joaquín Suárez y los napoleones 161
Don Juan Manuel Bonifaz y su sistema de enseñanza . 165
El Barón de la Laguna y su frase favorita 171
La terminología de Sayago 177
Un ratón de sacristía y un lobo de hospital 182
El General Laguna y el Monte pío 185
El General Lavalleja juzgado por un admirador . . . 189
El General Rivera ocurrente 195
Un portugués finchado 200
Échenle arrayán, que el campo lo da 205
Que le den chocolate, etc. 208
El padre de los pobres don Francisco A. Maciel, y su desaparición misteriosa 213
El Cabildo y la dominación inglesa 220
Los cuatro burros. 230
Date tono, Juan Antonio 233
La cuenta célebre de un doctor 235
Echagüe en Cagancha 238
Un parlanchín furibundo 240
Una buena nueva 242
Un provisor y su comadre. 244
El mate de las Morales 247
Las preciosas ridículas 249
El padre Albornoz 252
El convento de San Francisco 254
Las chorreadas 257
La fonda de la gallega 259
Una heroína oriental. 264
Una bala aleve 266

PÁGINAS

El hueco de la cruz 269
Otras aventuras de otro Juan Soldado 271
El Café del agua sucia 274
La esquina del Hacha y la del Ánima 277
El Cristo 279
El doctor Manduti 283
Una fumada al ilustre Restaurador de las leyes . . . 285
Fusilado por mi orden. 291
Un pretendiente petardista 295
Los guapos de antaño. 299
Singular modo de gobernar 301
Un pleitista sempiterno 303
El Tigre de los llanos. 305
Don Pelegrín. 308
Don Deogracias 310
El dictador Francia y su muerte 312
Los Dragones de la Patria 316
Un General que erró de vocación. 318
La muerte de Muesas 320

FE DE ERRATAS

FE DE ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
36	26	aun cuando	cuando aun
37	27	malas bromas usan	tan malas bromas usan
41	7 y 8	ni de apariciones, ni de cuentos de brujas,	y que traguemos lo de apariciones, ni lo de cuentos de brujas
44	19	pues ya sucede aquí	pues sucede aquí
53	20	lo libran á uno de lo que le pertenece	nos libran de lo que nos pertenece
91	2	que se haya podido enfermar ó que le haya dado un ataque	que le haya dado un ataque
95	21 y 22	aun creyendo en el desagrado de su gobierno	aun teniendo seguridad que se expondrían á sufrir el desagrado de su gobierno
103	22 y 23	tuvieron	sufrieron
104	1	á pretender el descabellado proyecto	á pretender poner en planta el
104	25 y 26	los principales,	las principales autoridades y vecinos,
105	18	y medios de que podía disponer,	y recursos de que debía disponer,
121	3 y 4	le debe, en gran parte,	puede ser que le deba, en gran parte,

PÁGINA	LÍNEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
127	2	un gorro negro	un gorro de seda
144	15 y 16	menos desinterés	más desinterés
196	9	dea	idea
197	27	y como	pero como
206	8 y 9	podía andarse por allí	se podía transitar
208	16 y 17	y había más de uno que eran unos semi-salvajes	y más de uno había que eran semi-salvajes
209	22	más remedio	más recurso
211	16	reía grandemente	reía también grandemente
212	1	Es que se	Después de aquello se
219	3 y 4	no habiendo sido su cadáver,	no habiéndolo muerto,
236	1	festejaban todos con	festejaban con
248	18	cómo cebar el mate.»	cómo cebarlo.»
253	10 y 11	con vino bueno y excelente español,	con vino español bueno y excelente
264	19	de los soldados	de los militares
267	26	entrando por una ventana	rompiendo una ventana
278	18	los recuerdos de ellas,	los recuerdos que conservamos,
280	23	pobre mujer.	infeliz.
281	19 y 20	en medio de la lucha diaria de aquel lugar era teatro,	en la lucha diaria que era teatro aquel lugar,
286	24	lo quiso	lo hizo
297	3	proyectos	planes